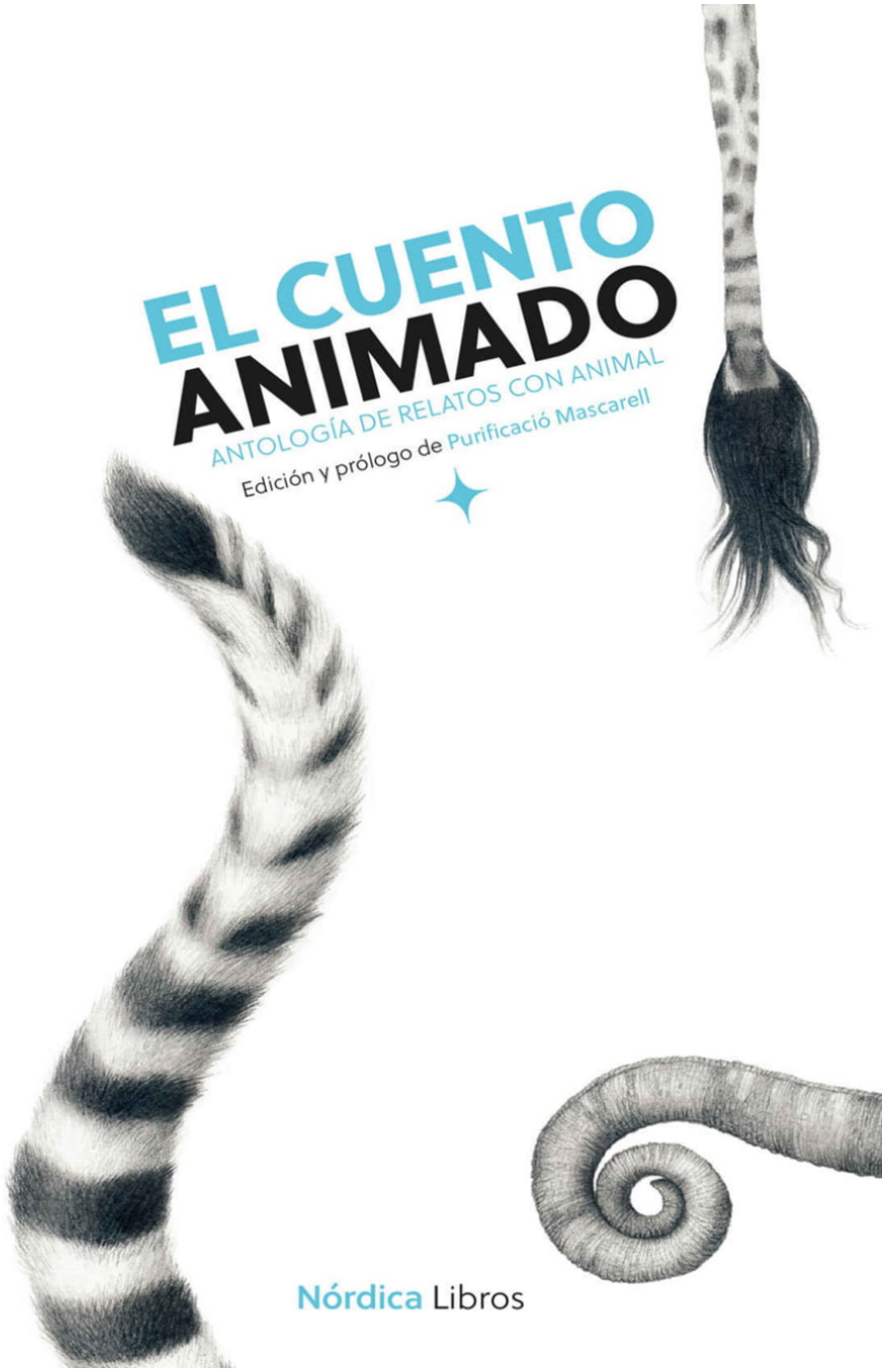
EL CUENTO ANIMADO

ANTOLOGÍA DE RELATOS CON ANIMAL

Edición y prólogo de Purificació Mascarell



Nórdica Libros

EL CUENTO ANIMADO

Coordinada por Purificació Mascarell, la antología El cuento animado recopila algunos de los mejores cuentos de la historia relacionados con animales.

'En los cuentos literarios de la modernidad, los animales aglutinan un amplio abanico de interpretaciones y sostienen las diferentes capas de lectura. Son parte del enigma. Y bajo el paraguas de la ambigüedad moderna, su significado entra en diálogo con los miedos, las obsesiones y las carencias humanas. Un espejo y una ventana que se asoma a nuestro interior'. Gustave Flaubert, Leopoldo Alas, Clarín, Emilia Pardo Bazán, Antón Chéjov, Vicente Blasco Ibáñez, Leopoldo Lugones, Horacio Quiroga, Virginia Woolf, Gabriel Miró, Franz Kafka, Katherine Mansfield, Arthur Conan Doyle, Richard Matheson, Julio Cortázar, Mercè Rodoreda e Ignacio Aldecoa.

©2024, Mascarell, Purificación
©2024, Nórdica Libros
ISBN: 9788410200227
Generado con: QualityEbook v0.87

El cuento animado

ANTOLOGÍA DE RELATOS CON ANIMAL

Edición y prólogo de

Purificació Mascarell

Nørdicalibros
Pronto llegará la nieve, se siente en el aire
www.nordicalibros.com

AQUEL GUSANO DE LUZ.

DE CÓMO NOS EXPLICAN LOS ANIMALES

Por Purificació Mascarell

ÉRASE una vez una chiquilla que se aburría en un verano de bachillerato y decidió escribir un trabajo sobre un cuento. Lo acababa de leer y le había encantado. Se titulaba «¡Adiós, Cordera!». Había tropezado con él en una antología de la biblioteca donde solía perderse. La chica leyó y releyó el cuento para entenderlo a fondo. Y lloraba cada vez que lo terminaba, porque era un cuento que daba ganas de llorar. Y que forzaba a pensar, también: en la injusticia, en la crueldad, en el sinsentido de estandarizar el asesinato, de humanos o de animales. Y luego estaba ese detalle. La rareza de llamar a una vaca por el nombre de otro animal de ganado, *Cordera*. La chica lectora había crecido con los cuentos tradicionales. Los cuentos folclóricos tamizados por las voces de los hermanos Grimm o de Andersen, los cuentos de hadas adaptados y readaptados en un bucle infinito. Había crecido con las fábulas de Esopo y las de Samaniego. Con dos viejos tomos, tapas rojas y filigrana dorada, de *Las mil y una noches*. Fascinada. Y con una tortuga que su hermano mayor le había traído de Melilla dentro del bolsillo de su cazadora de recluta. La tortuga Tica, que se paseaba por el humilde piso de familia numerosa mientras la chica se evadía leyendo, soñando.

Pero la vaca de Clarín no era como el conejo blanco de Alicia. No

era un ser mágico que hablara y se comportara a imitación de los seres humanos. Era otra cosa. Era una vaca *de verdad*. Una vaca cuya condición animal amagaba unos atributos fácilmente identificables: dignidad, placidez espiritual, calor maternal y amor; ese amor que la absurda maquinaria de las guerras tritura como en un matadero. En la vaca Cordera palpitaba un significado profundo que la chiquilla de aquel verano perdido en el tiempo pugnaba por desentrañar. La vaca era una metáfora, un símbolo. Pronto descubriría que había más.

* * *

En su ensayo *Por qué miramos a los animales*, John Berger señala el vínculo ancestral que permite la analogía entre los seres humanos y los animales: «Animal fue la primera temática tratada por el hombre en la pintura. Probablemente el primer pigmento utilizado para pintar fue sangre animal. Y antes todavía, no es irrazonable suponer que la primera metáfora fue animal».

El volumen que tienes entre las manos, engendrado en lecturas juveniles y aquilatado a lo largo de tantos años, contiene una selección personal de relatos literarios que exploran, magistralmente, esa primera metáfora del pensamiento humano. Porque a diferencia de las fábulas o de los cuentos maravillosos, en los relatos de esta antología los animales no solo están al servicio de la trama. Aquí funcionan en un plano superior que el lector debe descifrar.

Cuando eclosionó el cuento literario como género estrella del siglo XIX, los animales abandonaron los aderezos fantásticos propios de la narrativa oral y aparecieron *tal como eran*, pero preñados de un potente simbolismo. Adquirieron un rol metafórico sobre nuestra condición humana. La cuestionaban. La problematizaban. Y así nos llevaron hasta el siglo XX. Los animales reforzaron su papel. Perfilaron el carácter de los personajes. Reflejaron el alma de los protagonistas. Encarnaron su *alter ego*. Empezaron a mostrar su verdad. Y así hasta hoy, cuando los animales se han convertido en un recurso literario que contrapone la vida humana actual, oprimida por lo artificial, con nuestra parte olvidada de buen salvaje.

En los cuentos literarios de la modernidad, los animales aglutinan un amplio abanico de interpretaciones y sostienen las diferentes capas de lectura. Son parte del enigma. Y bajo el paraguas de la ambigüedad moderna, su significado —abierto, flexible y complejo— entra en

diálogo con los miedos, las obsesiones y las carencias humanas. Un espejo y una ventana que se asoma a nuestro interior.

* * *

Esta antología, y no es baladí, se abre con el animal más célebre del universo de Flaubert. En «Un alma de Dios», una mujer sencilla, sumisa, analfabeta, con un nombre que es pura ironía flaubertiana —Felicidad —, vive dominada por el ansia de cuidar y de servir, de amar al prójimo sin necesidad de recibir nada a cambio. Cuida de su señora, de los hijos de su señora, del sobrino, de unos militares polacos y hasta de un pobre enfermo vagabundo. Pese al egoísmo de las personas que la rodean, ella mantiene intacta su candidez. Finalmente, cuida de Lulú, un loro en el que proyecta su necesidad de amar, de sacrificarse y darse a los demás. Ese afecto cobrará, en un *crescendo* memorable, cotas místicas.

El amor centra otro relato fundamental de finales del siglo XIX: «La dama del perrito», de Antón Chéjov. En él, un hombre y una mujer se convierten en amantes durante unas vacaciones en Yalta, lejos de sus respectivas parejas. «¡Esa raza inferior!», piensa él de las mujeres, pues considera «que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas lo que se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa "raza inferior"». De hecho, y tal vez a su pesar, Dmitri se comporta como un perro faldero, como ese adorable perrito de Pomerania que siempre acompaña a Anna. La ternura, la dulzura que provoca una criatura tan bella y pequeña, embriaga el corazón de Dmitri, atenazado por la soledad, la certeza del tiempo dilapidado y la cercanía de la vejez.

Otras veces los animales sirven para constatar la bajeza y la crueldad humanas. Así sucede en «La Navidad de Peludo» de Emilia Pardo Bazán, donde el burro —trabajador, esforzado, diligente, y explotado sin piedad— recuerda a tantas personas que han sufrido un trato similar con idéntico final. Así ocurre también en «El águila y el pastor», de Gabriel Miró. La envidia del hombre hacia la libertad del animal conduce casi al sadismo, como si no pudiéramos soportar que los animales libres pongan en evidencia nuestros prejuicios, nuestras limitaciones y nuestro conformismo.

Hay dos cuentos protagonizados por simios que retratan el despotismo enfermizo que ejercemos sobre los animales. Estos relatos hablan sobre la presunción humana, sobre la vanidad de considerarnos

los seres vivos más desarrollados y excelsos del planeta. «Yzur», de Leopoldo Lugones dialoga con «Informe para una academia», de Franz Kafka. En este último, el paso de simio a hombre, la metamorfosis supuestamente admirable del mono capturado y encerrado en una jaula, sometido a todo tipo de vejaciones y empeñado en sobrevivir a toda cosa, es solo «una salida». Una vía de escape. Por eso Pedrirrojo aprende a escupir, a eructar, a fumar en pipa, a emborracharse y a lanzar exabruptos. «Lo repito», dirá vestido de etiqueta para la ocasión, «no me seducía imitar a los hombres, imitaba porque buscaba una salida, por ningún otro motivo». Su parlamento ante los ilustres académicos es un acto de brillante sarcasmo. El relato de cómo se convirtió en hombre: imitando la vileza, la mediocridad y la indecencia características del género humano.

Los cuentos de Kafka y Lugones reflejan el dolor y el fracaso que entraña, para los animales, adaptarse a nuestra especie. Los dos simios exhiben una actitud racional y pacífica que contrasta con la violencia empleada por los hombres. Las preguntas surgen, inevitables: ¿Qué nos distingue de los animales? ¿Dónde está la frontera entre ellos y nosotros? ¿De verdad somos *mejores*? ¿Los domamos porque estamos nosotros también domados?

Quizá el relato «Axolotl», de Julio Cortázar, sirve de contrapunto. Su narrador cuenta la fascinación que le despiertan los axolotl de un acuario de su ciudad. Tras días y días de contemplación absorta, casi metafísica, siente que algo íntimo le une a aquellas criaturas: «No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo». Se produce entonces una metamorfosis a la inversa. No del animal en humano, sino al revés. Y no a partir del lenguaje, sino a través de la mirada. Quién mira a quién. Quién, al final, está dentro del acuario.

Más metamorfosis. El pequeño y siniestro Jules ansía convertirse en un vampiro terrorífico, como su admirado conde Drácula. En «Bebe mi sangre», Richard Matheson ofrece una relectura muy particular de las historias clásicas de vampiros, y lo hace desde una perspectiva infantil salpicada de humor y horror. Un día, Jules descubre un murciélago en el zoológico. Como el personaje de Cortázar, dedica horas y horas a observarlo. Ese animal potenciará hasta límites alucinantes toda su obsesión.

Sobre animales agazapados, letales, invisibles, que realzan la vulnerabilidad humana, versan dos cuentos muy diferentes en su estilo: el cuento modernista «El almohadón de plumas», de Horacio Quiroga, y

el relato policiaco «La melena de león», de Arthur Conan Doyle. Ambos hablan de misterios, fatalidad y muerte. De aquello oculto y desconocido que nos puede aniquilar de manera imprevista. Y conectan con «Sancha», el cuento de inspiración popular firmado por Vicente Blasco Ibáñez. Una parábola sobre la amistad entre un hombre y una serpiente de la Albufera, metáfora de los vínculos con la tierra, con los orígenes. La fuerza de los lazos familiares; la imposibilidad de perdonar el abandono.

Otros animales sirven para estimular las derivas del pensamiento humano, como ocurre en «La marca en la pared», de Virginia Woolf, o en «La mosca», de Katherine Mansfield. El primer relato contiene una honda reflexión sobre la precariedad de la existencia, lo absurdo de los valores burgueses y la escasa huella que dejamos tras nuestro paso por la tierra. El segundo describe crudamente nuestra capacidad de supervivencia, de superación de los heraldos negros que nos envía la muerte, construida sobre la indiferencia ante el sufrimiento ajeno.

Finalmente aparecen los animales junto a los niños, unidos en su pureza y naturalidad, para protagonizar dos cuentos bañados en una fina capa de tristeza. En «Chico de Madrid», Ignacio Aldecoa emparenta a un chico sin nombre con los animales más humildes, esos que cazaban los niños de Miguel Delibes: las ratas, pero también los perros y los gatos callejeros, las lagartijas, los grillos, los gorriones. Animales pobres y suburbiales. En «Gallinas de Guinea», Mercè Rodoreda relata la pérdida de la inocencia en un niño ante la visión de la matanza ejecutada, con frialdad profesional, por una carnicera. Al ver las aves que cuelgan sin vida, Quimet se hace mayor. De golpe.

* * *

En un atardecer de la infancia encontré un *cuquet de llum*, un gusano de luz. Mi madre y mi tía charlaban en ese punto mágico donde la ciudad termina y se convierte en sierra, en la montaña del castillo de Xàtiva. Allí las casas se apoyan sobre la misma roca y la naturaleza invade la vida cotidiana. Entre la tierra y el salvaje pedregal encontré una luciérnaga pequeñita. Le pregunté a mi madre si podía llevármela a casa. Yo quería un gusiluz como el que tenían mis amigas y nunca tuve yo. Siempre me han fascinado las cosas que brillan. La purpurina, las lentejuelas, el oropel. Estaba emocionada. Mucho. Recuerdo que aquella noche bajé las persianas al máximo y puse al gusano en la mesita de

noche. Lo puse dentro de un vaso vuelto del revés. Estuve mirándolo hasta que caí rendida de sueño. Era increíble verlo relucir como un ser de otra galaxia. A la mañana siguiente, el animalito estaba gris y mustio. Muerto. Me puse a llorar desconsolada. Si lo hubiera dejado donde lo encontré, aún estaría vivo, todavía brillaría en más noches de primavera. De golpe aprendí algo sobre los peligros del egoísmo. Sobre la posibilidad de que nuestro amor, nuestro deseo, pueda ser dañino para el otro. Quizá comprendí que nunca hay que disponer de las vidas ajenas a cambio de la felicidad propia. Aquellas lágrimas infantiles ante la luciérnaga apagada eran lágrimas de conocimiento. Lecciones de vida que nos dan los animales y los cuentos.

Gustave Flaubert

UN ALMA DE DIOS

(1878)

I

A lo largo de medio siglo, las burguesas de Pont-l'Evêque le envidiaron a *madame* Aubain su criada Felicidad.

Por cien francos al año, guisaba y hacía el arreglo de la casa, lavaba, planchaba, sabía embridar un caballo, engordar las aves de corral, mazar la manteca, y fue siempre fiel a su ama —que sin embargo no siempre era una persona agradable—.

Madame Aubain se había casado con un mozo guapo y pobre, que murió a principios de 1809, dejándole dos hijos muy pequeños y algunas deudas. Entonces *madame* Aubain vendió sus inmuebles, menos la finca de Toucques y la de Greffosses, que rentaban a lo sumo cinco mil francos, y dejó la casa de Saint-Melaine para vivir en otra menos dispendiosa que había pertenecido a sus antepasados y estaba detrás del mercado.

Esta casa, revestida de pizarra, se encontraba entre una travesía y una callecita que iba a parar al río. En el interior había desigualdades de nivel que hacían tropezar. Un pequeño vestíbulo separaba la cocina de la sala donde *madame* Aubain se pasaba el día entero, sentada junto a la ventana en un sillón de paja. Alineadas contra la pared, pintadas de blanco, ocho sillas de caoba. Un piano viejo soportaba, bajo un barómetro, una pirámide de cajas y de carpetas. A uno y otro lado de la chimenea, de mármol amarillo y de estilo Luis XV, dos butacas tapizadas. El reloj, en el centro, representaba un templo de Vesta. Y todo el aposento olía un poco a humedad, pues el suelo estaba más bajo

que la huerta.

En el primer piso, en primer lugar, el cuarto de «*Madame*», muy grande, empapelado de un papel de flores pálidas, y, presidiendo, el retrato de «*Monsieur*» en atavío de petimetre. Esta sala comunicaba con otra habitación más pequeña, en la que había dos cunas sin colchones. Después venía el salón, siempre cerrado, y abarrotado de muebles cubiertos con fundas de algodón. Seguía un pasillo que conducía a un gabinete de estudio; libros y papeles guarnecían los estantes de una biblioteca de tres cuerpos que circundaba una gran mesa escritorio de madera negra; los dos paneles en esconce desaparecían bajo dibujos de pluma; paisajes a la *gouache* y grabados de Audran, recuerdos de un tiempo mejor y de un lujo que se había esfumado. En el segundo piso, una claraboya iluminaba el cuarto de Felicidad, que daba a los prados.

Felicidad se levantaba al amanecer, para no perder la misa, y trabajaba hasta la noche sin interrupción; después, terminada la cena, en orden la vajilla y bien cerrada la puerta, tapaba los tizones con la ceniza y se dormía ante la lumbre con el rosario en la mano. Nadie más tenaz que ella en el regateo. En cuanto a la limpieza, sus relucientes cacerolas eran la desesperación de las demás criadas. Ahorrativa, comía despacio, y recogía con el dedo las migajas del pan caídas sobre la mesa; un pan de doce libras cocido expresamente para ella y que le duraba veinte días.

En toda estación llevaba un pañuelo de indiana sujeto en la espalda con un imperdible, un gorro que le cubría el pelo, medias grises, refajo encarnado, y encima de la blusa un delantal con peto, como las enfermeras del hospital.

Tenía la cara enjuta y la voz chillona. A los veinticinco años, le echaban cuarenta. Desde los cincuenta, ya no representó ninguna edad. Y, siempre silenciosa, erguido el talle y mesurados los ademanes, parecía una mujer de madera que funcionara automáticamente.

II

Había tenido, como cualquier otra, su historia de amor.

Su padre, un albañil, se había matado al caer de un andamio. Luego murió su madre, sus hermanas se dispersaron, la recogió un labrador y la puso de muy pequeña a guardar las vacas en el campo. Tiritaba vestida de harapos, bebía, tumbada boca abajo, el agua de los charcos, le pegaban por la menor cosa y acabaron echándola por un robo de treinta sueldos que no había cometido. Entró en otra alquería, llegó en

ella a moza de corral y, como daba gusto a los amos, los compañeros de faena le tenían envidia.

Una tarde del mes de agosto (tenía entonces dieciocho años) la llevaron a la romería de Colleville. Se quedó pasmada, estupefacta por el estruendo de los rascatripas, las luces en los árboles, la variedad abigarrada de los trajes, los encajes, las cruces de oro, aquella masa de gente saltando todos a la vez. Se mantenía apartada modestamente, cuando un mozo muy atildado, y que fumaba en pipa apoyado de codos en la barra de un toldo, se acercó a invitarla a bailar. La convidó a sidra, a café, a galletas, le regaló un pañuelo, y, creyendo que la moza le correspondía, se ofreció a acompañarla. A la orilla de un campo de avena, la tumbó brutalmente. Felicidad se asustó y empezó a gritar. El mozo escapó.

Otra tarde, en la carretera de Beaumont, Felicidad quiso adelantar a un gran carro de hierba que iba muy despacio, y, ya rozando las ruedas, reconoció a Teodoro.

El mozo la abordó tranquilamente, diciendo que tenía que perdonarle, porque era «culpa de la bebida».

Felicidad no supo qué contestar y estuvo por echar a correr.

Enseguida, Teodoro habló de las cosechas y de los notables del municipio, pues su padre se había ido de Colleville a la finca de Les Écots, de modo que ahora eran vecinos. «¡Ah!», exclamó la muchacha. El mozo añadió que deseaban casarle. Pero él no tenía prisa y esperaba una mujer que le gustara. Felicidad bajó la cabeza. Teodoro le preguntó si pensaba casarse. Respondió ella, sonriendo, que estaba mal burlarse. «No, no, ¡te lo juro!», y con el brazo izquierdo le rodeó la cintura; la muchacha andaba sostenida por aquel abrazo; acortaron el paso. El viento era suave, brillaban las estrellas, oscilaba ante ellos la enorme carretada; y los cuatro caballos, arrastrando los cascos, levantaban polvo. Después, sin que se lo mandaran, doblaron a la derecha. Él la besó otra vez. Ella se perdió en la oscuridad.

A la semana siguiente, Teodoro llegó a obtener citas.

Se encontraban al fondo de los patios, detrás de una pared, debajo de un árbol solitario. Felicidad no era inocente como las señoritas —los animales la habían enseñado—; pero la razón y el instinto de la honra le impidieron caer. Esta resistencia exasperó el amor de Teodoro, hasta tal punto que para satisfacerlo (o quizá inocentemente) le propuso casarse con ella. Felicidad no acababa de creerlo. Teodoro le hizo grandes juramentos.

Al poco tiempo confesó una cosa desagradable: el año anterior, sus padres le habían comprado un sustituto, pero cualquier día podrían volver a llamarle; la idea de ir al servicio le espantaba. Esta cobardía fue para Felicidad una prueba de cariño; el suyo se duplicó. Se escapaba por la noche, y al llegar a la cita, Teodoro la torturaba con sus acaloramientos y su porfía.

Finalmente, le anunció que iría él mismo a la prefectura a enterarse y le diría el resultado el domingo siguiente, entre las once y las doce de la noche.

Llegado el momento, Felicidad corrió al encuentro del novio.

En su lugar encontró a un amigo de Teodoro.

El amigo le dijo que no debía volver a verle. Para librarse del servicio, Teodoro se había casado con una vieja muy rica, *madame* Lehoussais, de Toucques.

Fue un dolor desmesurado. Se tiró al suelo, rompió a gritar, invocó a Dios y estuvo gimiendo completamente sola en medio del campo hasta el amanecer. Después volvió a la alquería, dijo que pensaba marcharse, y, pasado un mes, le dieron la cuenta, envolvió todo su equipaje en un pañuelo y se fue a Pont-l'Evêque.

Delante de la posada, preguntó a una señora con toca de viuda y que precisamente buscaba una cocinera. La muchacha no sabía gran cosa, pero parecía tener tan buena voluntad y tan pocas exigencias que *madame* Aubain acabó por decir: «¡Bueno, te tomo!».

Al cabo de un cuarto de hora, Felicidad estaba instalada en casa de *madame* Aubain.

Al principio vivió como temblando por la impresión que le causaban «el señorío de la casa» y el recuerdo de «*Monsieur*» planeando sobre todo. Pablo y Virginia, el uno de siete años, la otra de cuatro no cumplidos, le parecían hechos de una materia preciosa; los cargaba a caballo sobre la espalda, y *madame* Aubain le prohibió besarlos a cada paso, lo que le dolió. Sin embargo, estaba contenta. La apacibilidad del medio había disipado su tristeza.

Todos los jueves iban unos amigos a jugar una partida de boston. Felicidad preparaba de antemano las cartas y las rejillas. Llegaban a las ocho en punto y se marchaban antes de dar las once.

Todos los lunes por la mañana, el chamarilero que vivía debajo de la avenida exponía en el suelo sus chatarras. Después la localidad se llenaba de un runruneo de voces, en el que se mezclaban relinchos de caballos, balidos de corderos, gruñidos de cerdos, con el traqueteo seco

de los carros en la calle. Al mediodía, en lo más animado del mercado, aparecía en la puerta un viejo campesino de elevada estatura, la gorra echada hacia atrás, la nariz ganchuda: era Robelin, el colono de Greffosses. Al poco tiempo llegaba Liébard, el granjero de Toucques, pequeño, gordo, colorado, con chaqueta gris y polainas armadas de espuelas.

Los dos traían al ama gallinas o quesos. Felicidad descubría invariablemente sus marrullerías y ellos se iban llenos de respeto a Felicidad.

En épocas indeterminadas, *madame* Aubain recibía la visita del marqués de Gremanville, un tío suyo arruinado por la mala vida y que vivía en Falaise del último pedazo de tierra que le quedaba. Se presentaba siempre a la hora de comer, con un horrible caniche que ensuciaba con las patas todos los muebles. A pesar de sus esfuerzos por parecer un caballero, hasta el punto de llevarse la mano al sombrero cada vez que decía: «Mi difunto padre», la costumbre le podía, se servía de beber vaso tras vaso y soltaba desvergüenzas. Felicidad le empujaba afuera, no sin miramientos: «¡Ya ha bebido bastante, *monsieur* de Gremanville! ¡Hasta otra vez!». Y cerraba la puerta.

Se la abría con gusto a *monsieur* Bourais, antiguo procurador. Su corbata blanca y su calvicie, la chorrera de la camisa, la amplia levita parda, la manera de sorber el rapé doblando el brazo, toda su persona le producía ese pasmo que nos causa el espectáculo de los hombres extraordinarios.

Como administraba las propiedades de «*Madame*», se encerraba con ella durante horas en el gabinete de «*Monsieur*», y siempre tenía miedo de comprometerse; respetaba muchísimo a la magistratura, tenía sus pretensiones de saber latín.

Para enseñar a los niños de manera agradable, les regaló una geografía en estampas que representaban diferentes escenas del mundo, de los antropófagos con plumas en la cabeza, un mono que se llevaba a una doncella, beduinos en el desierto, pescadores clavando el arpón a una ballena, etcétera.

Pablo dio a Felicidad la explicación de las estampas. Y hasta fue esta su única instrucción literaria.

La de los niños corría a cargo de Gullot, un pobre diablo empleado del ayuntamiento, famoso por su buena letra y que afilaba el cortaplumas en la bota.

Cuando hacía buen tiempo, iban temprano a la finca de Greffosses.

El patio estaba en cuesta, la casa en el centro, y a lo lejos se veía el mar como una mancha gris.

Felicidad sacaba de su capacho lonchas de carne fría, y almorzaban en una estancia contigua a la lechería. Era el único resto de una casa de recreo, ya desaparecida. El papel de la pared, en jirones que temblaban con las corrientes de aire. *Madame* Aubain inclinaba la frente, abrumada de recuerdos; los niños no se atrevían a hablar. «¡Pero idos a jugar!», les decía; y escapaban.

Pablo subía al granero, atrapaba pájaros, hacía remolinos en la charca o golpeaba con un palo los grandes toneles, que resonaban como tambores.

Virginia daba de comer a los conejos, se precipitaba para coger azulinas, y al correr descubría sus pantaloncitos bordados.

Una tarde de otoño volvieron por los prados.

La luna, en cuarto creciente, alumbraba una parte del cielo, y sobre las sinuosidades del Toucques flotaba como una niebla. Unos bueyes, echados en medio del prado, miraban tranquilamente pasar a aquellas cuatro personas. En el tercer pastizal se levantaron algunos y las rodearon. «¡No tengan miedo!», dijo Felicidad; y, murmurando una especie de romance, le pasó la mano por el espinazo al que estaba más cerca; el animal dio media vuelta y los otros le imitaron. Pero, ya atravesado el pastizal siguiente, oyeron un bramido formidable. Era un toro que, por la niebla, no habían visto. Avanzó hacia las dos mujeres. *Madame* Aubain iba a echar a correr. «¡No, no, no vayáis tan deprisa!». Sin embargo aceleraban el paso y oían detrás de ellas un resoplar sonoro que se iba acercando. Las pezuñas golpeaban como martillos la hierba de la pradera; ¡ahora galopaba! Felicidad se volvió y, con ambas manos, se puso a arrancar terrones y a tirárselos al toro a los ojos. El toro bajaba el morro, sacudía los cuernos y temblaba de furia bramando horriblemente. *Madame* Aubain, en la linde del prado con sus dos pequeños, alteradísima, buscaba la manera de franquear el resalto. Felicidad seguía andando hacia atrás ante el toro y tirándole terrones de césped que le cegaban, a la vez que gritaba: «¡Corran, corran!».

Madame Aubain bajó a la zanja, empujó a Virginia, después a Pablo, se cayó varias veces intentando escalar el talud, y a fuerza de valor lo consiguió.

El toro había arrinconado a Felicidad contra una empalizada; su baba le saltaba a la cara; un segundo más y la destripaba. A Felicidad le dio tiempo a colarse entre dos estacas, y el enorme animal, muy

sorprendido, se detuvo.

Este trance fue, durante muchos años, tema de conversación en Pont-l'Evêque. Felicidad no se envaneció nada de su hazaña, sin ocurrírsele siquiera que había hecho algo heroico.

Su única preocupación era Virginia, pues le quedó del susto una afección nerviosa, y *monsieur* Poupart, el doctor, aconsejó los baños de mar de Trouville.

En aquel tiempo no eran frecuentados. *Madame* Aubain se informó, consultó a Bourais, hizo preparativos como para un largo viaje.

El equipaje salió la víspera, en el carro de Liébard. Al día siguiente trajo dos caballos, uno de ellos con una silla de mujer provista de un respaldo de terciopelo; y en la grupa del segundo, una especie de asiento formado por una capa enrollada. *Madame* Aubain montó en él, detrás de Liébard. Felicidad se encargó de Virginia, y Pablo montó el asno de *monsieur* Lechaptois, prestado con la condición de que lo cuidaran mucho.

La carretera era tan mala que tardaron dos horas en recorrer los ocho kilómetros. Los caballos se hundían en el barro hasta las cuartillas, y para salir hacían bruscos movimientos de ancas; o bien tropezaban en los baches; otras veces tenían que saltar. En ciertos lugares, la yegua de Liébard se paraba de pronto. El hombre esperaba pacientemente a que echara a andar de nuevo; y hablaba de las personas cuyas propiedades bordeaban el camino, añadiendo a su historia reflexiones morales. Así, en el centro de Toucques, al pasar bajo las ventanas rodeadas de capuchinas, dijo encogiéndose de hombros: «Ahí tenemos una, *madame* Lehoussais, que en vez de tomar un mozo…». Felicidad no oyó el resto. Los caballos trotaban, el burro galopaba; tomaron todos por un sendero, se abrió una portilla, aparecieron dos muchachos, y los viajeros se apearon delante del estiércol, en el umbral de la puerta.

La tía Liébard, al ver a su ama, se deshizo en demostraciones de alegría. Les sirvió de almuerzo un solomillo, callos, morcilla, pepitoria de gallina, sidra espumosa, una tarta de frutas y ciruelas en aguardiente, todo ello acompañado de cumplidos a la señora, que parecía mejor de salud; a la señorita, que se había puesto «hermosa»; al señorito Pablo, que había engordado mucho; sin olvidar a los difuntos abuelos, a los que los Liébard habían conocido, pues estaban al servicio de la familia desde varias generaciones. La granja tenía, como ellos, un carácter de ancianidad. Las vigas del techo estaban carcomidas; las paredes, negras de humo; los cristales, grises de polvo. En un aparador

de roble había toda clase de utensilios: jarras, platos, escudillas de estaño, trampas de cazar lobos, fórceps para las ovejas; una jeringa enorme hizo reír a los niños. No había en los tres patios un solo árbol que no tuviera setas al pie del tronco o una mata de muérdago en las ramas. El viento había derribado varios. Habían retoñado por el centro; y todos se doblaban bajo el peso de las manzanas. Las techumbres de paja, que parecían de terciopelo pardo y de desigual espesor, resistían a las más fuertes borrascas. Pero la carretería estaba en ruinas. *Madame* Aubain dijo que se iba a ocupar de esto, y mandó renovar la guarnicionería.

Tardaron todavía media hora en llegar a Trouville. La pequeña caravana se apeó para pasar Les Écores; era un acantilado al pie del cual se veían los barcos; y, pasados tres minutos, al final del muelle, entraron en el patio de «L'Agneau d'or», en casa de la tía David.

Desde los primeros días, Virginia se sintió menos débil, resultado del cambio de aires y de la acción de los baños. A falta de bañador, los tomaba en camisa, y su muchacha la vestía después en una garita de aduanero que utilizaban los bañistas.

Después de comer iban con el burro más allá de Roches-Noires, por la parte de Hennequeville. Al principio, el sendero subía entre unos terrenos ondulados como el césped de un parque. Luego llegaba a un alto donde alternaban los prados y las tierras labrantías. En las orillas del camino, entre los zarzales, sobresalían los acebos; acá y allá, un gran árbol muerto trazaba sobre el aire azul el zigzag de sus ramas.

Casi siempre descansaban en un prado, con Deauville a la izquierda, Le Havre a la derecha y enfrente el mar abierto. Estaba reluciente de sol, liso como un espejo, tan manso que apenas se oía su murmullo; piaban, escondidos, los gorriones, y todo esto bajo la inmensa cúpula del cielo. *Madame* Aubain, sentada, trabajaba en su labor de costura; Virginia, junto a ella, trenzaba juncos; Felicidad escardaba flores de espliego; Pablo se aburría y quería marcharse.

Otras veces pasaban el Toucques en barca y buscaban conchas. La marea baja dejaba al descubierto erizos, moluscos, medusas; y los niños corrían para coger copos de espuma que llevaba el viento. Las olas dormidas, al caer en la arena, se extendían a lo largo de la playa; era tan larga que se perdía de vista, pero por la parte de tierra tenía por límite las dunas, que la separaban del «Marais», una extensa pradera en forma de hipódromo. Cuando volvían por allí, a cada paso se iba agrandando Trouville, al pie de la ladera del otero, y con todas sus casas desiguales parecía dispersarse en alegre desorden.

Los días de mucho calor, no salían de su cuarto. La deslumbrante claridad de afuera trazaba barras de luz entre las hojas de las celosías. Ningún ruido en el pueblo. Abajo, en la acera, nadie. Este dilatado silencio acentuaba la tranquilidad de las cosas. A lo lejos, los martillos de los calafates taponaban carenas, y una brisa pegajosa traía el olor del alquitrán.

La principal diversión era la arribada de los barcos. En cuanto pasaban las balizas, empezaban a zigzaguear. Arriaban las velas hasta los dos tercios de los mástiles; y, con la mesana inflada como un globo, avanzaban, se deslizaban en el chapoteo de las olas hasta el medio del puerto, donde echaban de repente el ancla. Enseguida el barco se arrimaba al muelle. Los marineros descargaban por la borda montones de peces palpitantes; los esperaba una fila de carros, y unas mujeres con gorro de algodón se precipitaban a coger los cestos y a besar a sus hombres.

Un día, una de ellas abordó a Felicidad, y al poco rato entró esta muy contenta en la habitación. Había encontrado a una hermana; y apareció Anastasia Barette, casada con Leroux, llevando un niño de teta en brazos, de la mano derecha a otro niño, y a su izquierda un grumetillo con los puños en las caderas y la boina sobre la oreja.

Al cuarto de hora, *madame* Aubain la despidió.

Los encontraban siempre cerca de la cocina, o en los paseos que daban. Al marido no se le veía.

Felicidad les tomó cariño. Les compró una manta, camisas, un hornillo; era evidente que la explotaban. Esta flaqueza irritaba a *madame* Aubain, a la que además no le gustaban las familiaridades del sobrino —pues tuteaba a su hijo—; y como Virginia tosía y la estación no era buena, *madame* Aubain volvió a Pont-l'Evêque.

Monsieur Bourais la aconsejó sobre la elección de un colegio. El de Caen tenía fama de ser el mejor. A él mandaron a Pablo; se despidió valiente, satisfecho de ir a vivir en una casa donde habría chicos como él.

Madame Aubain se resignó a separarse de su hijo, porque era necesario. Virginia pensaba en él cada vez menos. Felicidad echaba en falta la bulla que metía. Pero vino a distraerla una ocupación; a partir de Navidad, llevaba todos los días a la niña al catecismo.

III

Hacía en la puerta una genuflexión, avanzaba bajo la alta nave entre la doble fila de sillas, abría el banco de *madame* Aubain, se sentaba y echaba una mirada en torno suyo.

Los niños a la derecha, las niñas a la izquierda, ocupaban los asientos del coro; el cura permanecía de pie junto al atril; en una vidriera del ábside, el Espíritu Santo dominaba a la Virgen; en otra estaba de rodillas ante el Niño Jesús, y, detrás del tabernáculo, un grupo tallado en madera representaba a san Miguel abatiendo al dragón.

El cura empezó por resumir la historia sagrada. Felicidad creía estar viendo el Paraíso, el Diluvio, la torre de Babel, las ciudades envueltas en llamas, pueblos que morían, ídolos derribados. Y de este deslumbramiento conservó el respeto al Altísimo y el temor a su cólera. Después lloró escuchando la Pasión. ¿Por qué le habían crucificado, a Él, que amaba a los niños, alimentaba a las multitudes, curaba a los ciegos y había querido, por bondad, nacer en medio de los pobres, sobre el estiércol de un establo? En su vida se encontraban las sementeras, las cosechas, los lagares, todas esas cosas familiares de que habla el Evangelio; el paso de Dios las había santificado; y amó más tiernamente a los corderos por amor del Cordero, a las palomas por el Espíritu Santo.

Le costaba trabajo imaginar su persona; pues no era solo pájaro, sino también una llama, y otras veces un hálito. Acaso es su luz lo que revolotea por la noche en las orillas de las charcas, su aliento lo que empuja a las nubes, su voz lo que hace armoniosas las campanas; y permanecía en adoración, gozando del frescor de las paredes y de la calma de la iglesia.

En cuanto a los dogmas, no entendía nada, ni siquiera intentó entender. El cura hablaba, los niños recitaban, Felicidad acababa por dormirse; y se despertaba de pronto, cuando los niños se iban repiqueteando con los zuecos sobre las losas.

De esta manera, a fuerza de oírlo, aprendió el catecismo, pues no había tenido en la niñez una instrucción religiosa; y desde entonces imitó todas las prácticas de Virginia, ayunando como ella, confesándose cuando ella. Para el día del Corpus, hicieron un monumento.

La primera comunión la atormentaba de antemano. Se azacaneó para los zapatos, para el rosario, para el libro, para los guantes. ¡Con qué temblor ayudó a la madre a vestirla!

Durante toda la misa sintió una especie de angustia. *Monsieur*

Bourais le impedía ver una parte del coro; pero, justamente enfrente, el rebaño de las vírgenes con sus coronas blancas encima de los velos echados sobre la cara formaba como un campo de nieve. Y Felicidad reconocía de lejos a su querida pequeña por el cuello más bonito y el continente más recogido. Sonó la campanilla. Se inclinaron las cabezas; y hubo un silencio. Cuando el órgano rompió a tocar, los chantres y la multitud entonaron el agnusdéi; luego comenzó el desfile de los niños; y, después de ellos, se levantaron las niñas. Paso a paso, juntas las manos, se dirigían al altar todo iluminado, se arrodillaban en el primer escalón, recibían la hostia sucesivamente, y en el mismo orden volvían a sus reclinatorios. Cuando le llegó el turno a Virginia, Felicidad se inclinó para verla; y, con la imaginación que dan los verdaderos amores, le pareció que ella misma era aquella niña; su cara era la de ella, su vestido la vestía a ella, su corazón latía en su propio pecho; en el momento en que la niña abrió la boca, cerrando los párpados, Felicidad estuvo a punto de desmayarse.

Al día siguiente, temprano, se presentó en la sacristía para que el señor cura le diera la comunión. La recibió devotamente, pero no gustó las mismas delicias.

Madame Aubain quería que su hija fuera una señorita muy cumplida; y como Gullot no podía enseñarle inglés ni música, decidió ponerla interna en las ursulinas de Honfleur.

La niña se avino sin dificultad. Felicidad suspiraba, encontrando insensible a la señora. Después pensó que a lo mejor su ama tenía razón. Estas cosas rebasaban sus luces.

Por fin, un día paró a la puerta un carruaje y se bajó de él una monja que iba a buscar a la señorita. Felicidad subió el equipaje a la imperial, hizo recomendaciones al cochero y puso en el baúl seis tarros de mermelada y una docena de peras, junto con un ramillete de violetas.

En el último momento, Virginia se echó a llorar a lágrima viva; se abrazaba a su madre, que la besaba en la frente repitiendo: «¡Vamos, sé valiente, sé valiente!». Levantose el estribo y el coche se puso en marcha.

Entonces la entereza de *madame* Aubain flaqueó; y aquella noche se presentaron para consolarla todos sus amigos, el matrimonio Lormeau, *madame* Lechaptois, las niñas Rochefeuille, *monsieur* de Houppeville y Bourais.

Al principio, la privación de su hija le fue muy penosa. Pero tres

veces por semana recibía carta suya, los otros días le escribía ella, paseaba por el jardín, leía un poco, y de este modo llenaba el vacío de las horas.

Por la mañana, Felicidad entraba por costumbre en el cuarto de Virginia y contemplaba las paredes. Le daba pena no tener ya que peinarla, atarle los cordones de las botas, arroparla en la cama. Y no estar viendo siempre su linda cara, no llevarla de la mano cuando salían juntas. Probó a llenar el tiempo haciendo encaje. Sus dedos, demasiado torpes, rompían los hilos; no entendía nada, había perdido el sueño, estaba —tal era su palabra— «minada». Por «distraerse», pidió permiso para recibir a su sobrino Víctor.

Llegaba los domingos después de misa, colorados los carrillos, desnudo el pecho, y oliendo al campo que había atravesado. Felicidad se apresuraba a ponerle la mesa. Almorzaban uno frente a otro, y, comiendo ella lo menos posible por ahorrar gasto, le atiborraba tanto de comida que el muchacho acababa por dormirse. A la primera campanada del toque a vísperas, le despertaba, le cepillaba el pantalón, le hacía el lazo de la corbata y se iba a la iglesia apoyada en el brazo del sobrino con un orgullo maternal.

Los padres le encargaban siempre que se llevara algo, un paquete de azúcar terciada, jabón, aguardiente, a veces hasta dinero. Le llevaba sus pingos a la tía para que se los remendara, y Felicidad aceptaba esta tarea contenta porque aquello le obligaba a volver.

En agosto, el padre le embarcó en el cabotaje.

Era tiempo de vacaciones. La llegada de los niños la consoló. Pero Pablo se estaba volviendo caprichoso y Virginia ya no tenía edad para tutearla, lo que determinaba una situación violenta, una barrera entre ellas.

Víctor navegó sucesivamente a Morlaix, a Dunkerque y a Brighton; de cada viaje le traía un regalo. La primera vez fue una caja de conchas; la segunda, una taza de café; la tercera, un gran *pain d'épice* en forma de hombre. Iba siendo un guapo mozo, buen tipo, un poco de bigote, bonitos ojos francos, y una gorra de cuero echada hacia atrás como un piloto. La entretenía contándole historias con términos marineros.

Un lunes, 14 de julio de 1819 (Felicidad no olvidó la fecha), Víctor le dijo que se había enrolado para travesías largas, y que, a los dos días, se iría en el barco de línea de Honfleur, para embarcar en su goleta, que zarparía pronto de Le Havre. Quizá tardaría dos años en volver.

La perspectiva de tan larga ausencia puso muy triste a Felicidad; y

para despedirse de él otra vez, el miércoles por la noche, después de cenar con la señora, calzó los zuecos y se tragó las cuatro leguas que separan Pont-l'Evêque de Honfleur.

Cuando llegó al Calvario, en vez de tomar a la izquierda tomó a la derecha, se perdió en unas obras, volvió sobre sus pasos; unas personas a quienes preguntó le dijeron que se diera prisa. Bordeó la dársena llena de barcos, tropezaba con las amarras; después el terreno fue bajando, se entrecruzaron luces, y Felicidad se creyó loca porque veía caballos en el cielo.

En el borde del muelle relinchaban otros, asustados por el mar. Un polipasto los levantaba del muelle y los bajaba a un barco, donde se tropezaban unos viajeros entre barriles de sidra, cestos de quesos, sacos de cereales, se oía cacarear gallinas, el capitán juraba, y un grumete permanecía de codos en la serviola, indiferente a todo aquello. Felicidad, que no le había reconocido, gritaba: «¡Víctor!»; el grumete levantó la cabeza; cuando Felicidad se lanzaba hacia él, retiraron de pronto la pasarela.

El barco, que unas mujeres remolcaban cantando, salió del puerto. Crujían las cuadernas, lentas olas le azotaban la proa. La vela había girado, ya no se veía a nadie; y ponía sobre el mar plateado por la luna una mancha negra que iba palideciendo, hasta que se hundió en el horizonte.

Al pasar por el Calvario, Felicidad quiso encomendar a Dios a lo que más quería; y rezó mucho tiempo, de pie, llena de lágrimas la cara, los ojos mirando a las nubes. La ciudad dormía, rondaban unos aduaneros; y por las bocas de la esclusa caía sin parar el agua, con un ruido de torrente. Dieron las dos.

El locutorio no se abría antes de amanecer. Seguro que si volvía tarde se enfadaría la señora; y, a pesar de su deseo de dar un beso a la otra niña, Felicidad no esperó. Cuando entraba en Pont-l'Evêque, se despertaban las mozas de la fonda.

¡De modo que el pobre chiquillo iba a pasar meses corriendo el mundo sobre las olas! Sus anteriores viajes no la habían asustado. De Inglaterra y de Bretaña se volvía; pero América, las Colonias, las Islas, todo eso estaba allá perdido Dios sabe dónde, en el fin del mundo.

Y Felicidad ya no pensó más que en su sobrino. Los días de sol, la atormentaba la sed; cuando había tormenta, temía por él al rayo. Al oír el viento que zumbaba en la chimenea y se llevaba las pizarras, le veía azotado por aquella misma tempestad, en la punta de un mástil partido,

todo el cuerpo hacia atrás, bajo una sábana de espuma; o bien —recuerdo de la geografía en estampas— se lo comían los salvajes, se lo llevaban los monos a un bosque, se moría caminando a través de una playa desierta. Y Felicidad no hablaba nunca de sus preocupaciones.

Madame Aubain tenía otras por su hija.

Las buenas de las monjas decían que era cariñosa, pero delicaducha. La menor emoción la perturbaba. Hubo que abandonar el piano.

Su madre exigía al convento una correspondencia fija. Una mañana que el cartero no llegaba, *madame* Aubain se impacientó; se paseaba por la sala, de la butaca a la ventana. ¡Era verdaderamente extraordinario! ¡Cuatro días sin noticias!

Para que se consolara con su ejemplo, Felicidad le dijo:

—Pues yo, señora, hace seis meses que no tengo carta…

—¿De quién?

La criada contestó despacio:

—Pues… de mi sobrino.

—¡Ah, tu sobrino! —Y *madame* Aubain, encogiéndose de hombros, reanudó su paseo, lo que quería decir: «¡Ni me acordaba de él!… Además, a mí qué me importa. Un grumete, un zarramplín, ¡vaya una cosa!… Mientras que mi hija… ¡qué ocurrencia!…».

Felicidad, aunque de crianza rústica, se indignó con la señora, luego olvidó.

Le parecía muy natural perder la cabeza por causa de la pequeña.

Los dos niños tenían la misma importancia; los unía en su corazón, y su destino tenía que ser el mismo.

El boticario le dijo que el barco de Víctor había llegado a La Habana. Él lo había leído en un periódico.

Por los cigarros puros, Felicidad se figuraba que La Habana era un país donde no se hacía otra cosa que fumar, y que Víctor circulaba entre negros en una nube de humo de tabaco.

¿Se podía «en caso de apuro» regresar por tierra? ¿A qué distancia estaba de Pont-l'Evêque? Para saberlo, preguntó a *monsieur* Bourais.

El hombre alcanzó su atlas, después se metió en explicaciones sobre las longitudes; y tenía una sonrisa bondadosa, de maestro, ante el pasmo de Felicidad. Por último, con su lapicero, señaló en los picos de una mancha ovalada un punto negro, imperceptible, añadiendo: «Aquí está». Felicidad se inclinó sobre el mapa; aquella red de líneas de colores le cansaba la vista y no le decía nada; y como Bourais la invitara a decir cuál era su perplejidad, Felicidad le pidió que le señalara la casa

donde estaba Víctor. Bourais levantó los brazos, estornudó, se rio muchísimo; semejante candor suscitaba su jovialidad; y Felicidad no entendía el motivo, ella que esperaba quizá ver hasta el retrato de su sobrino, pues así de limitada era su inteligencia.

Pasados quince días, a la hora del mercado, como de costumbre entró Liébard en la cocina y le entregó una carta que mandaba el cuñado. Como ninguno de los dos sabía leer, Felicidad recurrió a su señora.

Madame Aubain, que estaba contando los puntos de una labor de aguja, la posó a su lado, abrió la carta, se estremeció y, en voz baja, con una mirada profunda:

—Es una desgracia… que te comunican. Tu sobrino…

Había muerto. La carta no decía más.

Felicidad se derrumbó sobre una silla, apoyando la cabeza en la pared, y cerró los párpados, que se le pusieron de pronto color de rosa. Después, inclinada la frente, las manos colgando, fijos los ojos, repetía a intervalos:

—¡Pobre chiquillo! ¡Pobre chiquillo!

Liébard la contemplaba suspirando. *Madame* Aubain temblaba un poco.

Le propuso ir a Trouville a ver a su hermana.

Felicidad contestó, con un gesto, que para qué.

Hubo un silencio. El bueno de Liébard juzgó conveniente retirarse.

Entonces Felicidad dijo:

—¡A ellos qué les importa!

Volvió a bajar la cabeza y de vez en cuando, maquinalmente, levantaba las largas agujas sobre el costurero.

Pasaron al patio unas mujeres con unas angarillas de las que goteaba un montón de ropa que acababan de lavar.

Felicidad, al verlas a través de los cristales, se acordó de su colada; la había hecho la víspera, pero había que aclararla; y salió de la casa.

Su tabla y su tina estaban en la orilla del Toucques; echó junto a ella un montón de camisas, se remangó, empuñó la pala; y los fuertes golpes que daba llegaban a las huertas de al lado. Los prados estaban desiertos, el viento agitaba el río; al fondo se inclinaban grandes hierbas, como cabelleras de cadáveres flotando en el agua. Felicidad contenía su pena, estuvo hasta la noche muy valiente; pero ya en su cuarto, se entregó, boca abajo sobre el colchón, la cara en la almohada y los puños en las sienes.

Pasado mucho tiempo, supo por el propio capitán de Víctor las circunstancias de su fin. Le habían sangrado demasiado en el hospital, por la fiebre amarilla. Le sujetaban cuatro médicos a la vez. Murió inmediatamente, y el jefe dijo: «¡Bueno, uno más!».

Los padres le habían tratado siempre brutalmente. Felicidad prefirió no verlos nunca más; y ellos tampoco se preocuparon de ella, por olvido o por el endurecimiento que da la miseria.

Virginia se iba debilitando.

Opresión en el pecho, tos, una fiebre continua y unas rosetas en los pómulos denotaban una afección profunda. *Monsieur* Poupart había aconsejado una temporada en Provenza. *Madame* Aubain se decidió y, de no ser por el clima de Pont-l'Evêque, se habría traído enseguida a su hija a casa.

Concertó un arreglo con un hombre que alquilaba coches; la llevaba al convento los martes. En el jardín hay una terraza desde la cual se ve el Sena. Virginia paseaba por ella del brazo de su madre, sobre las hojas de parra caídas. A veces, mirando las velas en la lejanía y todo el horizonte, desde el castillo de Tancarville hasta los faros de Le Havre, el sol, atravesando las nubes, la obligaba a entornar los párpados. Después descansaban en el cenador. La madre se había procurado un pequeño barril de excelente vino de Málaga; y, riendo ante la idea de emborracharse, la niña bebía dos dedos, nada más.

Recuperó las fuerzas. Transcurrió el otoño apaciblemente. Felicidad tranquilizaba a *madame* Aubain. Pero una noche en que había ido a llevar un recado a las cercanías, encontró ante la puerta el cabriolé de *monsieur* Poupart; *monsieur* Poupart estaba en el vestíbulo. *Madame* Aubain se estaba atando el sombrero.

—Dame la rejilla, la bolsa, los guantes. ¡Más deprisa!

Virginia tenía una fluxión de pecho; era quizás caso desesperado.

—¡Todavía no! —dijo el médico; y subieron los dos al coche, bajo los copos de nieve que caían en torbellino. Estaba anocheciendo. Hacía mucho frío.

Felicidad se precipitó a la iglesia para encender una vela. Después corrió detrás del cabriolé y lo alcanzó al cabo de una hora, saltó ligeramente por la trasera y, sostenida en las espirales, se acordó de una cosa: ¡no habían cerrado el patio! ¡Mira que si entraran ladrones! Y se bajó.

Al amanecer del día siguiente se presentó en casa del médico: había vuelto y se había marchado de nuevo al campo. Después Felicidad se

quedó en la fonda, creyendo que unos desconocidos traerían una carta. Por fin, al apuntar el alba, tomó la diligencia de Lisieux.

El convento estaba al final de una callecita escarpada. A mitad de la cuesta, le llegaron unos sones extraños, un toque a muerto. «Es por otro», pensó; y tiró fuertemente de la aldaba.

A los pocos minutos arrastraron unas chancletas, se entreabrió la puerta y apareció una monja.

La buena de la hermana dijo, con aire compungido, que «acababa de pasar a mejor vida». Al mismo tiempo tocaban a muerto las campanas de Saint-Léonard.

Felicidad llegó al segundo piso.

Desde el umbral divisó a Virginia tendida de espaldas, las manos juntas, la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás bajo una cruz negra inclinada sobre ella, entre las cortinas inmóviles, menos blancas que su cara. *Madame* Aubain, al pie de la cama, abrazada a ella, hipaba con estertores de agonía. A la derecha estaba, de pie, la superiora. Tres candeleros sobre la cómoda proyectaban unas manchas rojas, y la niebla blanqueaba las ventanas. Unas monjas se llevaron a *madame* Aubain.

Felicidad se quedó dos noches al lado de la muerta. Repetía las mismas oraciones, echaba agua bendita sobre las sábanas, volvía a sentarse, la contemplaba. Al final de la primera vela, observó que la cara se había puesto amarilla, los labios azulencos, la nariz afilada, los ojos hundidos. Se los besó varias veces; y no se habría asombrado mucho si Virginia los hubiera abierto; para estas almas, lo sobrenatural es completamente natural. La lavó, la envolvió en el sudario, la bajó al ataúd, le puso una corona, le extendió el pelo. Era rubio y extraordinariamente largo para su edad. Felicidad cortó un gran mechón y se guardó la mitad en el pecho, decidida a no desprenderse nunca de él.

El cadáver fue trasladado a Pont-l'Eveque, porque así lo dispuso *madame* Aubain, que seguía al carruaje fúnebre en un coche cerrado.

Después de la misa, tardaron tres cuartos de hora más en llegar al cementerio. Pablo iba en cabeza y llorando. Detrás *monsieur* Bourais, luego los principales habitantes, las mujeres, con mantones negros, y Felicidad. Pensaba en su sobrino y, como a él no había podido rendirle aquellos honores, era una tristeza doble, como si le enterraran con la otra.

La desesperación de *madame* Aubain rebasó todo límite.

Empezó por rebelarse contra Dios, acusándole de injusto por haberle

quitado a su hija —¡a su hija, que nunca había hecho mal y tenía la conciencia tan pura!—. ¡Pero no!: ella debía haberla llevado al Midi. ¡Otros médicos la habrían salvado! Se acusaba, quería irse con ella, gritaba de angustia en medio de sus pesadillas. Le obsesionaba sobre todo una. Su marido, vestido de marinero, volvía de un largo viaje y le decía llorando que había recibido orden de llevarse a Virginia. Entonces se concertaban para buscar un escondrijo en algún sitio.

Una vez volvió de la huerta como enloquecida. Acababan de aparecérsele (señalaba el lugar) el padre y la hija uno tras otro, y no hacían nada; la miraban.

Pasó varios meses en su cuarto, inerte. Felicidad la sermoneaba bondadosamente; tenía que vivir para su hijo, y para la otra, en recuerdo «de ella».

—¿Ella? —exclamaba *madame* Aubain como despertándose—. ¡Ah, sí!… ¡Sí!… ¡Tú no la olvidas! —Alusión al cementerio, que a ella le había sido escrupulosamente vedado.

Felicidad iba todos los días.

A las cuatro en punto salía, bordeaba las casas, subía la cuesta, abría la verja y llegaba a la tumba de Virginia. Era una pequeña columna de mármol rosa, con una losa al pie y unas cadenas en torno cerrando un jardincillo. Los arriates desaparecían bajo una alfombra de flores. Felicidad regaba las hojas, cambiaba la arena, se arrodillaba para remover mejor la tierra. Cuando *madame* Aubain pudo ir al cementerio, sintió un alivio, una especie de consuelo.

Y pasaron los años, todos iguales y sin más episodios que la repetición de las fiestas mayores: las Pascuas, la Asunción, Todos los Santos. Algunos acontecimientos domésticos marcaban una fecha, a la que se referían pasado el tiempo. Por ejemplo, en 1825, dos vidrieros embadurnaron el vestíbulo; en 1827, cayó al patio una parte del tejado y estuvo a punto de matar a un hombre. En el verano de 1828, le tocó a la señora ofrecer el pan bendito; por esta misma época se ausentó Bourais misteriosamente; y poco a poco se fueron yendo los viejos amigos: Gullot, Liébard, *madame* Lechaptois, Robelin, el tío Gremanville, paralítico desde hacía tiempo.

Una noche, el conductor del coche correo llevó a Pont-I'Evêque la noticia de la Revolución de Julio. A los pocos días llegó un nuevo subprefecto: el barón de Larsonnière, excónsul en América, y que tenía en su casa, además de su mujer, a su cuñada con tres hijas, ya bastante mayorcitas. Se las veía en el jardín, vestidas con unas batas flotantes;

tenían un negro y un loro. *Madame* Aubain recibió su visita y no dejó de devolvérsela. En cuanto Felicidad las veía aparecer, por muy lejos que fuera, corría a avisar a su señora. Pero solo una cosa era capaz de impresionar a *madame* Aubain: las cartas de su hijo.

Disipado en los cafés, no podía seguir ninguna carrera. La madre le pagaba las deudas, él contraía otras; y los suspiros que lanzaba *madame* Aubain haciendo punto junto a la ventana llegaban hasta Felicidad, que hilaba en la cocina.

Se paseaban juntas a lo largo del emparrado; y hablaban siempre de Virginia, preguntándose si esto o aquello le habría gustado, qué habría dicho probablemente en esta o aquella ocasión.

Todas sus cosas ocupaban un armario en la habitación de dos camas. *Madame* Aubain las revisaba de tarde en tarde. Un día de verano, se resignó; y volaron del armario las mariposas de la polilla.

Los vestidos estaban colocados bajo una tabla donde había tres muñecas, unos aros, un juego de cocina, la palangana que ella usaba. Sacaron también las falditas, las medias, los pañuelos, y lo extendieron todo sobre dos camas antes de volver a doblarlo. El sol iluminaba aquellas pobres prendas, destacando las manchas y las arrugas formadas por los movimientos del cuerpo. El aire era caliente y azul, gorjeaba un mirlo, todo parecía vivir en una profunda dulzura. Encontraron un sombrerito de felpa, de pelo largo, color marrón; estaba todo apolillado. Felicidad lo pidió para ella. Se miraron fijamente, se les llenaron de lágrimas los ojos; la señora acabó por abrir los brazos, la criada se arrojó en ellos; y se abrazaron, uniendo su dolor en un beso que las igualaba.

Era la primera vez en su vida, pues *madame* Aubain no tenía un carácter expansivo. Felicidad se lo agradeció como una donación, y desde entonces la quiso con una lealtad animal y una veneración religiosa.

La bondad de su corazón fue desarrollándose.

Cuando oía en la calle los tambores de un regimiento en marcha, salía a la puerta con un cántaro de sidra y ofrecía de beber a los soldados. Asistió a los enfermos de cólera. Protegía a los polacos; y hasta hubo uno que le propuso casarse con él. Pero se enfadaron; pues una mañana, al volver Felicidad del ángelus, le encontró en la cocina, donde se había introducido y se había preparado una vinagreta que estaba comiendo tranquilamente.

Después de los polacos, fue el tío Colmiche, un viejo que tenía fama

de haber hecho horrores el 93. Vivía a la orilla del río, en los escombros de una porqueriza. Los chicuelos le miraban por las rendijas de la pared y le tiraban piedras que caían en el camastro donde yacía, continuamente sacudido por un catarro, con el pelo muy largo, inflamados los párpados y en el brazo un tumor más grande que su cabeza. Felicidad le procuró ropa interior, trató de limpiar su tugurio, maquinaba trasladarle al amasadero de la casa, sin que molestara a la señora. Cuando reventó el cáncer, le vendaba todos los días, a veces le llevaba bizcochos, le ponía al sol sobre una brazada de paja; y el pobre viejo, babeando y temblando, se lo agradecía con su voz apagada; tenía miedo de perderla, extendía las manos en cuanto la veía alejarse. Murió; Felicidad mandó decir una misa por el descanso de su alma.

Aquel día recibió una gran alegría: a la hora de comer se presentó el negro de *madame* de Larsonnière llevando el loro en su jaula, con su percha, la cadena y el candado. La baronesa le decía en una esquela a *madame* Aubain que habían ascendido a su marido a una prefectura y se marchaban aquella noche; y le rogaba que aceptase aquel pájaro, como recuerdo y en testimonio de sus respetos.

El loro ocupaba desde hacía mucho tiempo la imaginación de Felicidad, porque venía de América, y esta palabra le recordaba a Víctor, tanto que le hacía preguntas al negro. Una vez llegó a decir: «¡Cuánto le gustaría a la señora tenerlo!».

El negro se lo contó a su ama, y esta, no pudiendo llevarlo, se deshacía de él de aquella manera.

IV

El loro se llamaba Lulú. Tenía el cuerpo verde, rosa la punta de las alas, la frente azul y el buche dorado.

Pero se empeñaba en la molesta manía de morder la percha, se arrancaba las plumas, esparcía su excremento, derramaba el agua del recipiente donde se bañaba; a *madame* Aubain la importunaba, y se lo dio para siempre a Felicidad.

Felicidad se dedicó a enseñarle; el loro no tardó en repetir: «¡Niño bonito! ¡Servidor, caballero! ¡Dios te salve, María!». Le había hecho un sitio detrás de la puerta, y a algunos les extrañaba que no contestara al nombre de Perico, pues todos los loros se llaman Perico. Decían que era un pavo, un adoquín: esto era para Felicidad como una puñalada. ¡Qué manía la de Lulú de dejar de hablar en cuanto le miraban!

Sin embargo, el loro buscaba la compañía; pues los domingos,

mientras las señoritas Rochefeuille, *monsieur* de Houppeville y nuevos visitantes —Onfroy el boticario, *monsieur* Varin y el capitán Mathieu— jugaban su partida de cartas, Lulú pegaba en los cristales con las alas y armaba tal zambra que era imposible entenderse.

La cara de Bourais debía de hacerle mucha gracia. En cuanto le veía, empezaba a reír, a reír con todas sus fuerzas. El estrépito de su voz saltaba al patio, el eco lo repetía, los vecinos se asomaban a las ventanas, se reían también; y *monsieur* Bourais, para que el loro no le viera, andaba pegado a la pared, disimulando su perfil con el sombrero, llegaba al río y entraba por la puerta de la huerta; y las miradas que le echaba al pájaro no eran precisamente cariñosas.

El chico de la carnicería le había dado a Lulú un papirotazo, porque se había permitido meter la cabeza en su cesta; y desde entonces el loro trataba siempre de darle picotazos a través de la camisa. Fabu amenazaba con retorcerle el pescuezo, y eso que no era cruel, a pesar del tatuaje que tenía en los brazos y de las grandes patillas. Al contrario, al loro le tenía más bien simpatía, y hasta quiso divertirse enseñándole palabrotas. A Felicidad le asustaban estas cosas y lo puso en la cocina. Le quitó la cadena y el loro andaba suelto por la casa.

Cuando bajaba la escalera, apoyaba en los peldaños la curva del pico, levantaba la pata derecha, luego la izquierda; y Felicidad tenía miedo de que esta gimnasia le mareara. Se puso malo, no podía hablar ni comer. Era un bultito que tenía debajo de la lengua, como lo tienen a veces las gallinas. Felicidad le curó, quitándole aquella costra con las uñas. Un día, el señorito Pablo cometió la imprudencia de soplarle en las narices el humo de un cigarro; otra vez que *madame* Lormeau se puso a hacerle rabiar con su sombrilla, le agarró con el pico la contera; por último se perdió.

Felicidad le había posado en la hierba para refrescarle y se alejó un momento; cuando volvió, el loro había desaparecido. Le buscó en los bardales, a la orilla del agua y por los tejados, sin escuchar a su señora, que le gritaba:

—¡Ten cuidado! ¡Estás loca!

Después se puso a buscarle por todos los jardines de Pont-l'Evêque; paraba a los transeúntes. «¿Ha visto usted por casualidad a mi loro?». A los que no le conocían se lo describía.

De pronto creyó distinguir detrás de los molinos, al pie de la cuesta, una cosa verde que revoloteaba. ¡Pero nada! Un buhonero le aseguró que lo había visto hacía un momento en Saint-Melaine, en la tienda de

la tía Simon. Allá se fue corriendo. No sabían lo que quería decir. Por fin volvió, cansadísima, con las chancletas todas rotas, muerta de pena; y, sentada en medio del banco, junto a la señora, le estaba contando todas sus diligencias, cuando le cayó sobre el hombro un ligero peso: ¡Lulú! ¿Qué diablos había estado haciendo? ¡A lo mejor había ido de paseo por los alrededores!

A Felicidad le costó trabajo reponerse del susto, o más bien no se repuso nunca.

Cogió un enfriamiento y le vino una angina; al poco tiempo, un dolor de oídos; al cabo de tres años, estaba sorda; hablaba muy alto, hasta en la iglesia. Aunque sus pecados podían difundirse por todos los pueblos de la diócesis sin deshonor para ella ni escándalo para el mundo, el señor cura juzgó oportuno no confesarla más que en la sacristía.

Unos zumbidos ilusorios acababan de trastornarla. Su señora solía decirle: «¡Dios mío, qué tonta eres!», y ella contestaba: «Sí, señora», buscando algo en torno suyo.

El pequeño círculo de sus ideas se redujo más aún, y ya no existían para ella el carillón de las campanas, el mugido de las vacas. Todos los seres funcionaban con el silencio de los fantasmas. Ahora ya solo un ruido llegaba a sus oídos, la voz del loro.

Como para distraerla, reproducía el tictac del asador, el agudo pregón de un pescadero, la sierra del carpintero de enfrente; y cuando sonaba la campanilla, remedaba a *madame* Aubain: «¡Felicidad, la puerta, la puerta!».

Sostenían diálogos, él repitiendo hasta la saciedad las tres frases de su repertorio, y ella contestando con palabras que ya no tenían sentido, pero en las que le rebosaba el corazón. En su aislamiento, Lulú era casi un hijo, un novio. Le subía por los dedos, le mordisqueaba los labios, se le agarraba al chal; y cuando Felicidad bajaba la frente balanceando la cabeza como las nodrizas, las grandes alas del gorro y las alas del pájaro se estremecían juntas.

Cuando se amontonaban las nubes y retumbaba el trueno, Lulú se ponía a gritar, recordando quizá los aguaceros de sus selvas natales. El correr del agua le producía una especie de delirio; revoloteaba como loco, se subía al techo, lo tiraba todo, y se iba por la ventana a chapotear en la huerta; pero volvía enseguida a posarse en uno de los morillos, y, dando saltitos para secarse las plumas, tan pronto mostraba la cola como el pico.

Una mañana del terrible invierno de 1837, Felicidad, que le había puesto frente a la chimenea por el frío, lo encontró muerto en medio de la jaula, cabeza abajo y agarrado con las uñas a los alambres. Debió de matarlo una congestión. Felicidad creyó que lo habían envenenado con perejil, y, aunque no tenía ninguna prueba, sospechó de Fabu.

Lloró tanto que su ama le dijo:

—¡Bueno, manda disecarlo!

Pidió consejo al boticario, que siempre había sido bueno con el loro.

El boticario escribió a Le Havre. Un tal Fellacher se encargó de esta tarea. Pero, como las diligencias extraviaban a veces los paquetes, Felicidad decidió llevarlo ella misma hasta Honfleur.

En las orillas de la carretera desfilaban los manzanos sin hojas. Las cunetas estaban cubiertas de hielo. Aullaban los perros en torno a las casas de labranza; y Felicidad, con las manos metidas debajo de la toquilla, con sus pequeños zuecos negros y su capacho, caminaba deprisa por el medio de la carretera.

Atravesó el bosque, pasó Haut-Chêne, llegó a Saint—

Gatien.

Detrás de ella, un coche correo envuelto en una nube de polvo, y acelerando cuesta abajo a galope tendido, se precipitaba como una tromba. Viendo que aquella mujer no se apartaba, el conductor se asomó por encima de la capota y el postillón se puso también a gritar, mientras que los cuatro caballos, que no podía sujetar, aceleraban la marcha; los dos primeros la rozaban ya; el conductor, de un tirón de las bridas, los echó al borde, pero, furioso, levantó el brazo y volteándolo a todo lo que daba, le cruzó a Felicidad el cuerpo con la fusta desde el vientre hasta el moño, y el golpe fue tan fuerte que la tumbó de espaldas.

Cuando recobró el conocimiento, lo primero que hizo fue abrir la cesta. Por suerte, Lulú no tenía nada. Sintió una quemadura en la mejilla derecha; se llevó a ella las manos y se le pusieron rojas. Sangraba.

Se sentó en un montón de grava, se tapó la cara con el pañuelo, después comió un mendrugo de pan que había puesto en la cesta por precaución. Y se consolaba de su herida mirando al pájaro.

Al llegar al alto de Ecquemauville, vio las luces de Honfleur, que centelleaban en la noche como estrellas; más lejos, se extendía confusamente el mar. Un desfallecimiento la hizo detenerse; y volvieron en tropel, como las olas de una marea, apretándole la garganta, la

miseria de su infancia, la decepción del primer amor, la partida de su sobrino, la muerte de Virginia.

Después quiso hablar con el capitán del barco; y, sin decir lo que iba en el paquete, le pidió que lo cuidaran bien.

Fellacher tardó mucho en devolver el loro. Prometía siempre mandarlo la semana siguiente; al cabo de seis meses, anunció que salía una caja; y no se habló más del asunto. Era cosa de creer que Lulú no volvería nunca.

«¡Me lo habrán robado!», pensaba Felicidad.

Por fin llegó, y llegó espléndido, muy erguido en una rama de árbol atornillada en una peana de caoba, una pata en el aire, la cabeza entornada, y mordiendo una nuez, que el disecador, por amor a lo grandioso, había pintado de purpurina.

Felicidad lo puso en su cuarto.

Este lugar, donde dejaba entrar a poca gente, parecía una mezcla de capilla y de bazar, tan lleno como estaba de objetos religiosos y de cosas heteróclitas.

Había un gran armario que estorbaba para abrir la puerta. Enfrente de la ventana, dando a la huerta, un ojo de buey mirando al patio; junto al catre de tijera, una mesa con un jarro de agua, dos peines y un pedazo de jabón azul en un plato desportillado. En las paredes se veían rosarios, medallas, varias vírgenes, una pila de agua bendita hecha de una cáscara de coco; sobre la cómoda, cubierta con un paño como un altar, la caja de conchas que le había regalado Víctor; además una regadera y un globo, cuadernos de caligrafía, la geografía en estampas, un par de botinas; y, en el clavo del espejo, el sombrerito de felpa colgado por las cintas. Felicidad llevaba tan lejos esta clase de respeto que hasta conservaba una levita del señor. Todas las antiguallas que ya no quería *madame* Aubain las cogía ella para su cuarto. Así es que había flores artificiales en el borde de la cómoda, y el retrato del conde Artois en el hueco de la claraboya. Lulú quedó acomodado sobre una tablilla clavada en un saliente de la chimenea. Por las mañanas, al despertarse, Felicidad lo veía a la luz del alba, y entonces se acordaba de los días desaparecidos, y de cosas insignificantes, hasta en los menores detalles, y se acordaba sin dolor, plena de tranquilidad.

Como no trataba con nadie, vivía en un torpor de sonámbula. Las procesiones del Corpus la reanimaban. Iba a pedir a los vecinos antorchas y esteras para adornar el altar que levantaban en la calle.

En la iglesia, se quedaba siempre contemplando al Espíritu Santo, y

observó que tenía algo del loro. Su semejanza le pareció más manifiesta aún en una imagen de Epinal que representaba el bautismo de Nuestro Señor. Con sus alas de púrpura y su cuerpo de esmeralda, era el vivo retrato de Lulú.

Compró esta estampa y la colgó en el lugar del conde Artois; de suerte que, de una misma ojeada, los veía juntos. Se unieron en su pensamiento, santificado el loro por aquella relación con el Espíritu Santo, que así resultaba para ella más viva y más inteligible. El Padre, para expresarse, no había podido elegir una paloma, porque estos animales no tienen voz, sino más bien un antepasado de Lulú. Y Felicidad rezaba mirando la imagen, pero de vez en cuando se volvía un poco hacia el pájaro.

Le dieron ganas de hacerse de las hijas de María. *Madame* Aubain la disuadió.

Surgió un acontecimiento importante: la boda de Pablo.

Después de haber sido pasante de notario, de trabajar en el comercio, en la aduana, en las contribuciones, y hasta de haber dado los pasos para ríos y bosques, de pronto, a los treinta y seis años, por inspiración del cielo, descubrió su camino: ¡el registro! Y demostró en esto tan altas facultades, que un inspector le ofreció su hija, prometiéndole su protección.

Pablo, convertido en hombre serio, la llevó a casa de su madre.

La nuera denigró las costumbres de Pont-l'Evêque, se dio humos de princesa, trató con desprecio a Felicidad. Cuando se marchó, *madame* Aubain sintió alivio.

A la semana siguiente se supo que *monsieur* Bourais había muerto en una fonda de la baja Bretaña. El rumor de un suicidio se confirmó; surgieron dudas sobre su probidad. *Madame* Aubain estudió sus cuentas, y no tardó en conocer la retahíla de sus fechorías: desfalcos de atrasos, ventas de madera escamoteadas, recibos falsos, etcétera. Además, tenía un hijo natural y «relaciones con una de Dozulé».

Estas truhanerías la disgustaron mucho.

En marzo de 1853, le dio un dolor en el pecho; tenía la lengua como cubierta de humo, las sanguijuelas no calmaron la opresión; y a los nueve días expiró, a los sesenta y dos años recién cumplidos.

La creían menos vieja, por el pelo castaño, que le rodeaba el rostro pálido, picado de viruelas. Pocos amigos la lloraron, pues sus maneras eran de una altivez que distanciaba a la gente.

Felicidad la lloró como no se llora a los amos. Que la señora muriera

antes que ella no le cabía en la cabeza, le parecía contrario al orden de las cosas, inadmisible y monstruoso.

A los diez días (el tiempo necesario para acudir desde Besançon), llegaron los herederos. La nuera registró los cajones, eligió algunos muebles, vendió otros, después se volvieron al registro.

¡Se fueron la butaca de la señora, su velador, su rejilla, las ocho sillas! En el lugar donde estuvieron los grabados se destacaban ahora unos cuadrados amarillos en medio de las paredes. Se habían llevado las dos cunas, con sus colchones, y en el armario ya no quedaba nada de los enseres de Virginia. Felicidad subió las escaleras, muerta de tristeza. Al día siguiente había un anuncio en la puerta; el boticario le gritó al oído que la casa estaba en venta.

Felicidad se tambaleó, tuvo que sentarse.

Lo que más pena le daba era abandonar su cuarto, tan cómodo para el pobre Lulú. Envolviéndole en una mirada de angustia, imploraba al Espíritu Santo, y contrajo la costumbre idólatra de rezar sus oraciones arrodillada ante el loro. A veces entraba el sol por la claraboya y daba en el ojo de vidrio de Lulú, haciendo salir de él un gran rayo luminoso que ponía en éxtasis a Felicidad.

Tenía una renta de trescientos ochenta francos que le había legado su señora. La huerta la abastecía de verduras. En cuanto a la ropa, tenía para vestirse hasta el fin de sus días, y economizaba la luz acostándose al anochecer.

Apenas salía, por evitar la tienda del chamarilero, donde estaban expuestos algunos de los antiguos muebles. Desde que le dio el mareo, arrastraba una pierna; y como sus fuerzas iban disminuyendo, la tía Simon, arruinada en la tienda de comestibles, iba todas las mañanas a partirle la leña y a bombearle el agua.

Fue perdiendo vista. Ya no se abrían las persianas. Pasaron muchos años. Y la casa no se alquilaba y no se vendía.

Felicidad, por miedo de que la echaran, no pedía ninguna reparación. Las viguetas del techo se iban pudriendo. Pasó todo un invierno cayéndole una gotera en la almohada. Después de las Pascuas, escupió sangre.

La tía Simon llamó a un médico. Felicidad quiso saber lo que tenía. Pero, como estaba muy sorda, solo oyó una palabra: *neumonía*. Aquello le era conocido, y contestó apaciblemente: «¡Ah, como la señora!», pareciéndole muy natural seguir a su ama.

Se acercaba el momento de los altares del Corpus.

El primero estaba siempre al pie de la cuesta, el segundo delante de la posta, el tercero hacia el medio de la calle. A propósito de este hubo rivalidades, y las feligresas acabaron por elegir el patio de *madame* Aubain.

Aumentaron las opresiones de la fiebre. Felicidad estaba muy triste por no hacer nada para el altar. ¡Si siquiera hubiera podido poner algo en él! Entonces pensó en el loro. Eso no estaba bien, objetaron las vecinas. Pero el cura dio permiso; Felicidad se puso tan contenta que le pidió que cuando ella se muriera, aceptara a Lulú, su única hacienda.

Del martes al sábado, víspera del Corpus, tosió más. Por la noche se le contrajo el rostro, se le pegaron los labios a las encías, sobrevinieron vómitos.

Y al día siguiente, al amanecer, sintiéndose muy mal, mandó llamar a un sacerdote.

Tres buenas mujeres la rodeaban durante la extremaunción. Después dijo que tenía que hablar con Fabu.

Llegó vestido de domingo, muy a disgusto en aquella atmósfera lúgubre.

—¡Perdóneme —le dijo haciendo un esfuerzo—, pensé que había sido usted quien le mató!

¿Qué chismes eran aquellos? ¡Sospechar que había cometido un asesinato, un hombre como él! Y se indignaba, iba a armar un escándalo. «¡Ya ve que ha perdido la cabeza!».

De vez en cuando Felicidad hablaba a unas sombras. Las buenas mujeres se fueron. La Simon almorzó.

Luego cogió a Lulú y, acercándoselo a Felicidad:

—¡Ande, despídase de él!

Aunque no era un cadáver, le devoraban los gusanos, tenía un ala rota, se le salía la estopa del vientre. Pero Felicidad, ya ciega, lo besó en la frente y lo sujetaba contra su cara. La Simon se lo quitó para volver a ponerlo en el altar.

V

Los prados despedían un olor a verano; zumbaban las moscas; el sol hacía resplandecer el río, recalentaba las pizarras. La tía Simon, de nuevo en el cuarto de Felicidad, se dormía apaciblemente.

La despertaron unas campanadas; la gente salía de las vísperas. Felicidad dejó de delirar. Pensando en la procesión, la veía como si la

siguiera.

Por las aceras iban todos los niños de las escuelas, los chantres y los bomberos, mientras que por mitad de la calle iban en primer lugar: el suizo armado con su alabarda, el sacristán con una gran cruz, el maestro vigilando a los chiquillos, la monja preocupada por sus niñas; tres de las más monas, rizadas como angelitos, echaban al aire pétalos de rosas; el diácono, con los brazos abiertos, moderaba la música; y dos monaguillos con los incensarios se volvían a cada paso hacia el Santo Sacramento, que llevaba el señor cura, vistiendo su preciosa casulla, bajo un palio rojo carmesí sostenido por cuatro fabriqueros. Detrás se empujaba el gentío, entre las colgaduras blancas que cubrían la pared de las casas; y llegaron al pie de la cuesta.

A Felicidad le mojaba las sienes un sudor frío. La Simon se lo enjugaba con un paño blanco, diciéndose que ella también pasaría algún día por aquel trance.

El murmullo de la multitud fue subiendo; por un momento llegó a ser muy fuerte; se alejó.

Una descarga hizo trepidar los cristales. Eran los postillones saludando a la custodia. Felicidad abrió los ojos y, lo menos bajo que pudo, dijo:

—¿Está bien? —preocupada por el loro.

Empezó la agonía. Un estertor, cada vez más precipitado, le levantaba las costillas. Le salían espumarajos por las comisuras de la boca, y le temblaba todo el cuerpo.

No tardó en distinguirse el ronquido de los fieles, las claras voces de los niños, la voz profunda de los hombres. De vez en cuando callaba todo, y el golpear de los pasos, amortiguado por las flores, era como el ruido de un rebaño pisando sobre la hierba.

Apareció el clero en el patio. La Simon se encaramó a una silla para alcanzar la claraboya, y así dominaba el altar.

Guirnaldas verdes pendían sobre él, adornado con un volante de punto de Inglaterra. En el centro, un cuadrito que contenía reliquias, en los extremos dos naranjos, y, a todo lo largo, candeleros de plata y floreros de porcelana con girasoles, lirios, peonías, digitales, ramas de hortensias. Este montón de colores esplendorosos descendía oblicuamente desde el primer piso hasta la alfombra, prolongándose por el pavimento; y llamaban la atención algunas cosas raras. Un azucarero de plata dorada tenía una corona de violetas, relucían en el musgo colgantes de piedras de Alençon, mostraban sus paisajes dos abanicos

chinos. A Lulú, escondido bajo las rosas, no se le veía más que la frente, azul como una placa de lapislázuli.

Los fabriqueros, los chantres, los niños se alinearon en los tres lados del patio. El sacerdote subió lentamente los escalones y posó sobre el encaje su gran sol de oro reluciente. Todos se arrodillaron. Se hizo un gran silencio, y los incensarios, pendientes de sus cadenas, giraban a todo vuelo.

Un vapor de azur ascendió en el cuarto de Felicidad. Adelantó la nariz aspirándolo con una sensualidad mística; luego cerró los ojos. Sus labios sonreían. Los latidos de su corazón se fueron amortiguando uno a uno, más tenues cada vez, más espaciados, como un manantial que se va agotando, como un eco que se va extinguiendo; y cuando exhaló el último suspiro, creyó ver en el cielo entreabierto un loro gigantesco planeando sobre su cabeza.

Leopoldo Alas, Clarín

¡ADIÓS, CORDERA!

(1892)

¡Eran tres: siempre los tres! Rosa, Pinín y la Cordera.

El prao Somonte era un recorte triangular de terciopelo verde tendido, como una colgadura, cuesta abajo por la loma. Uno de sus ángulos, el inferior, lo despuntaba el camino de hierro de Oviedo a Gijón. Un palo del telégrafo, plantado allí como pendón de conquista, con sus jícaras blancas y sus alambres paralelos, a derecha e izquierda, representaba para Rosa y Pinín el ancho mundo desconocido, misterioso, temible, eternamente ignorado. Pinín, después de pensarlo mucho, cuando a fuerza de ver días y días el poste tranquilo, inofensivo, campechano, con ganas, sin duda, de aclimatarse en la aldea y parecerse todo lo posible a un árbol seco, fue atreviéndose con él, llevó la confianza al extremo de abrazarse al leño y trepar hasta cerca de los alambres. Pero nunca llegaba a tocar la porcelana de arriba, que le recordaba las jícaras que había visto en la rectoral de Puao. Al verse tan cerca del misterio sagrado, le acometía un pánico de respeto, y se dejaba resbalar deprisa hasta tropezar con los pies en el césped.

Rosa, menos audaz, pero más enamorada de lo desconocido, se contentaba con arrimar el oído al palo del telégrafo, y minutos, y hasta cuartos de hora, pasaba escuchando los formidables rumores metálicos que el viento arrancaba a las fibras del pino seco en contacto con el alambre. Aquellas vibraciones, a veces intensas como las del diapasón, que, aplicado al oído, parece que quema con su vertiginoso latir, eran para Rosa los papeles que pasaban, las cartas que se escribían por los hilos, el lenguaje incomprensible que lo ignorado hablaba con lo ignorado; ella no tenía curiosidad por entender lo que los de allá, tan

lejos, decían a los del otro extremo del mundo. ¿Qué le importaba? Su interés estaba en el ruido por el ruido mismo, por su timbre y su misterio.

La Cordera, mucho más formal que sus compañeros, verdad es que, relativamente, de edad también mucho más madura, se abstenía de toda comunicación con el mundo civilizado, y miraba de lejos el palo del telégrafo, como lo que era para ella, efectivamente, como cosa muerta, inútil, que no le servía siquiera para rascarse. Era una vaca que había vivido mucho. Sentada horas y horas, pues, experta en pastos, sabía aprovechar el tiempo, meditaba más que comía, gozaba del placer de vivir en paz, bajo el cielo gris y tranquilo de su tierra, como quien alimenta el alma, que también tienen los brutos; y si no fuera profanación, podría decirse que los pensamientos de la vaca matrona, llena de experiencia, debían de parecerse todo lo posible a las más sosegadas y doctrinales odas de Horacio.

Asistía a los juegos de los pastorcicos encargados de llindarla, como una abuela. Si pudiera, se sonreiría al pensar que Rosa y Pinín tenían por misión en el prado cuidar de que ella, la Cordera, no se extralimitase, no se metiese por la vía del ferrocarril ni saltara a la heredad vecina. ¡Qué había de saltar! ¡Qué se había de meter!

Pastar de cuando en cuando, no mucho, cada día menos, pero con atención, sin perder el tiempo en levantar la cabeza por curiosidad necia, escogiendo sin vacilar los mejores bocados, y, después, sentarse sobre el cuarto trasero con delicia, a rumiar la vida, a gozar el deleite del no padecer, del dejarse existir: esto era lo que ella tenía que hacer, y todo lo demás aventuras peligrosas. Ya no recordaba cuándo le había picado la mosca.

«El *xatu* (el toro), los saltos locos por las praderas adelante… ¡todo eso estaba tan lejos!».

Aquella paz solo se había turbado en los días de prueba de la inauguración del ferrocarril. La primera vez que la Cordera vio pasar el tren, se volvió loca. Saltó la sebe de lo más alto del Somonte, corrió por prados ajenos, y el terror duró muchos días, renovándose, más o menos violento, cada vez que la máquina asomaba por la trinchera vecina. Poco a poco se fue acostumbrando al estrépito inofensivo. Cuando llegó a convencerse de que era un peligro que pasaba, una catástrofe que amenazaba sin dar, redujo sus precauciones a ponerse en pie y a mirar de frente, con la cabeza erguida, al formidable monstruo; más adelante no hacía más que mirarle, sin levantarse, con antipatía y desconfianza; acabó por no mirar al tren siquiera.

En Pinín y Rosa la novedad del ferrocarril produjo impresiones más agradables y persistentes. Si al principio era una alegría loca, algo mezclada de miedo supersticioso, una excitación nerviosa, que les hacía prorrumpir en gritos, gestos, pantomimas descabelladas, después fue un recreo pacífico, suave, renovado varias veces al día. Tardó mucho en gastarse aquella emoción de contemplar la marcha vertiginosa, acompañada del viento, de la gran culebra de hierro, que llevaba dentro de sí tanto ruido y tantas castas de gentes desconocidas, extrañas.

Pero telégrafo, ferrocarril, todo eso, era lo de menos: un accidente pasajero que se ahogaba en el mar de soledad que rodeaba el prao Somonte. Desde allí no se veía vivienda humana; allí no llegaban ruidos del mundo más que al pasar el tren. Mañanas sin fin, bajo los rayos del sol a veces, entre el zumbar de los insectos, la vaca y los niños esperaban la proximidad del mediodía para volver a casa. Y luego, tardes eternas, de dulce tristeza silenciosa, en el mismo prado, hasta venir la noche, con el lucero vespertino por testigo mudo en la altura. Rodaban las nubes allá arriba, caían las sombras de los árboles y de las peñas en la loma y en la cañada, se acostaban los pájaros, empezaban a brillar algunas estrellas en lo más obscuro del cielo azul, y Pinín y Rosa, los niños gemelos, los hijos de Antón de Chinta, teñida el alma de la dulce serenidad soñadora de la solemne y seria Naturaleza, callaban horas y horas, después de sus juegos, nunca muy estrepitosos, sentados cerca de la Cordera, que acompañaba el augusto silencio de tarde en tarde con un blando son de perezosa esquila.

En este silencio, en esta calma inactiva, había amores. Se amaban los dos hermanos como dos mitades de un fruto verde, unidos por la misma vida, con escasa conciencia de lo que en ellos era distinto, de cuanto los separaba; amaban Pinín y Rosa a la Cordera, la vaca abuela, grande, amarillenta, cuyo testuz parecía una cuna. La Cordera recordaría a un poeta la zavala del *Ramayana*, la vaca santa; tenía en la amplitud de sus formas, en la solemne serenidad de sus pausados y nobles movimientos, aires y contornos de ídolo destronado, caído, contento con su suerte, más satisfecha con ser vaca verdadera que dios falso. La Cordera, hasta donde es posible adivinar estas cosas, puede decirse que también quería a los gemelos encargados de apacentarla.

Era poco expresiva; pero la paciencia con que los toleraba cuando en sus juegos ella les servía de almohada, de escondite, de montura, y para otras cosas que ideaba la fantasía de los pastores, demostraba tácitamente el afecto del animal pacífico y pensativo.

En tiempos difíciles, Pinín y Rosa habían hecho por la Cordera los

imposibles de solicitud y cuidado. No siempre Antón de Chinta había tenido el prado Somonte. Este regalo era cosa relativamente nueva. Años atrás, la Cordera tenía que salir a la gramática, esto es, a apacentarse como podía, a la buena ventura de los caminos y callejas de las rapadas y escasas praderías del común, que tanto tenían de vía pública como de pastos. Pinín y Rosa, en tales días de penuria, la guiaban a los mejores altozanos, a los parajes más tranquilos y menos esquilmados, y la libraban de las mil injurias a que están expuestas las pobres reses que tienen que buscar su alimento en los azares de un camino.

En los días de hambre, en el establo, cuando el heno escaseaba, y el narvaso para estrar el lecho caliente de la vaca faltaba también, a Rosa y a Pinín debía la Cordera mil industrias que la hacían más suave la miseria. ¡Y qué decir de los tiempos heroicos del parto y la cría, cuando se entablaba la lucha necesaria entre el alimento y regalo de la nación, y el interés de los Chintos, que consistía en robar a las ubres de la pobre madre toda la leche que no fuera absolutamente indispensable para que el ternero subsistiese! Rosa y Pinín, en tal conflicto, siempre estaban de parte de la Cordera, y en cuanto había ocasión, a escondidas, soltaban el recental, que, ciego, y como loco, a testaradas contra todo, corría a buscar el amparo de la madre, que le albergaba bajo su vientre, volviendo la cabeza agradecida y solícita, diciendo, a su manera:

—Dejad a los niños y a los recentales que vengan a mí.

Estos recuerdos, estos lazos, son de los que no se olvidan.

Añádase a todo que la Cordera tenía la mejor pasta de vaca sufrida del mundo. Cuando se veía emparejada bajo el yugo con cualquier compañera, fiel a la gamella, sabía someter su voluntad a la ajena, y horas y horas se la veía con la cerviz inclinada, la cabeza torcida, en incómoda postura, velando en pie mientras la pareja dormía en tierra.

* * *

Antón de Chinta comprendió que había nacido para pobre cuando palpó la imposibilidad de cumplir aquel sueño dorado suyo de tener un corral propio con dos yuntas por lo menos. Llegó, gracias a mil ahorros, que eran mares de sudor y purgatorios de privaciones, llegó a la primera vaca, la Cordera, y no pasó de ahí; antes de poder comprar la segunda se vio obligado, para pagar atrasos al amo, el dueño de la casería que llevaba en renta, a llevar al mercado a aquel pedazo de sus entrañas, la

Cordera, el amor de sus hijos. Chinta había muerto a los dos años de tener la Cordera en casa. El establo y la cama del matrimonio estaban pared por medio, llamando pared a un tejido de ramas de castaño y de cañas de maíz. La Chinta, musa de la economía en aquel hogar miserable, había muerto mirando a la vaca por un boquete del destrozado tabique de ramaje, señalándola como salvación de la familia.

«Cuidadla, es vuestro sustento», parecían decir los ojos de la pobre moribunda, que murió extenuada de hambre y de trabajo.

El amor de los gemelos se había concentrado en la Cordera; el regazo, que tiene su cariño especial, que el padre no puede reemplazar, estaba al calor de la vaca, en el establo, y allá, en el Somonte.

Todo esto lo comprendía Antón a su manera, confusamente. De la venta necesaria no había que decir palabra a los *neños*. Un sábado de julio, al ser de día, de mal humor Antón, echó a andar hacia Gijón, llevando la Cordera por delante, sin más atavío que el collar de esquila. Pinín y Rosa dormían. Otros días había que despertarlos a azotes. El padre los dejó tranquilos. Al levantarse se encontraron sin la Cordera. «Sin duda, mío pa la había llevado al *xatu*». No cabía otra conjetura. Pinín y Rosa opinaban que la vaca iba de mala gana; creían ellos que no deseaba más hijos, pues todos acababa por perderlos pronto, sin saber cómo ni cuándo.

Al obscurecer, Antón y la Cordera entraban por la corrada mohínos, cansados y cubiertos de polvo. El padre no dio explicaciones, pero los hijos adivinaron el peligro.

No había vendido, porque nadie había querido llegar al precio que a él se le había puesto en la cabeza. Era excesivo: un sofisma del cariño. Pedía mucho por la vaca para que nadie se atreviese a llevársela. Los que se habían acercado a intentar fortuna se habían alejado pronto echando pestes de aquel hombre que miraba con ojos de rencor y desafío al que osaba insistir en acercarse al precio fijo en que él se abroquelaba. Hasta el último momento del mercado estuvo Antón de Chinta en el Humedal, dando plazo a la fatalidad. «No se dirá, pensaba, que yo no quiero vender: son ellos que no me pagan la Cordera en lo que vale». Y, por fin, suspirando, si no satisfecho, con cierto consuelo, volvió a emprender el camino por la carretera de Candás adelante, entre la confusión y el ruido de cerdos y novillos, bueyes y vacas, que los aldeanos de muchas parroquias del contorno conducían con mayor o menor trabajo, según eran de antiguo las relaciones entre dueños y bestias.

En el Natahoyo, en el cruce de dos caminos, todavía estuvo expuesto el de Chinta a quedarse sin la Cordera; un vecino de Carrió que le había rondado todo el día ofreciéndole pocos duros menos de los que pedía, le dio el último ataque, algo borracho.

El de Carrió subía, subía, luchando entre la codicia y el capricho de llevar la vaca. Antón, como una roca. Llegaron a tener las manos enlazadas, parados en medio de la carretera, interrumpiendo el paso… Por fin, la codicia pudo más; el pico de los cincuenta los separó como un abismo; se soltaron las manos, cada cual tiró por su lado; Antón, por una calleja que, entre madreselvas que aún no florecían y zarzamoras en flor, le condujo hasta su casa.

* * *

Desde aquel día en que adivinaron el peligro, Pinín y Rosa no sosegaron. A media semana se personó el mayordomo en el corral de Antón. Era otro aldeano de la misma parroquia, de malas pulgas, cruel con los caseros atrasados. Antón, que no admitía reprimendas, se puso lívido ante las amenazas de desahucio.

El amo no esperaba más. Bueno, vendería la vaca a vil precio, por una merienda. Había que pagar o quedarse en la calle.

El sábado inmediato acompañó al Humedal Pinín a su padre. El niño miraba con horror a los contratistas de carnes, que eran los tiranos del mercado. La Cordera fue comprada en su justo precio por un rematante de Castilla. Se la hizo una señal en la piel y volvió a su establo de Puao, ya vendida, ajena, tañendo tristemente la esquila. Detrás caminaban Antón de Chinta, taciturno, y Pinín, con ojos como puños. Rosa, al saber la venta, se abrazó al testuz de la Cordera, que inclinaba la cabeza a las caricias como al yugo.

«¡Se iba la vieja!», pensaba con el alma destrozada Antón el huraño.

«Ella ser, era una bestia, ¡pero sus hijos no tenían otra madre ni otra abuela!».

Aquellos días en el pasto, en la verdura del Somonte, el silencio era fúnebre. La Cordera, que ignoraba su suerte, descansaba y pacía como siempre, *sub specie æternitatis*, como descansaría y comería un minuto antes de que el brutal porrazo la derribase muerta. Pero Rosa y Pinín yacían desolados, tendidos sobre la hierba, inútil en adelante. Miraban con rencor los trenes que pasaban, los alambres del telégrafo. Era aquel mundo desconocido, tan lejos de ellos por un lado, y por otro el que les

llevaba su Cordera.

El viernes, al obscurecer, fue la despedida. Vino un encargado del rematante de Castilla por la res. Pagó; bebieron un trago Antón y el comisionado, y se sacó a la quintana la Cordera, Antón había apurado la botella; estaba exaltado; el peso del dinero en el bolsillo le animaba también. Quería aturdirse. Hablaba mucho, alababa las excelencias de la vaca. El otro sonreía, porque las alabanzas de Antón eran impertinentes. ¿Que daba la res tantos y tantos *xarros* de leche? ¿Que era noble en el yugo, fuerte con la carga? ¿Y qué, si dentro de pocos días había de estar reducida a chuletas y otros bocados suculentos? Antón no quería imaginar esto; se la figuraba viva, trabajando, sirviendo a otro labrador, olvidada de él y de sus hijos, pero viva, feliz… Pinín y Rosa, sentados sobre el montón de cucho, recuerdo para ellos sentimental de la Cordera y de los propios afanes, unidos por las manos, miraban al enemigo con ojos de espanto. En el supremo instante se arrojaron sobre su amiga; besos, abrazos: hubo de todo. No podían separarse de ella. Antón, agotada de pronto la excitación del vino, cayó como en un marasmo; cruzó los brazos, y entró en el corral obscuro.

Los hijos siguieron un buen trecho por la calleja, de altos setos, el triste grupo del indiferente comisionado y la Cordera, que iba de mala gana con un desconocido y a tales horas. Por fin, hubo que separarse. Antón, malhumorado, clamaba desde casa:

—¡Bah, bah, *neños*, acá vos digo; basta de *pamemes*! —Así gritaba de lejos el padre con voz de lágrimas.

Caía la noche; por la calleja obscura que hacían casi negra los altos setos, formando casi bóveda, se perdió el bulto de la Cordera, que parecía negra de lejos. Después no quedó de ella más que el tintán pausado de la esquila, desvanecido con la distancia, entre los chirridos melancólicos de cigarras infinitas.

—¡Adiós, Cordera! —gritaba Rosa deshecha en llanto—. ¡Adiós, Cordera de mío alma!

—¡Adiós, Cordera! —repetía Pinín, no más sereno.

—Adiós —contestó por último, a su modo, la esquila, perdiéndose su lamento triste, resignado, entre los demás sonidos de la noche de julio en la aldea…

* * *

Al día siguiente, muy temprano, a la hora de siempre, Pinín y Rosa

fueron al prao Somonte. Aquella soledad no lo había sido nunca para ellos, triste; aquel día, el Somonte sin la Cordera parecía el desierto.

De repente silbó la máquina, apareció el humo, luego el tren. En un furgón cerrado, en unas estrechas ventanas altas o respiraderos, vislumbraron los hermanos gemelos cabezas de vacas que, pasmadas, miraban por aquellos tragaluces.

—¡Adiós, Cordera! —gritó Rosa, adivinando allí a su amiga, a la vaca abuela.

—¡Adiós, Cordera! —vociferó Pinín con la misma fe, enseñando los puños al tren, que volaba camino de Castilla.

Y, llorando, repetía el rapaz, más enterado que su hermana de las picardías del mundo:

—La llevan al Matadero… Carne de vaca, para comer los señores, los curas…, los indianos.

—¡Adiós, Cordera!

—¡Adiós, Cordera!

Y Rosa y Pinín miraban con rencor la vía, el telégrafo, los símbolos de aquel mundo enemigo, que les arrebataba, que les devoraba a su compañera de tantas soledades, de tantas ternuras silenciosas, para sus apetitos, para convertirla en manjares de ricos glotones…

—¡Adiós, Cordera!…

—¡Adiós, Cordera!…

* * *

Pasaron muchos años. Pinín se hizo mozo y se lo llevó el rey. Ardía la guerra carlista. Antón de Chinta era casero de un cacique de los vencidos; no hubo influencia para declarar inútil a Pinín, que, por ser, era como un roble.

Y una tarde triste de octubre, Rosa, en el prao Somonte sola, esperaba el paso del tren correo de Gijón, que le llevaba a sus únicos amores, su hermano. Silbó a lo lejos la máquina, apareció el tren en la trinchera, pasó como un relámpago. Rosa, casi metida por las ruedas, pudo ver un instante en un coche de tercera multitud de cabezas de pobres quintos que gritaban, gesticulaban, saludando a los árboles, al suelo, a los campos, a toda la patria familiar, a la pequeña, que dejaban para ir a morir en las luchas fratricidas de la patria grande, al servicio de un rey y de unas ideas que no conocían.

Pinín, con medio cuerpo fuera de una ventanilla, tendió los brazos a

su hermana; casi se tocaron. Y Rosa pudo oír entre el estrépito de las ruedas y la gritería de los reclutas la voz distinta de su hermano, que sollozaba exclamando, como inspirado por un recuerdo de dolor lejano:

—¡Adiós, Rosa!… ¡Adiós, Cordera!

—¡Adiós, Pinín! ¡Pinín de mío alma!…

«Allá iba, como la otra, como la vaca abuela. Se lo llevaba el mundo. Carne de vaca para los glotones, para los indianos; carne de su alma, carne de cañón para las locuras del mundo, para las ambiciones ajenas».

Entre confusiones de dolor y de ideas, pensaba así la pobre hermana viendo al tren perderse a los lejos, silbando triste, con silbido que repercutían los castaños, las vegas y los peñascos…

¡Qué sola se quedaba! Ahora sí, ahora sí que era un desierto el prao Somonte.

—¡Adiós, Pinín! ¡Adiós, Cordera!

Con qué odio miraba Rosa la vía manchada de carbones apagados; con qué ira los alambres del telégrafo. ¡Oh!, bien hacía la Cordera en no acercarse. Aquello era el mundo, lo desconocido, que se lo llevaba todo. Y sin pensarlo, Rosa apoyó la cabeza sobre el palo clavado como un pendón en la punta del Somonte. El viento cantaba en las entrañas del pino seco su canción metálica. Ahora ya lo comprendía Rosa. Era canción de lágrimas, de abandono, de soledad, de muerte.

En las vibraciones rápidas, como quejidos, creía oír, muy lejana, la voz que sollozaba por la vía adelante:

—¡Adiós, Rosa! ¡Adiós, Cordera!

Emilia Pardo Bazán

LA NAVIDAD DE PELUDO

(1898)

Catorce años de no interrumpida laboriosidad podía apuntar el Peludo en su hoja de servicios; catorce años en que no hubo día sin ración de palos y sin hambre. ¡El hambre especialmente! ¡Qué martirio!

Sacar fuerzas de flaqueza para el cochinero trote, obligado por los pinchazos del recio aguijón; aguantar picadas de tábanos y de moscas borriqueras, enconadas, feroces con el sol y el polvo, en las llagas de la reciente matadura; sufrir talonazos y ver cortar la vara de avellano o de taray que, silbadora y flexible, se ha de ceñir a su piel, averdugándola; probar la dentellada de la espuela y el sofrenazo violento del bocado; recibir puñadas en el suave hocico y en los ojos, en los dulces y grandes ojos cuya mirada siempre expresa mansedumbre; doblegarse bajo la excesiva carga; arrastrarse molido y pugnar por no caer al suelo antes de que se termine una caminata tres veces más fatigosa de lo que cabe dentro de los límites del vigor asnal; todo esto, con ser tanto, le parecía miseriuca al Peludo, en cortejo de pasar rozando una pradera verde como la esperanza, mullida y aterciopelada como tapiz de seda, y no poder hartar la panza vacía, redondear los ijares metidos y chupados y la tripa hueca como tubería de órgano. Era tal la impresión que causaba al Peludo la vista de la hierba apetitosa, rociada, velluda, de los dorados pajares y de las mieses en sazón; tal la rabia que sentía al oír el murmurio de la fuente cuando secaba sus fauces el anhelo del trabajo y la polvareda pegajosa del camino real; tal la violencia de su furioso apetito y el ímpetu de su colosal gazuza, que más de una vez, él, el manso, el resignado, el trabajador, el obediente, «pensó» hacer una muy gorda y sonada: soltar un rebuzno de guerra y arremeter a coces y a

muerdos contra su despiadado jinete, su espolique, su amo, su tirano… ¡Qué deleite arrojar al suelo el lastre de sacos de harina, que pesan cual plomo, patearlos, reventarlos; que la harina se esparciese por la carretera; meter en ella el hocico, aventarla, hacerla volar en blanquísimas nubes! Y si era mucha el ansia de comer, no menor la de revolcarse. ¡Revolcarse! ¡Cuánto tiempo, desde su tierna infancia, su época de buchecillo retozón y candoroso, que no se revolcaba, con las cuatro patas batiendo el aire y la gris barriga al sol, el Peludo!

Cruzaban estas ráfagas de emancipación por la deprimida mollera del esclavo, pero no adquirían consistencia; eran aleteos pasajeros que abatía al punto la convicción de su eterna servidumbre y de que la había dispuesto la suerte, el *fatum* que preside a la existencia del jumento. Sí, lo peor del caso es que al Peludo la desgracia le había hecho fatalista; no esperaba nada de la Providencia, ni se atrevía a creer que pudiese lucir para él jamás un instante de relativa dicha. Hiciese lo que hiciese lo mismo tenía que ser… Hambre y palos, palos y hambre… Arriba con la carga; avante por la senda, y nada de protestas ni de quiméricos ensueños…

Razón llevaba el paciente Peludo en desconfiar de la suerte y en prometerse mayores desventuras; su amo, en vez de mostrarle algún apego, una pizca de consideración, a medida que el Peludo perdía fuerzas, agilidad y bríos, iba tratándole con mayor dureza y encomendándole las tareas más rudas y bajas, los transportes más reventadores y las jornadas a palo seco, en todo el rigor de la frase. Por eso, la glacial y lluviosa noche del 24 de diciembre encontró al cuitado Peludo sufriendo la intemperie con cachaza estoica, atado a una argolla de hierro, a la puerta de la más conocida taberna del Pellejón, una de las varias que salpicaban las orillas de la carretera de Marineda a Brigos. Otras veces no faltaba para el Peludo en aquel templo báquico el abrigo de una cuadra o de un estercolero, o siquiera de un cobertizo cerquita del pajar; pero esta era noche de bulla y parranda, de regodeo y jarros colmados de vino y aguardiente, y cuando el Peludo, al trotecillo desmayado de sus provectas patas, se acercó a la taberna, no quedaba sitio ni techo para él. De dos puntillones, el amo le pegó a la pared, le amarró a la anilla, y allí se quedó el jumento, sin más techo que un emparrado desnudo de follaje, cuyas ramas goteaban hilos de agua llovediza, formando una charca bajo los cascos.

Veía el Peludo, al través de los vidrios de la ventana, la sala de la taberna iluminada, alegre, llena de hombres que jugaban a los naipes, disputaban, despachaban guisotes de bacalao y apuraban vasos de caña

y tinto. Mientras los racionales celebraban así la Navidad, el asno, transido y empapado hasta los huesos, rendido de cansancio y desfallecido de necesidad, no tenía ánimos ni para exhalar un suplicante y doloroso rebuzno pidiendo sustento y calor. Una nube veló sus pupilas; sus corvas se doblaron. Iba a caer sobre el fango líquido, cuando advirtió una claridad suave, muy diferente de la que derramaban las pestíferas candilejas de la taberna, y divisó a su lado, con profunda sorpresa a otro borrico: un asno plateado, de luciente pelo, vivaracho, cordial. ¡Qué compañía tan grata! «¡Hi-ho!», flauteó dulcemente el caduco y asendereado jumento. Púsose el recién venido a roer con los dientes la cuerda que al Peludo sujetaba, y presto lo dejó libre. Echó a andar el argentado borriquillo, y detrás de él, sin meterse en más averiguaciones, el Peludo, ya regocijado y fuerte. A medida que adelantaban, la noche se hacía transparente, estrellada, tibia; el camino, fácil, seco, llano, lindo. A derecha e izquierda, prados de un tono de felpa verdegay, esmaltados de violetas y ranúnculos, convidaban al Peludo a saciar su apetito; arroyos cristalinos le brindaban con qué apagar su sed. Y el Peludo, entrando a saco, descuidado, libre, se entregó a la hierba jugosa; desde lejos podía oírse el ruido de molino que al mascar producía su vieja dentadura. Bebió a su talante en los manantiales; atracose de trébol y hierba mollar, y al paso que devoraba, redondeábase su panza como globo que se infla, hasta que de súbito estallaron las cinchas que sujetaban la albarda, y quedose en pelota, feliz como un rey. ¡Ahora sí que no se sentía fatalista el Peludo! Tan dichosa aventura lo convertía en el mayor providencialista del universo. En lontananza empezaba a despuntar la mañanica dorada y risueña; las violetas del prado olían a gloria; todo incitaba a un revuelco deleitable, y, izas!, el Peludo se dejó caer y se puso a nadar en aquel golfo de verdura, impregnándose de olores floreales, recogiendo en su pelambrera hojas de manzanilla. El asno se sentía victorioso, envuelto en luces de gloria. Y allá en los aires, lejos, alto, voces misteriosas repetían la profética cláusula: «Nos ha nacido un niño, y se llama Emmanuel…». El asno de plata, salvador del Peludo, le miraba entre compasivo y amigable, y le rebuznaba bondadosamente: «¡Hi-ho! ¿No me conoces? Soy el que calentó con su aliento a Jesús en el establo…, y el que llevó a Egipto a María la Nazarena…».

A la puerta de la taberna, el amo del Peludo, al salir de madrugada con los humos de la embriaguez muy densos aún, vio a su montura tendida en la charca, los ojos vidriosos, las patas rígidas.

—Rompiose la cuerda —observó el tabernero—. No le dé patadas —

agregó—, que de poco sirve; tiene la oreja fría; está difunto.

Pero el amo, con la terquedad característica de los beodos, seguía descargando puntapiés al animal, jurando, blasfemando y maldiciendo. Al fin, convencido de lo inútil de sus esfuerzos, soltó una opaca risotada.

—Para lo que servía… —gruñó—. Ya ni podía conmigo…

Antón Chéjov

LA DAMA DEL PERRITO

(1899)

I

Había corrido la especie de que en el malecón había aparecido un personaje nuevo: una dama con un perrito. Dmitri Dmítrich Gúrov, que llevaba ya dos semanas en Yalta y había adquirido las costumbres del lugar, también había empezado a interesarse por las caras nuevas. Sentado en la terraza del Vernet, vio pasar por el malecón a una joven dama, rubia y de pequeña talla, tocada con una boina; tras ella correteaba un lulú blanco de Pomerania.

Más tarde se la encontró varias a veces en los jardines de la ciudad y en la glorieta. Paseaba sola, siempre con la misma boina y su lulú blanco; nadie sabía quién era y la llamaban simplemente así: la dama del perrito.

«Si está aquí sin su marido y sin amigos —se decía Gúrov—, no estaría mal trabar conocimiento con ella».

Aún no había cumplido los cuarenta, pero ya tenía una hija de doce años y dos hijos que iban al instituto. Se había casado joven, siendo estudiante de segundo curso, y ahora su esposa parecía mucho mayor que él. Era una mujer alta, con las cejas oscuras, envarada, grave, con aire de importancia y, como ella misma decía, intelectual. Leía mucho, utilizaba la nueva ortografía en su correspondencia, llamaba a su marido Dimitri, en lugar de Dmitri; en su fuero interno él la consideraba limitada, mezquina y vulgar; le tenía miedo y no le gustaba estar en casa. La engañaba desde hacía tiempo y con harta frecuencia; probablemente por eso casi siempre hablaba mal de las mujeres, y

cuando en su presencia se hacía algún comentario sobre ellas, exclamaba:

—¡Esa raza inferior!

Consideraba que su amarga experiencia le había instruido lo bastante para llamarlas lo que se le antojara; sin embargo, no habría podido vivir dos días sin esa «raza inferior». En compañía de los hombres se aburría, se encontraba a disgusto, se mostraba taciturno y frío; pero entre mujeres se sentía libre, sabía de qué hablar con ellas y cómo comportarse; en su compañía le resultaba grato hasta guardar silencio. En su aspecto, en su carácter, en toda su persona había algo seductor e inefable que predisponía a las mujeres en su favor y las atraía; él lo sabía y a su vez se sentía arrastrado hacia ellas por una fuerza desconocida.

Su experiencia, copiosa y en verdad amarga, le había enseñado desde hacía tiempo que si en un principio toda relación aporta a la vida una agradable variedad y se presenta como una aventura maravillosa y sin complicaciones, en el caso de un hombre respetable, sobre todo si se trata de un moscovita vacilante e indeciso, termina convirtiéndose siempre en un auténtico problema, sumamente complejo, que acaba desembocando en una situación desagradable. Pero cada vez que conocía a una mujer atractiva, esa experiencia parecía borrarse de su memoria y, arrebatado por un ansia de vivir, todo se le antojaba sencillo y divertido.

Es el caso que un día estaba almorzando en el jardín a la caída de la tarde, cuando la dama de la boina se acercó con pasos lentos a la mesa contigua. Su expresión, sus andares, su vestido y su peinado le decían que pertenecía a la buena sociedad, que estaba casada, que era la primera vez que iba a Yalta, que estaba sola y que se aburría… En los rumores que corren sobre las licenciosas costumbres de Yalta hay muy poco de cierto; él los despreciaba, pues sabía que en su mayor parte eran difundidos por personas que habrían pecado de buena gana si hubieran podido; pero, cuando la dama se sentó a la mesa contigua, a tres pasos de él, le vinieron a la memoria todos esos relatos de conquistas fáciles y excursiones a las montañas, y el pensamiento tentador de una relación breve y pasajera, de un romance con una mujer desconocida, de la que no se sabe ni el nombre ni el apellido, se apoderó de pronto de él.

Llamó al lulú con zalamerías y, cuando se le acercó, le amenazó con el dedo. El perro gruñó y Gúrov volvió a amenazarle.

La dama le miró y al punto bajó los ojos.

—No muerde —dijo, ruborizándose.

—¿Le puedo dar un hueso? —y cuando ella asintió con la cabeza, le preguntó con afabilidad—: ¿Lleva mucho tiempo en Yalta?

—Unos cinco días.

—Yo llegué hace dos semanas.

Durante un rato guardaron silencio.

—El tiempo pasa deprisa y, sin embargo, ¡hay que ver cómo se aburre una aquí! —dijo ella, sin mirarlo.

—La gente se ha acostumbrado a decir que se aburre aquí. Un habitante de Beliov o Zhizhdra no se aburre en su casa, pero viene aquí y dice: «¡Ah, qué aburrimiento! ¡Ah, qué polvo!». Ni que viniera de Granada.

Ella se echó a reír. Luego los dos siguieron comiendo en silencio, como desconocidos; pero después del almuerzo se marcharon juntos e iniciaron una conversación chispeante y ligera, típica de personas libres y satisfechas, a las que poco importa adónde van y de qué hablan. Pasearon y comentaron la extraña luminosidad del mar; el agua tenía una tonalidad lila, delicada y cálida, y la luna dibujaba sobre ella una banda dorada. Hablaban de lo sofocante del ambiente después de una jornada tórrida. Gúrov contó que era moscovita, había seguido estudios de Filología y trabajaba en un banco; en el pasado había tenido intención de convertirse en cantante de ópera de una compañía privada, pero había renunciado a ese propósito; tenía dos casas en Moscú… Por su parte se enteró de que ella se había criado en San Petersburgo, pero se había casado en S., donde llevaba viviendo dos años; que pasaría en Yalta un mes más y que su marido quizá se reuniera con ella, pues también estaba necesitado de descanso. No fue capaz de explicarle dónde trabajaba su marido, si en la Administración provincial o en el consejo local del *zemstvo*, y ella misma lo encontró muy divertido. También averiguó Gúrov que se llamaba Anna Serguéievna.

De vuelta en su habitación, pensó en ella, en que al día siguiente probablemente volverían a encontrarse. No podía ser de otra manera. Al acostarse, estuvo sopesando la idea de que hasta hacía poco esa mujer estudiaba en el instituto, igual que ahora su propia hija; recordó la timidez y torpeza que transparentaban sus risas y su manera de conversar con un desconocido; probablemente era la primera vez en su vida que estaba sola y se encontraba en semejante posición, perseguida por hombres que la miraban y le hablaban con un único fin secreto que

ella no podía dejar de adivinar. Recordó su cuello fino y delicado y sus hermosos ojos grises.

«En cualquier caso, hay algo en ella que inspira piedad», pensó y se quedó dormido.

II

Pasó una semana desde el día en que se conocieron. Era una jornada festiva. En las habitaciones el ambiente era sofocante y en las calles el viento levantaba remolinos de polvo y arrancaba los sombreros. La sed no los abandonaba, de modo que Gúrov entraba a menudo en el restaurante e invitaba a Anna Serguéievna a un refresco o un helado. No sabía uno dónde meterse.

Al atardecer, cuando el viento se calmó un poco, se dirigieron al muelle para contemplar la llegada del vapor. En el embarcadero había muchos transeúntes; habían ido a recibir a alguien y llevaban ramos de flores en las manos. En ese lugar saltaban a la vista dos peculiaridades de la sociedad elegante de Yalta: las damas maduras iban vestidas como las jóvenes y había muchos generales.

Debido a la agitación del mar, el vapor llegó con retraso, cuando ya se había puesto el sol y, antes de atracar, tuvo que hacer una larga maniobra de aproximación. Anna Serguéievna miraba el vapor y a los pasajeros con sus impertinentes, como si buscara a algún conocido, y cuando se volvía hacia Gúrov sus ojos estaban brillantes. Hablaba mucho y planteaba cuestiones bruscas, olvidándose al punto de lo que acababa de preguntar; luego perdió sus impertinentes entre el gentío.

La elegante multitud empezó a dispersarse; ya no se veía ninguna cara nueva, el viento se había calmado del todo, pero Gúrov y Anna Serguéievna seguían allí, como si esperaran que descendiera algún pasajero más. Anna Serguéievna ya no hablaba y aspiraba el perfume de las flores sin mirar a Gúrov.

—El tiempo ha mejorado por la tarde —dijo él—. ¿Adónde quiere que vayamos ahora? ¿Le apetece que demos una vuelta en coche?

Ella no respondió.

Entonces él la miró fijamente y de pronto la abrazó y la besó en los labios, sintiéndose envuelto por el perfume y el frescor de las flores; luego se volvió con inquietud para cerciorarse de que no los había visto nadie.

—Vamos a su cuarto… —dijo en voz baja.

Y los dos partieron con rápidos pasos.

En la habitación el ambiente era sofocante y estaba impregnado de los perfumes que ella compraba en una tienda japonesa. Al mirarla de nuevo, Gúrov pensó: «¡Hay que ver qué encuentros nos depara la vida!». De su pasado guardaba el recuerdo de mujeres despreocupadas y bondadosas, contentas de poder amar, agradecidas por la felicidad que él les procuraba, aunque fuera pasajera; había otras —como por ejemplo su mujer— que amaban sin sinceridad, con un exceso de palabras, gestos afectados, ademanes histéricos y unos visajes que parecían dar a entender que lo suyo no era amor o pasión, sino algo más importante; había otras dos o tres, muy hermosas y frías, de cuyo rostro se adueñaba de repente una expresión rapaz, un deseo obstinado de obtener y arrebatarle a la vida más de lo que podía ofrecer; ya no estaban en la primera juventud, eran caprichosas, irreflexivas, autoritarias, poco inteligentes; cuando Gúrov dejaba de interesarse por ellas, su belleza le inspiraba aborrecimiento y los encajes de sus vestidos se le antojaban escamas.

Aquí, en cambio, se percibía esa timidez, esa torpeza, esa turbación de la juventud inexperta, así como una sensación de confusión, como si alguien hubiera llamado de pronto a la puerta. Anna Serguéievna, la «dama del perrito», reaccionaba ante lo ocurrido de un modo particular, con gran seriedad, como si se tratara de una caída; así lo parecía y era una situación extraña y fuera de lugar. Sus rasgos se alteraron, perdieron su lustre, los largos cabellos colgaban con aire triste a ambos lados de la cara; se quedó pensativa y adoptó una expresión afligida, como la pecadora de un cuadro antiguo.

—Esto no está bien —dijo—. Ahora usted será el primero en no respetarme.

Sobre la mesa había una sandía. Gúrov cortó una rodaja y empezó a comer sin prisas. Pasaron al menos media hora en silencio.

Anna Serguéievna estaba conmovedora, desprendía esa aura de pureza de las mujeres honradas, ingenuas y poco conocedoras de la vida; una vela solitaria, que ardía sobre la mesa, iluminaba apenas su rostro, pero era evidente que sentía un peso en el corazón.

—¿Por qué iba a dejar de respetarte? —preguntó Gúrov—. No sabes lo que dices.

—¡Que Dios me perdone! —dijo y sus ojos se llenaron de lágrimas—. Es terrible.

—Se diría que tratas de justificarte.

—¿Cómo voy a justificarme? Soy una mujer ruin y miserable, me desprecio y no pienso en ninguna justificación. No es a mi marido a quien he engañado, sino a mí misma. Y no solo ahora, sino desde hace tiempo. Mi marido quizá sea un hombre honrado y bueno, pero es un lacayo. No sé lo que hace allí ni qué puesto ocupa, solo que es un lacayo. Cuando me casé con él tenía veinte años, me atormentaba la curiosidad, aspiraba a una vida mejor; debe haber otra vida mejor, me decía. ¡Quería vivir! Vivir, vivir… La curiosidad me devoraba… Usted no lo comprende, pero le juro por Dios que ya no podía dominarme, algo me sucedía, no podía controlarme; le dije a mi marido que estaba enferma y vine aquí… Desde mi llegada me he pasado todo el tiempo dando vueltas como si estuviera loca o borracha… y me he convertido en una mujer vulgar y vil, a la que todo el mundo puede despreciar.

Gúrov estaba ya aburrido de escucharla; le irritaba ese tono ingenuo, esa confesión, tan inesperada como intempestiva; de no haber sido por las lágrimas, habría podido pensarse que bromeaba o interpretaba un papel.

—No lo entiendo —dijo él en voz baja—. ¿Qué es lo que quieres?

Ella ocultó el rostro en su pecho y se apretó contra él.

—Créame, créame, se lo ruego… —dijo ella—. Amo la honradez y la pureza y me repugna el pecado; ni yo misma sé lo que hago. La gente corriente dice: el maligno lo ha tentado. Yo también puedo emplear ahora esa expresión.

—Basta, basta… —farfulló él.

Contemplaba sus ojos inmóviles y asustados, la besaba, le hablaba con ternura y delicadeza, y ella poco a poco se fue tranquilizando y recuperando la alegría; ambos se echaron a reír.

Más tarde, cuando salieron, en el malecón no había ni un alma; la ciudad con sus cipreses tenía un aspecto completamente muerto, pero el mar seguía rugiendo y rompiendo en la orilla; sobre las olas se balanceaba una barcaza, cuyo fanal despedía un resplandor soñoliento.

Encontraron un coche de punto y fueron a Oreanda.

—Acabo de enterarme de tu apellido. En el tablón del vestíbulo estaba escrito «von Diederitz» —dijo Gúrov—. ¿Es alemán tu marido?

—No, creo que su abuelo lo era, pero él es ortodoxo.

Cuando llegaron a Oreanda, se sentaron en un banco, no lejos de la iglesia, y se quedaron mirando el mar en silencio. Yalta apenas alcanzaba a verse a través de la bruma matinal, las cumbres de las montañas estaban cubiertas de nubes blancas e inmóviles. Las hojas

estaban quietas en las ramas, se oía el chirrido de las cigarras; el ruido sordo y monótono del mar, que llegaba desde abajo, hablaba de sosiego, del sueño eterno que nos espera. Así era su rumor cuando ni Yalta ni Oreanda existían, así era ahora y así seguirá siendo, sordo y monótono, cuando nada quede de nosotros. En esa constancia, en esa total indiferencia a la vida y la muerte de cada hombre reside, quizá, la prueba de nuestra salvación eterna, del movimiento ininterrumpido de la vida sobre la tierra, de un perfeccionamiento constante. Sentado al lado de una mujer joven, que tan bella parecía a la luz del amanecer, con el ánimo sereno, anonadado por la visión de ese fastuoso panorama —el mar, las montañas, las nubes, el anchuroso cielo—, Gúrov reflexionaba que en realidad, si se para uno a pensarlo, todo es bello en este mundo, salvo lo que nosotros mismos discurrimos y hacemos cuando olvidamos los fines supremos de la existencia y nuestra dignidad humana.

Un hombre se aproximó —probablemente el vigilante—, los miró y se marchó. Y ese detalle también le pareció misterioso y hermoso. Vieron llegar el vapor de Feodosia, iluminado por la claridad del alba, ya sin luces.

—Hay rocío en la hierba —dijo Anna Serguéievna, rompiendo el silencio.

—Sí. Es hora de volver.

Regresaron a la ciudad.

A partir de entonces todos los días se encontraban en el malecón a eso de las doce, desayunaban y almorzaban juntos, paseaban, admiraban el mar. Ella se quejaba de que dormía mal y tenía palpitaciones, y hacía siempre las mismas preguntas, agitada por los celos o el temor de que no la respetara lo bastante. A menudo, en la glorieta o en los jardines, cuando no había nadie cerca, él la apretaba de pronto contra sí y la besaba con pasión. La completa ociosidad, esos besos recelosos y furtivos en pleno día, dados con el temor de que alguien pudiera verlos, el calor, el olor del mar y la visión constante de personas desocupadas, elegantes y satisfechas, parecían haberle regenerado; le decía a Anna Serguéievna lo hermosa y seductora que era, se comportaba como un amante impaciente y no se apartaba de ella ni un paso; pero la joven a menudo se quedaba pensativa y le rogaba con insistencia que reconociera que no la respetaba, que ni siquiera la quería y que solo veía en ella a una mujer vulgar. Casi todas las tardes, a una hora bastante avanzada, iban a algún lugar de los alrededores, a Oreanda o a la cascada; y esos paseos, siempre venturosos, despertaban

invariablemente en ellos impresiones delicadas y sublimes.

Esperaban la llegada del marido. Pero se recibió una carta suya en la que anunciaba que había contraído una enfermedad en los ojos y rogaba a su mujer que regresara a casa lo antes posible. Anna Serguéievna hizo los preparativos a toda prisa.

—Está bien que me vaya —le dijo a Gúrov—. Así lo quiere el destino.

Partió en coche y él la acompañó. Viajaron durante todo el día. Cuando subió al vagón del expreso y sonó el segundo aviso, ella dijo:

—Déjeme que le vea otra vez…, otra vez. Así.

No lloraba, pero estaba triste y como enferma; su rostro temblaba.

—Pensaré en usted…, no le olvidaré —decía—. Que el Señor le proteja. Adiós. No guarde un mal recuerdo de mí. Nos despedimos para siempre, así debe ser, ya que no debíamos habernos encontrado nunca. Bueno, que Dios le guarde.

El tren se alejó deprisa, sus luces no tardaron en desaparecer y al cabo de un minuto ya no se oía nada, como si todo se hubiera puesto de acuerdo para poner término cuanto antes a ese dulce olvido, a esa locura. Solo en el andén, con los ojos fijos en la oscura lejanía, Gúrov escuchaba el canto de los grillos y el zumbido de los hilos telegráficos con una sensación extraña, como si acabara de despertar. Pensaba que un nuevo acontecimiento o aventura se había producido en su vida, que ahora había terminado y ya solo quedaba su recuerdo… Estaba conmovido, triste, y se sentía algo arrepentido, pues esa mujer joven, a la que nunca volvería a ver, no había sido feliz a su lado; él se había mostrado gentil y cordial, pero en cualquier caso en su modo de comportarse con ella, en sus palabras y en sus caricias, se percibía la sombra de una broma ligera, la grosera presunción de un hombre satisfecho que además casi la doblaba en edad. Ella no había parado de decirle que era bueno, noble, extraordinario; no cabía duda de que no lo había visto tal como era en realidad, es decir, que involuntariamente la había engañado…

En la estación olía ya a otoño; la noche era fresca.

«Ya es hora de que yo también vuelva al norte —pensaba Gúrov mientras abandonaba el andén—. Ya es hora».

III

En la casa de Moscú todo tenía ya un aspecto invernal; las estufas

estaban encendidas y por la mañana, cuando los niños se preparaban para ir al instituto y tomaban el té, las habitaciones estaban a oscuras y la niñera encendía durante un rato la lámpara. Había empezado a helar. Cuando cae la primera nevada y hacen su aparición los trineos, es agradable contemplar la tierra y los tejados blancos; el aire tiene una calidad suave y maravillosa, y vienen a la memoria los años de la juventud. Los viejos tilos y los abedules, cubiertos de escarcha, tienen un aire bondadoso y están más próximos a nuestro corazón que los cipreses y las palmeras; en su proximidad ya no se sienten deseos de pensar en las montañas ni en el mar.

Gúrov era moscovita y regresó a su ciudad una jornada bella y fría; nada más ponerse la pelliza y los gruesos guantes, pasearse por la calle Petrovka y escuchar el sábado por la tarde el tañido de las campanas, el reciente viaje y los lugares en los que había estado perdieron todo su encanto. Poco a poco se zambulló en la vida moscovita; leía con avidez tres periódicos al día y afirmaba que por principios no leía los diarios locales. Tenía ganas de ir a los restaurantes, al casino, a las recepciones, a los banquetes y se sentía halagado de recibir en su casa a abogados y artistas célebres y de jugar a las cartas con un catedrático en el Círculo de Médicos. Por fin podía comer una ración entera de carne a la sartén…

Tenía la impresión de que un mes bastaría para que la imagen de Anna Serguéievna se cubriera de niebla y de que solo de vez en cuando soñaría con su conmovedora sonrisa, igual que le había sucedido antes con otras mujeres. Pero pasó más de un mes, llegó lo más crudo del invierno y en su memoria el pasado seguía tan nítido como si se hubieran separado la víspera. La intensidad de los recuerdos no paraba de crecer. Si en el silencio de la tarde llegaban hasta su despacho las voces de sus hijos, repasando la lección, u oía una romanza o un organillo en un restaurante o la nevasca ululaba en la chimenea, de pronto revivían los acontecimientos de aquellos días: la escena del muelle, el amanecer con las montañas cubiertas de niebla, el vapor de Feodosia, los besos. Paseaba de un lado a otro de la habitación, rememorando, sonriendo; luego los recuerdos se transformaban en ensoñaciones y en su imaginación el pasado se mezclaba con el porvenir. Más que soñar con ella, su imagen le acompañaba a todas partes, como una sombra, y le vigilaba. Cuando cerraba los ojos la veía como si estuviera delante de él y se le antojaba más hermosa, más joven, más delicada que entonces; él mismo se consideraba mejor de lo que había sido en Yalta. Por la tarde ella le miraba desde la estantería,

desde un rincón de su habitación; oía su respiración, el delicado susurro de su vestido. En la calle seguía a las mujeres con la vista, buscando a alguna que se le pareciera…

Ardía en deseos de compartir con alguien sus recuerdos. Pero en casa era imposible hablar de su amor y fuera de ella no podía sincerarse con nadie. Ni con los vecinos ni con los colegas del banco. ¿Qué podía decirles? ¿Había amado entonces? ¿Había habido algo bello, poético, edificante o al menos interesante en su relación con Anna Serguéievna? Y si en alguna ocasión se refería en términos vagos al amor o a las mujeres, nadie adivinaba a qué se refería; solo su mujer fruncía las oscuras cejas y decía:

—Dimitri, ese papel de fatuo no te va.

Una noche, al salir del Círculo de Médicos con su compañero de juego, un funcionario, no pudo contenerse y le dijo:

—¡Si supiera usted qué mujer más fascinante conocí en Yalta! —El funcionario se sentó en el trineo y se dispuso a partir, pero de pronto se volvió y gritó:

—¡Dmitri Dmítrich!

—¿Qué?

—Tenía usted razón cuando dijo hace un momento que el esturión no olía bien. —Esas palabras, tan banales, por alguna razón indignaron a Gúrov, que las encontró humillantes y sucias. ¡Qué costumbres más salvajes! ¡Qué tipos! ¡Qué noches más intrascendentes, qué días más insípidos y anodinos! Frenéticos juegos de cartas, comilonas, borracheras, conversaciones interminables sobre los mismos temas. Actividades intrascendentes y charlas ociosas se llevaban la mayor parte del tiempo, lo mejor de las fuerzas y, al final, solo quedaba una vida angosta y limitada, carente de interés, de la que no era posible huir ni escapar; era como estar encerrado en un manicomio o en un centro penitenciario.

Presa de la indignación, Gúrov no pegó ojo en toda la noche y luego, durante el día, tuvo dolor de cabeza. Las noches siguientes durmió mal; se pasaba todo el tiempo sentado en la cama, reflexionando, o iba de un lado a otro de la habitación. Los hijos le aburrían, el banco le hastiaba, no quería ir a ninguna parte ni hablar de nada.

En diciembre, durante las fiestas, preparó el equipaje, le dijo a su mujer que se iba a San Petersburgo a hacer unas gestiones en favor de un joven conocido y partió para la ciudad de S. ¿Con qué intención? Ni él mismo lo sabía a ciencia cierta. Quería ver a Anna Serguéievna,

hablar con ella y, a ser posible, concertar una entrevista.

Llegó a S. por la mañana y reservó la mejor habitación del hotel, cuyo suelo estaba totalmente alfombrado con el paño gris empleado en los uniformes del Ejército; sobre la mesa había un tintero lleno de polvo, adornado de un jinete sin cabeza, que blandía un sombrero con la mano extendida. El portero le proporcionó las informaciones necesarias: Von Diederitz habitaba en una casa propia, situada en la calle Staro-Gonchárnaia, no lejos del hotel; vivía bien, era rico, tenía sus propios caballos, todos lo conocían en la ciudad. El portero pronunciaba «Drídirits».

Gúrov se dirigió sin prisas a la calle Staro-Gonchárnaia y encontró la casa. Justo enfrente se extendía una valla gris, larga, erizada de clavos.

«Cuando se ve una valla como esa, dan ganas de salir corriendo», pensaba Gúrov mirando tan pronto las ventanas como la cerca.

Consideró que, al ser día festivo, el marido probablemente estaría en casa. En cualquier caso, sería poco delicado llamar a su puerta y ponerla en una situación embarazosa. Si le enviaba una nota, podía caer en manos del marido y entonces todo se echaría a perder. Lo mejor sería aguardar una ocasión oportuna. Y se puso a pasear por la calle y junto a la valla, esperando esa oportunidad. Vio atravesar la cancela a un mendigo, sobre el que se lanzaron los perros; al cabo de una hora se oyó un piano, cuyos sones le llegaban débiles e indistintos. Probablemente era Anna Serguéievna quien tocaba. La puerta principal se abrió de pronto, dando paso a una viejecita, tras la que correteaba el lulú blanco. Gúrov quiso llamar al perro, pero de pronto el corazón empezó a latirle con fuerza y, dominado por la emoción, no pudo recordar su nombre.

Seguía yendo y viniendo, sintiendo un odio cada vez más intenso por la valla gris; pensaba con irritación que Anna Serguéievna le había olvidado y quizá se divirtiera ya con otro, lo que sería de lo más natural en el caso de una mujer joven obligada a contemplar desde la mañana a la noche esa maldita valla. Volvió a su habitación y pasó un buen rato sentado en el sofá, sin saber qué hacer; luego almorzó y a continuación durmió una larga siesta.

«¡Qué estúpido y fastidioso es todo esto! —pensó al despertarse y mirar las ventanas oscuras; ya había oscurecido—. He dormido demasiado. ¿Qué voy a hacer ahora por la noche?».

Se sentó en la cama, cubierta con una manta barata y gris, semejante a la de los hospitales, y se increpó a sí mismo con ira: «Ahí tienes a tu

dama del perrito… Ahí tienes tu aventura… Ya puedes quedarte sentado».

Esa misma mañana, en la estación, le había llamado la atención un anuncio con letras muy grandes: se estrenaba *La geisha*. Lo recordó ahora y se dirigió al teatro.

«Es muy posible que ella asista a la primera representación», pensó.

El teatro estaba lleno. Como en todos los teatros de provincias, una niebla flotaba por encima de las arañas y en el gallinero reinaba una ruidosa agitación; en la primera fila, antes del comienzo de la representación, se alzaban los petimetres locales, con las manos a la espalda; en el palco de autoridades, la hija del gobernador, con una boa alrededor del cuello, ocupaba el primer lugar, mientras su padre se ocultaba discretamente detrás de la cortina, y solo se veían sus manos; el telón oscilaba, la orquesta llevaba ya un buen rato afinando los instrumentos. Mientras los espectadores entraban y ocupaban sus localidades, Gúrov recorría ávidamente la sala con la vista.

Anna Serguéievna llegó y se sentó en la tercera fila; cuando Gúrov reparó en ella, el corazón se le encogió y comprendió con toda claridad que no había en el mundo persona más próxima, más querida, más importante para él; perdida en esa multitud provinciana, aquella menuda mujer, que nada tenía de particular, con unos vulgares impertinentes en la mano, llenaba ahora toda su vida; era su tristeza, su alegría, la única felicidad que deseaba para sí; bajo los sones de la pésima orquesta y los ruines violines provincianos, pensaba en lo hermosa que era. Pensaba y soñaba.

El hombre que entró con Anna Serguéievna y se sentó a su lado era un joven con patillas cortas, muy alto y encorvado; a cada paso que daba movía la cabeza, como si prodigara saludos a diestro y siniestro. Probablemente era su marido, a quien ella, en un arrebato de amargura, había calificado en Yalta de lacayo. En realidad, en su larga figura, sus patillas y su incipiente calvicie había cierta modestia lacayuna; tenía una sonrisa empalagosa y llevaba en el ojal una insignia académica que parecía el número de un camarero.

En el primer entreacto el marido salió a fumar y ella se quedó en la butaca. Gúrov, que también estaba sentado en la platea, se acercó a ella y le dijo con voz temblorosa y una sonrisa forzada:

—Buenas noches.

Ella le miró y palideció; luego volvió a mirarlo con pavor, sin dar crédito a sus ojos, y apretó con fuerza en sus manos el abanico y los

impertinentes, haciendo evidentes esfuerzos por no desmayarse. Ambos callaban. Ella estaba sentada y él de pie, asustado de su turbación, sin atreverse a sentarse a su lado. Los violinistas y el flautista empezaron a afinar sus instrumentos; de pronto ambos se sintieron aterrados, pues tenían la impresión de que desde todos los palcos los miraban; ella se puso en pie y se dirigió rápidamente a la salida; él la siguió y los dos recorrieron sin orden ni concierto los pasillos y las escaleras, ya subiendo, ya bajando, cruzándose con personas ataviadas con uniformes de magistrados, profesores y funcionarios del patrimonio imperial, todos con sus insignias; también desfilaron ante ellos damas y pellizas colgadas en perchas; soplaba una corriente de aire que traía un olor a colillas. Gúrov, a quien le latía con fuerza el corazón, pensaba: «¡Oh, Señor! ¿Qué hace aquí toda esta gente y esta orquesta?».

En ese momento se acordó de pronto de la noche en que había acompañado a Anna Serguéievna a la estación y se había dicho que todo había terminado y nunca volverían a verse. Sin embargo, ¡cuán lejos estaban del final!

En una escalera estrecha y sombría, donde estaba escrito: «Entrada al anfiteatro», ella se detuvo.

—¡Cómo me ha asustado usted! —dijo, respirando con dificultad, todavía pálida y aturdida—. ¡Ah, cómo me ha asustado usted! Estoy medio muerta. ¿Por qué ha venido? ¿Por qué?

—Pero compréndame, Anna, compréndame… —dijo él en voz baja y atropellada—. Le ruego que me comprenda…

Ella le dirigió una mirada temerosa, suplicante, llena de amor; lo contempló fijamente, para imprimir mejor sus rasgos en la memoria.

—¡Sufro tanto! —continuó, sin escucharle—. No he hecho otra cosa que pensar en usted, solo he vivido para ese pensamiento. Quería olvidar, olvidar… Pero ¿por qué ha venido? ¿Por qué?

Algo más arriba, en el descansillo, dos estudiantes fumaban y miraban hacia abajo, pero Gúrov, sin cuidarse de nada, atrajo a Anna Serguéievna y empezó a besarle en el rostro, en las mejillas, en las manos.

—¡Qué hace usted, qué hace! —dijo ella aterrada, recha-zándolo—. Los dos nos hemos vuelto locos. Váyase hoy mismo, váyase cuanto antes… Se lo ruego por lo más sagrado, se lo suplico… ¡Alguien viene! —Un hombre subía por la escalera—. Debe usted marcharse… —continuó Anna Serguéievna en un susurro—. ¿Me oye, Dmitri Dmítrich? Yo iré a verle a Moscú. ¡Jamás he sido feliz, no lo soy ahora y no lo seré

nunca, nunca! ¡No me haga sufrir aún más! Le juro que iré a Moscú. Pero ahora debemos separarnos. ¡Cariño mío, bien mío, amor mío, separémonos!

Le apretó la mano y bajó a toda prisa las escaleras, volviéndose a cada momento para mirarlo; en sus ojos se veía que en verdad no era feliz. Gúrov esperó unos instantes, aguzando el oído, y, cuando todo quedó en silencio, recogió su abrigo y salió del teatro.

IV

Anna Serguéievna empezó a visitarle en Moscú. Dos o tres veces al mes se marchaba de S. y le decía a su marido que iba a consultar a un especialista sobre una enfermedad propia de mujeres y el marido la creía y no la creía. Cuando llegaba a Moscú, se alojaba en el hotel Slavianski Bazar y al punto enviaba a Gúrov un propio con gorra roja. Gúrov iba a verla, sin que nadie en Moscú supiera nada.

Una mañana de invierno se dirigía a su encuentro (el emisario había ido a su casa la víspera por la tarde, pero no lo había encontrado). Con él iba su hija, a la que quería acompañar al instituto, pues quedaba de paso. Caían gruesos copos de blanda nieve.

—Estamos a tres grados sobre cero y sin embargo sigue nevando —le decía Gúrov a su hija—. Eso se debe a que solo en la superficie de la tierra el ambiente es templado; en las capas superiores de la atmósfera la temperatura es muy distinta.

—Papá, ¿por qué en invierno no hay truenos?

También se lo explicó. Mientras hablaba, pensaba que acudía a una cita y que ni una sola persona lo sabía ni probablemente lo sabría nunca. Tenía dos vidas: una que se desarrollaba a la luz del día, que veían y conocían aquellos a quienes les incumbía, llena de verdades y mentiras convencionales, semejante en todo a la existencia de sus conocidos y amigos; y otra que fluía en secreto. Por un extraño cúmulo de circunstancias, quizá fortuito, todo lo que era importante, interesante e indispensable para él, todo aquello en lo que se mostraba sincero y no se engañaba, aquello que constituía la esencia misma de su vida, transcurría a espaldas de los otros, mientras todo lo que era mentira, el envoltorio en que se ocultaba para disimular la verdad, como, por ejemplo, su actividad en el banco, sus discusiones en el casino, sus comentarios sobre la «raza inferior», su asistencia a los aniversarios en compañía de su mujer, todo eso estaba a la vista. Juzgando a los otros a partir de su propia experiencia, desconfiaba de lo que veía y sospechaba

que todo el mundo disimulaba bajo el velo del secreto, como bajo el de la noche, su verdadera vida, aquella que presentaba mayor interés. Toda existencia personal descansa en el secreto; quizá a ello se deba en parte que los hombres cultivados se preocupen tanto de que se respeten los secretos personales.

Tras dejar a su hija en el instituto, Gúrov se encaminó al Slavianski Bazar. Dejó la pelliza abajo, subió y llamó suavemente a la puerta. Anna Serguéievna, ataviada con el vestido gris que a él más le gustaba, extenuada por el viaje y la espera, le aguardaba desde la tarde del día anterior; estaba pálida, le miraba sin sonreír y, en cuanto entró, se abalanzó contra su pecho. Como si no se hubieran visto en dos años, su beso fue largo, prolongado.

—Y bien, ¿cómo va todo? —preguntó—. ¿Algo nuevo?

—Espera, enseguida te lo cuento… No puedo.

Las lágrimas le impedían hablar. Se dio la vuelta y se llevó un pañuelo a los ojos.

«Bueno, mientras llora, me sentaré un poco», pensó él, acomodándose en un sillón.

Luego llamó y pidió que le trajeran té; mientras lo tomaba, ella seguía de pie, vuelta hacia la ventana… Lloraba de emoción, sobrecogida por la amarga conciencia del triste curso que habían tomado sus vidas; solo se veían en secreto, ocultándose de la gente como ladrones. ¿Acaso no estaban destrozadas sus vidas?

—¡Bueno, basta! —dijo él.

Estaba seguro de que ese amor no terminaría pronto; ni siquiera sabía cuándo acabaría. Anna Serguéievna cada vez estaba más unida a él, lo adoraba: habría sido impensable decirle que todo debía terminar algún día; además, ella no lo habría creído.

Se acercó a ella y la cogió por los hombros con intención de acariciarla y animarla con una broma, y en ese momento se vio en el espejo.

En su cabeza empezaban a despuntar algunas canas. Le pareció extraño haber envejecido tanto en los últimos años y haberse vuelto tan feo. Los hombros en los que se posaban sus manos estaban tibios y se estremecían. Sintió compasión por esa vida aún cálida y bella, pero probablemente ya próxima a su decadencia y marchitamiento, como la suya propia. ¿Por qué le amaba tanto? Las mujeres siempre le habían tomado por un hombre distinto del que era; no le habían amado a él, sino a un ser creado por su imaginación, al que habían buscado con

avidez a lo largo de sus vidas; luego, cuando reparaban en su error, seguían amándole. Ni una sola de ellas había sido feliz a su lado. El tiempo pasaba, trayendo encuentros, relaciones y rupturas, pero él nunca se había enamorado; podía hablarse de cualquier otra cosa, pero no de amor.

Solo ahora, cuando empezaba a peinar canas, se había enamorado de verdad, por primera vez en la vida.

Anna Serguéievna y él se querían como personas muy próximas o deudos, como marido y mujer, como amigos íntimos; tenían la impresión de que el sino los había destinado el uno al otro y no podían comprender por qué él estaba casado con otra mujer y ella con otro hombre; parecían una pareja de aves migratorias, macho y hembra, a los que hubieran cazado y obligado a vivir en jaulas separadas. Se habían perdonado mutuamente lo que les avergonzaba de su pasado, se lo perdonaban todo en el presente y sentían que su amor los había transformado a ambos.

Antes, en los momentos difíciles, él se tranquilizaba con todos los razonamientos que le venían a la cabeza; ahora no tenía ánimos para reflexionar, sentía una honda compasión, quería mostrarse sincero, comprensivo…

—Basta, querida —dijo—. Ya has llorado bastante… Vamos a hablar un poco, a ver si se nos ocurre algo.

Pasaron largo rato conversando, tratando de hallar una solución para dejar de esconderse, de mentir, de vivir en ciudades diferentes, de pasar prolongados períodos sin verse. ¿Cómo escapar de esas trabas insoportables?

—¿Cómo? ¿Cómo? —se preguntaba él, cogiéndose la cabeza con las manos—. ¿Cómo?

Le parecía que no tardaría en encontrar una respuesta y que entonces se iniciaría una vida nueva y hermosa; pero ambos sabían muy bien que ese final aún quedaba muy lejano y que lo más complicado y difícil acababa de empezar.

Vicente Blasco Ibáñez

SANCHA

(1902)

El bosque parecía alejarse hacia el mar, dejando entre él y la Albufera una extensa llanura baja cubierta de vegetación bravía, rasgada a trechos por la tersa lámina de pequeñas lagunas. Era el llano de Sancha. Un rebaño de cabras guardado por un muchacho pastaba entre las malezas, y a su vista surgió en la memoria de los hijos de la Albufera la tradición que daba su nombre al llano.

Los de tierra adentro que volvían a sus casas después de ganar los grandes jornales de la siega preguntaban quién era la tal Sancha que las mujeres nombraban con cierto terror, y los del lago contaban al forastero más próximo la sencilla leyenda que todos aprendían desde pequeños. Un pastorcillo como el que ahora caminaba por la orilla apacentaba en otros tiempos sus cabras en el mismo llano. Pero esto era muchos años antes, ¡muchos…!, tantos, que ninguno de los viejos que aún vivían en la Albufera conoció al pastor: ni el mismo tío Paloma.

El muchacho vivía como un salvaje en la soledad, y los barqueros que pescaban en el lago le oían gritar desde muy lejos, en las mañanas de calma:

—¡Sancha! ¡Sancha…!

Sancha era una serpiente pequeña, la única amiga que le acompañaba. El mal bicho acudía a los gritos, y el pastor, ordeñando sus mejores cabras, la ofrecía un cuenco de leche. Después, en las horas de sol, el muchacho se fabricaba un caramillo cortando cañas en los carrizales y soplaba dulcemente, teniendo a sus pies al reptil, que enderezaba parte de su cuerpo y lo contraía como si quisiera danzar al compás de los suaves silbidos. Otras veces, el pastor se entretenía

deshaciendo los anillos de Sancha, extendiéndola en línea recta sobre la arena, regocijándose al ver con qué nervioso impulso volvía a enroscarse. Cuando, cansado de estos juegos, llevaba su rebaño al otro extremo de la gran llanura, seguíale la serpiente como un gozquecillo, o enroscándose a sus piernas le llegaba hasta el cuello, permaneciendo allí caída y como muerta, con sus ojos de diamante fijos en los del pastor, erizándole el vello de la cara con el silbido de su boca triangular.

Las gentes de la Albufera le tenían por brujo, y más de una mujer de las que robaban leña en la Dehesa, al verle llegar con la Sancha en el cuello hacía la señal de la cruz como si se presentase el demonio. Así comprendían todos cómo el pastor podía dormir en la selva sin miedo a los grandes reptiles que pululaban en la maleza. Sancha, que debía ser el diablo, le guardaba de todo peligro.

La serpiente crecía y el pastor era ya un hombre, cuando los habitantes de la Albufera no le vieron más. Se supo que era soldado y andaba peleando en las guerras de Italia. Ningún otro rebaño volvió a pastar en la salvaje llanura. Los pescadores, al bajar a tierra, no gustaban de aventurarse entre los altos juncales que cubrían las pestíferas lagunas. Sancha, falta de la leche con que la regalaba el pastor, debía perseguir los innumerables conejos de la Dehesa.

Transcurrieron ocho o diez años, y un día los habitantes del Saler vieron llegar por el camino de Valencia, apoyado en un palo y con la mochila a la espalda, un soldado, un granadero enjuto y cetrino, con las negras polainas hasta encima de las rodillas, casaca blanca con bombas de paño rojo y una gorra en forma de mitra sobre el peinado en trenza.

Sus grandes bigotes no le impidieron ser reconocido. Era el pastor, que volvía deseoso de ver la tierra de su infancia. Emprendió el camino de la selva costeando el lago, y llegó a la llanura pantanosa donde en otros tiempos guardaba sus reses. Nadie. Las libélulas movían sus alas sobre los altos juncos con suave zumbido, y en las charcas ocultas bajo los matorrales chapoteaban los sapos, asustados por la proximidad del granadero.

—¡Sancha! ¡Sancha! —llamó suavemente el antiguo pastor.

Silencio absoluto. Hasta él llegaba la soñolienta canción de un barquero invisible que pescaba en el centro del lago.

—¡Sancha! ¡Sancha! —volvió a gritar con toda la fuerza de sus pulmones.

Cuando hubo repetido su llamamiento muchas veces, vio que las

altas hierbas se agitaban y oyó un estrépito de cañas tronchadas, como si se arrastrase un cuerpo pesado. Entre los juncos brillaron dos ojos a la altura de los suyos y avanzó una cabeza achatada moviendo la lengua de horquilla, con un bufido tétrico que pareció helarle la sangre, paralizar su vida. Era Sancha, pero enorme, soberbia, levantándose a la altura de un hombre, arrastrando su cola entre la maleza hasta perderse de vista, con la piel multicolor y el cuerpo grueso como el tronco de un pino.

—¡Sancha! —gritó el soldado, retrocediendo a impulsos del miedo —. ¡Cómo has crecido…! ¡Qué grande eres!

E intentó huir. Pero la antigua amiga, pasado el primer asombro, pareció reconocerle y se enroscó en torno de sus hombros, estrechándolo con un anillo de su piel rugosa sacudida por nerviosos estremecimientos. El soldado forcejeó.

—¡Suelta, Sancha, suelta! No me abraces. Eres demasiado grande para estos juegos. —Otro anillo oprimió sus brazos, agarrotándolos. La boca del reptil le acariciaba como en otros tiempos; su aliento le agitaba el bigote, causándole un escalofrío angustioso, y mientras tanto los anillos se contraían, se estrechaban, hasta que el soldado, asfixiado, crujiéndole los huesos, cayó al suelo envuelto en el rollo de pintados anillos.

A los pocos días, unos pescadores encontraron su cadáver: una masa informe, con los huesos quebrantados y la carne amoratada por el irresistible apretón de Sancha. Así murió el pastor, víctima de un abrazo de su antigua amiga.

Leopoldo Lugones

(1906)

COMPRÉ el mono en el remate de un circo que había quebrado.

La primera vez que se me ocurrió tentar la experiencia a cuyo relato están dedicadas estas líneas, fue una tarde, leyendo no sé dónde que los naturales de Java atribuían la falta de lenguaje articulado en los monos a la abstención, no a la incapacidad. «No hablan —decían—, para que no los hagan trabajar».

Semejante idea, nada profunda al principio, acabó por preocuparme hasta convertirse en este postulado antro—

pológico:

Los monos fueron hombres que por una u otra razón dejaron de hablar. El hecho produjo la atrofia de sus órganos de fonación y de los centros cerebrales del lenguaje; debilitó casi hasta suprimirla la relación entre unos y otros, fijando el idioma de la especie en el grito inarticulado, y el humano primitivo descendió a ser animal.

Claro es que si llegara a demostrarse esto quedarían explicadas desde luego todas las anomalías que hacen del mono un ser tan singular; pero esto no tendría sino una demostración posible: volver el mono al lenguaje.

Entre tanto había corrido el mundo con el mío, vinculándolo cada vez más por medio de peripecias y aventuras. En Europa llamó la atención, y de haberlo querido, llego a darle la celebridad de un Cónsul; pero mi seriedad de hombre de negocios mal se avenía con tales payasadas.

Trabajado por mi idea fija del lenguaje de los monos, agoté toda la bibliografía concerniente al problema, sin ningún resultado apreciable.

Sabía únicamente, con entera seguridad, que no hay ninguna razón científica para que el mono no hable. Esto llevaba cinco años de meditaciones.

Yzur (nombre cuyo origen nunca pude descubrir, pues lo ignoraba igualmente su anterior patrón), Yzur era ciertamente un animal notable. La educación del circo, bien que reducida casi enteramente al mimetismo, había desarrollado mucho sus facultades; y esto era lo que me incitaba más a ensayar sobre él mi en apariencia disparatada teoría.

Por otra parte, sábese que el chimpancé (Yzur lo era) es entre los monos el mejor provisto de cerebro y uno de los más dóciles, lo cual aumentaba mis probabilidades. Cada vez que lo veía avanzar en dos pies, con las manos a la espalda para conservar el equilibrio, y su aspecto de marinero borracho, la convicción de su humanidad detenida se vigorizaba en mí.

No hay a la verdad razón alguna para que el mono no articule absolutamente. Su lenguaje natural, es decir, el conjunto de gritos con que se comunica con sus semejantes, es asaz variado; su laringe, por más distinta que resulte de la humana, nunca lo es tanto como la del loro, que habla sin embargo; y en cuanto a su cerebro, fuera de que la comparación con el de este último animal desvanece toda duda, basta recordar que el del idiota es también rudimentario, a pesar de lo cual hay cretinos que pronuncian algunas palabras. Por lo que hace a la circunvolución de Broca, depende, es claro, del desarrollo total del cerebro; fuera de que no está probado que ella sea fatalmente el sitio de localización del lenguaje. Si es el caso de localización mejor establecido en anatomía, los hechos contradictorios son desde luego incontestables.

Felizmente los monos tienen, entre sus muchas malas condiciones, el gusto por aprender, como lo demuestra su tendencia imitativa; la memoria feliz, la reflexión que llega hasta una profunda facultad de disimulo, y la atención comparativamente más desarrollada que en el niño. Es, pues, un sujeto pedagógico de los más favorables.

El mío era joven además, y es sabido que la juventud constituye la época más intelectual del mono, parecido en esto al negro. La dificultad estribaba solamente en el método que se emplearía para comunicarle la palabra. Conocía todas las infructuosas tentativas de mis antecesores; y está de más decir, que ante la competencia de algunos de ellos y la nulidad de todos sus esfuerzos, mis propósitos fallaron más de una vez, cuando el tanto pensar sobre aquel tema fue llevándome a esta conclusión:

Lo primero consiste en desarrollar el aparato de fonación del mono.

Así es, en efecto, como se procede con los sordomudos antes de llevarlos a la articulación; y no bien hube reflexionado sobre esto, cuando las analogías entre el sordomudo y el mono se agolparon en mi espíritu.

Primero de todo, su extraordinaria movilidad mímica que compensa al lenguaje articulado, demostrando que no por dejar de hablar se deja de pensar, así haya disminución de esta facultad por la paralización de aquella. Después otros caracteres más peculiares por ser más específicos: la diligencia en el trabajo, la fidelidad, el coraje, aumentados hasta la certidumbre por estas dos condiciones cuya comunidad es verdaderamente reveladora; la facilidad para los ejercicios de equilibrio y la resistencia al marco.

Decidí, entonces, empezar mi obra con una verdadera gimnasia de los labios y de la lengua de mi mono, tratándolo en esto como a un sordomudo. En lo restante, me favorecería el oído para establecer comunicaciones directas de palabra, sin necesidad de apelar al tacto. El lector verá que en esta parte prejuzgaba con demasiado optimismo.

Felizmente, el chimpancé es de todos los grandes monos el que tiene labios más movibles; y en el caso particular, habiendo padecido Yzur de anginas, sabía abrir la boca para que se la examinaran.

La primera inspección confirmó en parte mis sospechas. La lengua permanecía en el fondo de su boca, como una masa inerte, sin otros movimientos que los de la deglución. La gimnasia produjo luego su efecto, pues a los dos meses ya sabía sacar la lengua para burlar. Esta fue la primera relación que conoció entre el movimiento de su lengua y una idea; una relación perfectamente acorde con su naturaleza, por otra parte.

Los labios dieron más trabajo, pues hasta hubo que estirárselos con pinzas; pero apreciaba —quizá por mi expresión— la importancia de aquella tarea anómala y la acometía con viveza. Mientras yo practicaba los movimientos labiales que debía imitar, permanecía sentado, rascándose la grupa con su brazo vuelto hacia atrás y guiñando en una concentración dubitativa, o alisándose las patillas con todo el aire de un hombre que armoniza sus ideas por medio de ademanes rítmicos. Al fin aprendió a mover los labios.

Pero el ejercicio del lenguaje es un arte difícil, como lo prueban los largos balbuceos del niño, que lo llevan, paralelamente con su desarrollo intelectual, a la adquisición del hábito. Está demostrado, en

efecto, que el centro propio de las inervaciones vocales se halla asociado con el de la palabra, en forma tal que el desarrollo normal de ambos depende de su ejercicio armónico; y esto ya lo había presentido en 1785 Heinicke, el inventor del método oral para la enseñanza de los sordomudos, como una consecuencia filosófica. Hablaba de una «concatenación dinámica de las ideas», frase cuya profunda claridad honraría a más de un psicólogo contemporáneo.

Yzur se encontraba, respecto al lenguaje, en la misma situación del niño que antes de hablar entiende ya muchas palabras; pero era mucho más apto para asociar los juicios que debía poseer sobre las cosas, por su mayor experiencia de la vida.

Estos juicios, que no debían ser solo de impresión, sino también inquisitivos y disquisitivos, a juzgar por el carácter diferencial que asumían, lo cual supone un raciocinio abstracto, le daban un grado superior de inteligencia muy favorable por cierto a mi propósito.

Si mis teorías parecen demasiado audaces, basta con reflexionar que el silogismo, o sea el argumento lógico fundamental, no es extraño a la mente de muchos animales. Como que el silogismo es originariamente una comparación entre dos sensaciones. Si no, ¿por qué los animales que conocen al hombre huyen de él, y no los que nunca le conocieron?…

Comencé, entonces, la educación fonética de Yzur.

Tratábase de enseñarle primero la palabra mecánica, para llevarlo progresivamente a la palabra sensata.

Poseyendo el mono la voz, es decir, llevando esto de ventaja al sordomudo, con más ciertas articulaciones rudimentarias, tratábase de enseñarle las modificaciones de aquella, que constituyen los fonemas y su articulación, llamada por los maestros estática o dinámica, según que se refiera a las vocales o a las consonantes.

Dada la glotonería del mono, y siguiendo en esto un método empleado por Heinicke con los sordomudos, decidí asociar cada vocal con una golosina: *a* con papa; *e* con leche; *i* con vino; *o* con coco; u con azúcar, haciendo de modo que la vocal estuviese contenida en el nombre de la golosina, ora con dominio único y repetido como en *papa, coco, leche*, ora reuniendo los dos acentos, tónico y prosódico, es decir, como fundamental: *vino, azúcar*.

Todo anduvo bien, mientras se trató de las vocales, o sea los sonidos que se forman con la boca abierta. Yzur los aprendió en quince días. Solo que a veces, el aire contenido en sus abazones les daba una

rotundidad de trueno. La u fue lo que más le costó pronunciar.

Las consonantes me dieron un trabajo endemoniado, y a poco hube de comprender que nunca llegaría a pronunciar aquellas en cuya formación entran los dientes y las encías. Sus largos colmillos y sus abazones lo estorbaban enteramente.

El vocabulario quedaba reducido, entonces, a las cinco vocales, la *b*, la *k*, la *m*, la *g*, la *f* y la *c*, es decir todas aquellas consonantes en cuya formación no intervienen sino el paladar y la lengua.

Aun para esto no me bastó el oído. Hube de recurrir al tacto como un sordomudo, apoyando su mano en mi pecho y luego en el suyo para que sintiera las vibraciones del sonido.

Y pasaron tres años, sin conseguir que formara palabra alguna. Tendía a dar a las cosas, como nombre propio, el de la letra cuyo sonido predominaba en ellas. Esto era todo.

En el circo había aprendido a ladrar como los perros, sus compañeros de tarea; y cuando me veía desesperar ante las vanas tentativas para arrancarle la palabra, ladraba fuertemente como dándome todo lo que sabía. Pronunciaba aisladamente las vocales y consonantes, pero no podía asociarlas. Cuando más, acertaba con una repetición de pes y emes.

Por despacio que fuera, se había operado un gran cambio en su carácter. Tenía menos movilidad en las facciones, la mirada más profunda, y adoptaba posturas meditativas. Había adquirido, por ejemplo, la costumbre de contemplar las estrellas. Su sensibilidad se desarrollaba igualmente; íbasele notando una gran facilidad de lágrimas. Las lecciones continuaban con inquebrantable tesón, aunque sin mayor éxito. Aquello había llegado a convertirse en una obsesión dolorosa, y poco a poco sentíame inclinado a emplear la fuerza. Mi carácter iba agriándose con el fracaso, hasta asumir una sorda animosidad contra Yzur. Este se intelectualizaba más, en el fondo de su mutismo rebelde, y empezaba a convencerme de que nunca lo sacaría de allí, cuando supe de golpe que no hablaba porque no quería. El cocinero, horrorizado, vino a decirme una noche que había sorprendido al mono «hablando verdaderas palabras». Estaba, según su narración, acurrucado junto a una higuera de la huerta; pero el terror le impedía recordar lo esencial de esto, es decir, las palabras. Solo creía retener dos: *cama* y *pipa*. Casi le doy de puntapiés por su imbecilidad.

No necesito decir que pasé la noche poseído de una gran emoción; y lo que en tres años no había cometido, el error que todo lo echó a

perder, provino del enervamiento de aquel desvelo, tanto como de mi excesiva curiosidad.

En vez de dejar que el mono llegara naturalmente a la manifestación del lenguaje, llamele al día siguiente y procuré imponérsela por obediencia.

No conseguí sino las pes y las emes con que me tenía harto, las guiñadas hipócritas y —Dios me perdone— una cierta vislumbre de ironía en la azogada ubicuidad de sus muecas.

Me encolericé, y sin consideración alguna, le di de azotes. Lo único que logré fue su llanto y un silencio absoluto que excluía hasta los gemidos.

A los tres días cayó enfermo, en una especie de sombría demencia complicada con síntomas de meningitis. Sanguijuelas, afusiones frías, purgantes, revulsivos cutáneos, alcoholaturo de brionia, bromuro —toda la terapéutica del espantoso mal le fue aplicada—. Luché con desesperado brío, a impulsos de un remordimiento y de un temor. Aquel por creer a la bestia una víctima de mi crueldad; este por la suerte del secreto que quizá se llevaba a la tumba.

Mejoró al cabo de mucho tiempo, quedando, no obstante, tan débil, que no podía moverse de su cama. La proximidad de la muerte habíalo ennoblecido y humanizado. Sus ojos, llenos de gratitud, no se separaban de mí, siguiéndome por toda la habitación como dos bolas giratorias, aunque estuviese detrás de él; su mano buscaba las mías en una intimidad de convalecencia. En mi gran soledad, iba adquiriendo rápidamente la importancia de una persona.

El demonio del análisis, que no es sino una forma del espíritu de perversidad, impulsábame, sin embargo, a renovar mis experiencias. En realidad el mono había hablado. Aquello no podía quedar así.

Comencé muy despacio, pidiéndole las letras que sabía pronunciar. ¡Nada! Dejelo solo durante horas, espiándolo por un agujerillo del tabique. ¡Nada! Hablele con oraciones breves, procurando tocar su fidelidad o su glotonería. ¡Nada! Cuando aquellas eran patéticas, los ojos se le hinchaban de llanto. Cuando le decía una frase habitual, como el «yo soy tu amo» con que empezaba todas mis lecciones, o el «tú eres mi mono» con que completaba mi anterior afirmación, para llevar a un espíritu la certidumbre de una verdad total, él asentía cerrando los párpados; pero no producía sonido, ni siquiera llegaba a mover los labios.

Había vuelto a la gesticulación como único medio de comunicarse

conmigo; y este detalle, unido a sus analogías con los sordomudos, hacía redoblar mis preocupaciones, pues nadie ignora la gran predisposición de estos últimos a las enfermedades mentales. Por momentos deseaba que se volviera loco, a ver si el delirio rompía al fin su silencio. Su convalecencia seguía estacionaria. La misma flacura, la misma tristeza. Era evidente que estaba enfermo de inteligencia y de dolor. Su unidad orgánica habíase roto al impulso de una cerebración anormal, y día más, día menos, aquel era caso perdido. Mas, a pesar de la mansedumbre que el progreso de la enfermedad aumentaba en él, su silencio, aquel desesperante silencio provocado por mi exasperación, no cedía. Desde un oscuro fondo de tradición petrificada en instinto, la raza imponía su milenario mutismo al animal, fortaleciéndose de voluntad atávica en las raíces mismas de su ser. Los antiguos hombres de la selva, que forzó al silencio, es decir, al suicidio intelectual, quién sabe qué bárbara injusticia, mantenían su secreto formado por misterios de bosque y abismos de prehistoria, en aquella decisión ya inconsciente, pero formidable con la inmensidad de su tiempo. Infortunios del antropoide retrasado en la evolución cuya delantera tomaba el humano con un despotismo de sombría barbarie, habían, sin duda, destronado a las grandes familias cuadrumanas del dominio arbóreo de sus primitivos edenes, raleando sus filas, cautivando sus hembras para organizar la esclavitud desde el propio vientre materno, hasta infundir a su impotencia de vencidas el acto de dignidad mortal que las llevaba a romper con el enemigo el vínculo superior también, pero infausto, de la palabra, refugiándose como salvación suprema en la noche de la animalidad.

Y qué horrores, qué estupendas sevicias no habrían cometido los vencedores con la semibestia en trance de evolución, para que esta, después de haber gustado el encanto intelectual que es el fruto paradisíaco de las biblias, se resignara a aquella claudicación de su estirpe en la degradante igualdad de los inferiores; a aquel retroceso que cristalizaba por siempre su inteligencia en los gestos de un automatismo de acróbata; a aquella gran cobardía de la vida que encorvaría eternamente, como en distintivo bestial, sus espaldas de dominado, imprimiéndole ese melancólico azoramiento que permanece en el fondo de su caricatura.

He aquí lo que, al borde mismo del éxito, había despertado mi malhumor en el fondo del limbo atávico. A través del millón de años, la palabra, con su conjuro, removía la antigua alma simiana; pero contra esa tentación que iba a violar las tinieblas de la animalidad protectora,

la memoria ancestral, difundida en la especie bajo un instintivo horror, oponía también edad sobre edad como una muralla.

Yzur entró en agonía sin perder el conocimiento. Una dulce agonía a ojos cerrados, con respiración débil, pulso vago, quietud absoluta, que solo interrumpía para volver de cuando en cuando hacia mí, con una desgarradora expresión de eternidad, su cara de viejo mulato triste. Y la última noche, la tarde de su muerte, fue cuando ocurrió la cosa extraordinaria que me ha decidido a emprender esta narración.

Habíame dormitado a su cabecera, vencido por el calor y la quietud del crepúsculo que empezaba, cuando sentí de pronto que me asían por la muñeca.

Desperté sobresaltado. El mono, con los ojos muy abiertos, se moría definitivamente aquella vez, y su expresión era tan humana, que me infundió horror; pero su mano, sus ojos, me atraían con tanta elocuencia hacia él, que hube de inclinarme de inmediato a su rostro; y entonces, con su último suspiro, el último suspiro que coronaba y desvanecía a la vez mi esperanza, brotaron —estoy seguro—, brotaron en un murmullo (¿cómo explicar el tono de una voz que ha permanecido sin hablar diez mil siglos?) estas palabras cuya humanidad reconciliaba las especies:

—AMO, AGUA, AMO, MI AMO…

Horacio Quiroga

EL ALMOHADÓN DE PLUMAS

(1917)

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando, volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin darlo a conocer. Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial. Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia. En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido. No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió enseguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró

largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor tentativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ese el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de la calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada… Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatose una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección. Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra. Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas, hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos.

Los médicos volvieron inútilmente. Había allí delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst… —Se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio…, poco hay que hacer…

—¡Solo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aun que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avanzaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán. Murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—. En el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez. Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquel, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar. Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós: sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un

animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca. Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquella, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo moverse, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia. Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de pluma.

Virginia Woolf

LA MARCA EN LA PARED

(1917)

Sería a mediados de enero del presente año cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Para precisar una fecha, es necesario recordar lo que se vio. Y lo que recuerdo es el fuego, una lámina constante de luz amarilla sobre la página de mi libro y tres crisantemos en un redondo jarrón de vidrio sobre la repisa de la chimenea. Sí, seguramente era invierno y acabábamos de tomar el té, porque recuerdo que estaba fumando cuando levanté la vista y vi por primera vez la marca en la pared. Miré a través del humo del cigarrillo y mis ojos se detuvieron unos instantes en las brasas, lo que me hizo rememorar esa antigua fantasía de la bandera escarlata ondeando en la torre del castillo y los caballeros rojos que cabalgaban ladera arriba por un cerro negro. Fue un gran alivio que la visión de la marca interrumpiese mis ensoñaciones, pues se trata de una fantasía antigua, una fantasía automática que quizá inventé de niña. La marca era una pequeña mancha redonda en la pared blanca, situada a unos quince centímetros por encima de la chimenea.

Con qué facilidad nuestros pensamientos se arrojan sobre un nuevo objeto y lo levantan un poco, como hormigas frenéticas que alzan una brizna de hierba, para luego abandonarlo… Si esa marca la hubiese dejado un clavo, no podría ser para colgar un cuadro, sino una miniatura; la miniatura de una dama de blancos rizos empolvados, empolvadas mejillas y labios como claveles rojos. Una falsificación, desde luego, porque quienes vivían antes en esta casa habrían escogido ese tipo de cuadros: un cuadro viejo para una habitación vieja. Ellos eran de esa clase de personas; personas muy interesantes en las que

pienso a menudo en los sitios más insospechados, porque nunca volveré a verlas ni sé qué fue de ellas. Se marcharon de esta casa porque querían cambiar el estilo del mobiliario, eso dijo él, e iba a añadir que, en su opinión, el arte debería basarse en ideas cuando nos separamos, como nos separamos de la anciana que está a punto de servir el té o del joven que va a golpear la pelota de tenis en el jardín de una casa de las afueras mientras pasamos en tren.

Pero en cuanto a la marca, no estoy segura; pensándolo bien, no creo que la hiciese un clavo, porque es demasiado grande, demasiado redonda. Podría levantarme, pero, aunque me levantase a mirar, tampoco podría asegurarlo con certeza, porque cuando algo está hecho, hecho está, y nadie sabe cómo llegó a suceder. ¡Ay, qué misteriosa es la vida! ¡Qué impreciso el pensamiento! ¡Qué ignorante es la humanidad! Para mostrar el escaso dominio que tenemos sobre nuestras posesiones, lo fortuita que es nuestra vida después de tantos siglos de civilización, permítanme enumerar algunas cosas que perdemos a lo largo de la vida, empezando por la que siempre me ha parecido la más misteriosa de todas las pérdidas: ¿qué gato es capaz de mordisquear, qué ratón es capaz de roer tres latas celestes con herramientas para encuadernar libros? Y también las jaulas de los pájaros, los aros de hierro, los patines de acero, el cubo para el carbón estilo Reina Ana, el tablero para jugar a bagatela, el organillo… Todo desaparecido, y las joyas también. Ópalos y esmeraldas, que estarán enterrados entre las raíces de los nabos. ¡Qué precaria es nuestra vida, en efecto! Lo asombroso es que justo ahora esté vestida y rodeada de sólidos muebles. Porque de comparar la vida con algo, ¡sería con salir despedida por un túnel a ochenta kilómetros por hora para acabar en el otro extremo, sin una sola horquilla en el pelo! ¡Caer a los pies de Dios completamente desnuda! ¡Rodar por los prados de asfódelos como un paquete de papel marrón lanzado por el tobogán de la oficina de correos! Con el cabello al viento, como la cola de un caballo de carreras. Sí, eso parece expresar la celeridad de la vida, el desgaste y la renovación constantes, todo tan fortuito, todo tan arbitrario…

Y, después de la vida, esa lenta escora de los gruesos tallos verdes para que el cáliz de la flor, al inclinarse, nos inunde de luz roja y morada. ¿Por qué, a fin de cuentas, no podemos nacer allí como nacemos aquí, indefensos, mudos, incapaces de ver bien, avanzando a tientas entre las raíces de la hierba, a los pies de los gigantes? En cuanto a decir cuáles son árboles, cuáles son mujeres y hombres, o si existen tales seres, eso no estaremos en condiciones de afirmarlo hasta pasados

unos cincuenta años. No habrá más que espacios de luz y oscuridad surcados por gruesos tallos y, quizá más arriba, manchas en forma de rosa de un color ambiguo —tenues rosas y azules— que, con el paso del tiempo, se volverán más definidas, se volverán… no sé qué…

Y, sin embargo, la marca de la pared no es ningún agujero. Hasta podría tratarse de una sustancia negra y redonda, como un hojita de rosa que siguiese allí desde el verano y yo, que no soy un ama de casa hacendosa…, como botón de muestra, el polvo en la repisa de la chimenea, el polvo que, según se dice, sepultó Troya tres veces y solo algunos fragmentos de vasijas se resistieron a la destrucción, como así parece.

Al otro lado de la ventana, el árbol golpea suavemente el cristal… Quiero pensar en silencio, con calma, con tiempo, sin interrupciones, sin tener que levantarme del sillón, deslizarme de una cosa a la otra sin hostilidad ni obstáculos. Quiero hundirme cada vez más, alejarme de la superficie y de su dura realidad. Para no perder pie, me agarraré a lo primero que se me ocurra… Shakespeare… Sí, servirá como cualquier otro. Un hombre que se sentaba en un sillón a contemplar el fuego y una perpetua lluvia de ideas, que caía de un Cielo muy elevado, penetraba en su cabeza. Apoyaba la frente en la mano y la gente que miraba por la puerta abierta —porque esta escena sucede una noche de verano—… Pero ¡qué aburrida es la ficción histórica! No me interesa en absoluto. Ojalá pudiese dar con un agradable hilo de pensamiento, un hilo que indirectamente me dejara bien parada, porque esos son los pensamientos más agradables y muy frecuentes hasta en las personas más modestas y anodinas, que creen sinceramente que no les gusta oír alabanzas. No son pensamientos que nos halaguen directamente —en eso consiste su belleza—, son pensamientos como este: «Y entonces entré en la habitación. Hablaban de botánica. Dije que había visto una flor que crecía en un montículo de polvo en el terreno de una vieja casa de Kingsway. La semilla, comenté, debió de sembrarse durante el reinado de Carlos I. ¿Qué flores había durante el reinado de Carlos I?». Eso pregunté (pero no recuerdo la respuesta). Quizá flores altas con madroños morados. Y cosas así. Siempre estoy embelleciendo mentalmente mi propia imagen, con cariño y disimulo, sin adorarla de forma explícita, pues, en tal caso, enseguida me descubriría y alargaría un brazo para coger un libro con el que protegerme. En efecto, es curioso cómo protegemos instintivamente nuestra propia imagen de la idolatría o de cualquier actitud que pueda ridiculizarla, o alejarla tanto del original que ya no resulte creíble. ¿O no es tan curioso? Es un

asunto de suma importancia. Supongamos que el espejo se rompe, la imagen desaparece y la figura romántica rodeada de verdes profundidades boscosas ya no está, sino solo la envoltura de la persona tal como la ven los demás…, ¡qué asfixiante, superficial, árido e imponente se vuelve el mundo! Un mundo en el que no se puede vivir. Cuando nos miramos cara a cara en los autobuses y los vagones del metro, miramos el espejo que refleja la mirada ausente y vidriosa de nuestros ojos. Los novelistas del futuro comprenderán cada vez más la importancia de estos reflejos, porque no hay un único reflejo, por supuesto, sino un número casi infinito; estas son las profundidades que explorarán, los fantasmas que perseguirán. Omitirán gradualmente de sus historias la descripción de la realidad, que darán por sabida, como hicieron los griegos y quizá Shakespeare…, pero estas generalizaciones no son necesarias. El sonido militar de la palabra es más que suficiente. Evoca editoriales de prensa, ministros, toda una serie de cosas que de niños considerábamos la cosa en sí, lo que tocaba, lo inapelable, aquello de lo que no podíamos apartarnos, so pena de sufrir una maldición indescriptible. Las generalizaciones también evocan los domingos en Londres, los paseos de las tardes de domingo, los almuerzos del domingo y también formas de hablar de los muertos, ropa y costumbres, como la costumbre de sentarse todos juntos en una habitación hasta cierta hora, aunque a nadie le gustaba. Había una norma para todo. En aquella época en concreto, la norma para los manteles era que estuviesen bordados con pequeños recuadros amarillos, como los que se ven en las fotografías de las alfombras que cubren los pasillos de los palacios reales. Los manteles que no eran así, no se consideraban verdaderos manteles. Qué espantoso, pero también qué maravilloso fue descubrir que esas cosas tan reales, los almuerzos y los paseos del domingo, las casas de campo y los manteles, no eran reales del todo, sino poco más que fantasmas, y que la maldición de los incrédulos no era sino una sensación de ilegítima libertad. ¿Qué ocupa ahora el lugar de esas cosas, me pregunto, de esas cosas teóricamente reales? Los hombres, tal vez, si se es mujer; el punto de vista masculino que gobierna nuestras vidas, que dicta las normas, que decide quién aparece en el *Almanaque de personajes ilustres de Whitaker* que, desde la guerra, se ha convertido en poco más que un fantasma para tantos hombres y mujeres, y que pronto —eso espero— será despreciado y arrojado a la basura adonde van a parar los fantasmas, los aparadores de caoba y los grabados de Landseer, los dioses y los demonios, el Infierno y demás, dejándonos a todos con una embriagadora sensación de ilegítima

libertad…, si es que existe la libertad…

Bajo cierta luz, esa marca parece sobresalir de la pared. No es circular del todo. No estoy segura, pero diría que proyecta una sombra imperceptible; que quizá, si pasara el dedo por esa franja de la pared, en un punto en concreto subiría y bajaría por un pequeño túmulo, un túmulo liso como los que se ven en las colinas del sudeste y que, según se dice, son tumbas o campamentos. De poder elegir, preferiría que fuesen tumbas, pues me atrae la melancolía como a casi todos los ingleses y me resulta natural, al final de un paseo, pensar en los huesos que yacen bajo tierra… Tiene que haber algún libro al respecto. Algún arqueólogo habrá excavado esos huesos y les habrá dado un nombre… ¿Qué clase de hombre es un arqueólogo? En su mayoría, me atrevería a afirmar, coroneles retirados que conducen cuadrillas de peones ancianos hasta esa cima de ahí para examinar terrones y rocas, y luego cartearse con el clero vecino para sentirse importantes al abrir las cartas durante el desayuno. La comparación de las diferentes puntas de flecha también los obliga a cruzar el país para visitar los pueblos del condado, una necesidad agradable tanto para ellos como para sus maduras esposas, que quieren hacer mermelada de ciruela, limpiar bien el estudio, y que tienen razones de sobra para mantener en eterno suspense la importante cuestión del campamento o la tumba, mientras que al mismo coronel le resulta agradablemente filosófico acumular indicios que apoyen ambas hipótesis. Es cierto que al final se decide por la tesis del campamento y, ante la oposición de algunos, redacta un panfleto que está a punto de leer en la reunión trimestral de la sociedad local cuando sufre una apoplejía y sus últimos pensamientos conscientes no son para su mujer ni su hijo, sino para el campamento y esa punta de flecha de ahí, que ahora se exhibe en la vitrina del museo local junto con el pie de una asesina china, un puñado de clavos de la era isabelina, numerosas pipas de arcilla de la época Tudor, una pieza de cerámica romana y la copa de vino de la que bebió Nelson…, lo que demuestra a saber qué.

No, nada está demostrado, ni nada se sabe. Y si yo me levantase ahora mismo para cerciorarme de que la marca en la pared es en realidad… —¿qué podría ser?— la cabeza de un clavo gigantesco incrustada hace doscientos años, que ahora, debido a la paciente dedicación de muchas generaciones de criadas, asoma sobre la capa de pintura y echa su primer vistazo a la vida moderna en la forma de una habitación de paredes blancas iluminada por el fuego, ¿qué ganaría yo con eso? ¿Conocimiento? ¿Material para seguir especulando? Puedo pensar igual sentada que de pie. ¿Y qué es el conocimiento? ¿Qué son

nuestros actuales sabios sino los descendientes de brujas y ermitaños que, agazapados en bosques y cuevas, preparaban pociones de hierbas, hablaban con las musarañas y anotaban el lenguaje de los astros? Y que respetamos cada vez menos a medida que nuestras supersticiones disminuyen y aumenta nuestro respeto por la belleza y la salud mental… Sí, puedo imaginarme un mundo muy agradable. Un mundo sereno, amplio, con flores muy rojas y azules en los campos abiertos. Un mundo sin profesores, ni especialistas, ni amas de llaves con maneras policiales, un mundo que se pueda surcar con el pensamiento como un pez surca el agua con su aleta y roza los tallos de los nenúfares suspendidos sobre nidos de blancos huevos de mar… ¡Qué bien se está aquí abajo, arraigada en el centro del mundo, contemplando las aguas grises con sus súbitos destellos de luz y sus reflejos! Si no fuera por el *Almanaque de Whitaker*… ¡Si no fuera por su *Índice de ilustres*!

Tengo que levantarme de un salto y ver por mí misma qué es esa marca en la pared: ¿un clavo, la hoja de una rosa, una grieta en la madera?

Una vez más, he aquí a la naturaleza y su viejo juego de la conservación. Percibe que mi hilo de pensamiento amenaza con ser un simple derroche de energía e incluso un conflicto con la realidad, pues ¿quién será capaz de levantar un dedo contra el *Almanaque de ilustres de Whitaker*? El arzobispo de Canterbury precede al lord canciller, que a su vez precede al arzobispo de York. Todo el mundo precede a alguien, esta es la filosofía de Whitaker; y lo importante es saber quién sigue a quién. Whitaker lo sabe, y mejor así para que la naturaleza nos aconseje y consuele en lugar de enfurecernos y, si somos inconsolables, si sentimos la necesidad de destruir esta hora de paz, pensemos en la marca en la pared.

Entiendo el juego de la naturaleza, que nos incite a pasar a la acción para acabar con cualquier idea que amenace con alterarnos o hacernos sufrir. Supongo que de ahí proviene nuestro leve desprecio por los hombres de acción, hombres que —asumimos— no piensan. Sin embargo, no hace daño poner punto y final a nuestros pensamientos desagradables mirando una marca en la pared.

Y, en efecto, ahora que he clavado la vista en ella, intuyo que me he agarrado a un madero en altamar; experimento una satisfactoria sensación de realidad que de inmediato devuelve a los dos arzobispos y al lord canciller a la penumbra de las sombras. He aquí algo definido, algo real. Es como despertar a medianoche por una espantosa pesadilla: nos apresuramos a encender la luz y nos quedamos quietos, adorando la

cómoda, adorando la solidez y la realidad, adorando el mundo impersonal que es la prueba de una existencia ajena a la nuestra. Sí, de eso queremos estar seguros… Es agradable pensar en la madera. Procede de un árbol y los árboles crecen, sin que sepamos cómo. Crecen durante años y años, sin prestarnos atención, en los prados, en los bosques y en las riberas, todas ellas cosas en las que nos gusta pensar. Las vacas mueven la cola bajo los árboles en las tardes calurosas; los árboles pintan los ríos de un color tan verde que cuando la gallineta se sumerge esperamos que al volver a la superficie, sus plumas sean verdes también. Me gusta pensar en los peces que serpentean a contracorriente como banderas al viento y en las chinches de agua que asaltan lentamente cúpulas de barro en el lecho del río. Me gusta pensar en el árbol en sí: primero, la sensación seca e íntima de ser madera; luego, el azote de la tormenta; después, el lento y delicioso fluir de la savia. También me gusta imaginármelo en un campo vacío en las noches de invierno, con todas las hojas recogidas para que no quede nada tierno expuesto a las balas de hierro de la luna, un mástil desnudo sobre una tierra que gira sin cesar durante toda la noche. En junio, el canto de los pájaros se le antojará ruidoso y extraño; y qué frías le parecerán las patas de los insectos que avanzan laboriosamente por las arrugas de la corteza, o toman el sol en el fino toldo verde de las hojas con los ojos rojos, tallados como diamantes, mirando al frente… Una a una, las fibras se parten bajo la inmensa y fría presión de la tierra, después llega la última tormenta y, al caer, las ramas más altas vuelven a hundirse en las profundidades del suelo. Pero ni siquiera así acaba la vida; para un árbol sigue habiendo un millón de vidas pacientes y atentas en todo el mundo, en los dormitorios, en los barcos, en las calles, en las salas donde hombres y mujeres se sientan después del té a fumar cigarrillos. Este árbol está lleno de pensamientos serenos, de pensamientos felices. Cuánto me gustaría estudiarlos uno a uno, por separado…, pero algo se interpone. ¿Dónde estaba? ¿A qué viene todo esto? ¿Un árbol? ¿Un río? ¿Las colinas? ¿El *Almanaque de Whitaker*? ¿Los campos de asfódelos? No me acuerdo de nada. Todo se mueve, cae, resbala, desaparece… Se produce una inmensa perturbación. Alguien se me planta delante y dice:

—Voy a comprar el periódico.

—¿Sí?

—Aunque no sé de qué sirve comprarlo… Nunca pasa nada. Maldita guerra, ¡que Dios la maldiga! En fin, no comprendo por qué tenemos un caracol en la pared.

¡Ah, la marca en la pared! Era un caracol.

Gabriel Miró

EL ÁGUILA Y EL PASTOR

(1919)

Un águila seguía siempre al rebaño. Su grito resonaba en todo el ámbito azul del día; las ovejas se paraban mirándola; a veces volaba tan terrera que se sentía el ruido de sus plumas y de su pico, y toda su sombra pasaba por los vellones de las reses.

Tendíase el pastor encima de la grama; y se apretaba el ganado contra el peñascal del resistero. Todo el hondo era de sol: labranza roja, árboles tiernos, huertas cerradas, caseríos como escombros, caminos hundidos en el horizonte de humo…

El pastor pensó: «Veo más mundo del que podré caminar en mi vida, y él no me ve; si ahora viniese el hijo del amo, y yo lo despeñara, nadie lo sabría, estando delante de tanta tierra».

Se revolvía muy contento, hundiendo la nuca en el Herbazal; pero le roía la frente una inquietud como de párpado que quiere abrirse, y alzaba los ojos. Agarrada a las esquinas de un tajo, doblándose toda, le miraba el águila. El pastor botaba, y maldecía, y apuñalaba el aire como un poseído. Crujía su honda, y zumbaba su cayado. Y el águila se iba elevando.

Cuando se acostaba en la besana la sombra del monte, el pastor recogía su rebujal; el mastín sendereaba a los recentales y acudía por las ovejas zagueras. Arriba, despacio y recta volaba el águila, vigilándoles su camino.

Toda la soledad estaba para el hombre llena del furor de los ojos del ave flaca y rubia; se sentía adivinado en sus pensamientos. ¿No hubo palomas enamoradas de hombres y corderos apasionados de mujeres?

Pues el pastor y el águila se aborrecían. «¿Desde dónde estará mirándome ahora?», se preguntaba de noche el pastor. Y escondió armandijos cerca de la majada, y les puso cebo de carroña, de tasajo y hasta el pan de su comida.

Despertábale un temblor de huesos, de aletazos, de gañiles. En los cepos se retorcían raposas, grajas, perros, búhos…; y el pastor los aplastaba con sus esperteñas y con sus manos. No eran ellos los aborrecidos, y porque no eran los aborrecía y los chafaba. Y una mañana su risa y su voz rodaron triunfalmente por el valle. El águila aleteaba, desgraciada y magnífica, sangrándole las garras entre los muelles de presas. Recostose el pastor a su lado y estuvo aguantando todo el sol para regodearse mirándola; quiso verse dentro de sus ojos inmóviles de brasas redondas, y en esas lumbres se estremecía una frialdad de bravura y de señorío indomable. Se los hubiera reventado, mordiéndolos como un fruto, lo mismo que ella a él, si el pastor hubiese muerto en el desamparo del monte. Pero cegándola, ya no sabría que él la miraba. La miraba implacablemente. El águila entreabrió el pico convulso; se le doblaban las alas como unos hombros desventurados con su manto de hermosura a cuestas como una cruz. Vino el mastín; la rodeó latiéndole y humeándole las fauces. La cabeza del águila se erguía, toda tallada sobre el azul, como la proa de una nave sobre el horizonte, y en sus ojos encendidos se reflejaba el perro, el pastor y un círculo gozoso de la mañana campesina.

«¿Cómo la mataré?», pensaba el pastor. ¿Cómo la mataría para que durase mucho muriendo? Entonces el mastín y el amo se miraron culpablemente; y el perro embistió. No pudo llegar a la cautiva, y le brincó la lengua en la tierra como un sacre herido, y le crujieron las quijadas. «¡No te atreves con ella!», le dijo sin voz la risa gorda del amo. Era verdad: no se atrevía. En torno del águila bramaba el aire con el ímpetu de su aliento, de sus plumas erizadas, de su rencor trágico. Y al pastor se le hinchaban de rabia las venas de su frontal, porque tampoco él osaba agarrarla ni acometerla. Levantose de súbito, y se fue a su rancho. Dejó al mastín guardando el águila. No podía escaparse, pero es que no quería que descansara viéndose sola ni un instante. Un instante tardó en volver; trajo un bozal viejo.

Acudió gente: un labrador, una vieja del caserío, un arriero que pasaba, un chico que iba a la escuela rural. Y le preguntaron:

—¿Es esta el águila que te seguía siempre como tu alma?

El chico quería que se la diesen para holgarse en la lección. La vieja le pidió una pluma remera y una uña, y el entresijo, para hacer

remedios de aojamientos y enfermedades. Todos rodearon al águila y le pusieron el bozal de perro trenzándole las ataderas de alambre. Después la arrancaron del cepo como si ya fuese una oca. Le colgaba un dedo, y el pastor se lo quebró del todo, tirándoselo al mastín que lo cogió de un brinco y enseguida lo soltó y le huía como si le diese la sensación de toda el ave. Se la llegaba el pastor a los ojos. Dentro de la reja del bozal, la cabeza del águila tenía un infortunio pavoroso, y su mirada ardía tan humanamente que el pastor se la apartó, porque, estando tan cerca, le angustiaba el bozal, como si fuese él quien lo llevara clavado en su carne y en su sangre.

Todos la cogían, pasándola de brazo en brazo; la tentaban la pechuga, soplándole al plumón para verle los piojos en la piel desnuda; le apretaban el pico, quitándole el resuello; sentían el palpitar de sus párpados; le rascaban las conchas y el calo de sus garfas. Removiose todo el animal en una sacudida delirante; tronó un aletazo duro y brincó entre el sol.

Y la gente decía:

—Se morirá como un perro, un perro en el cielo y en las cumbres.

—Se morirá de reconcomio como una persona y cuando era feliz.

Y la miraban, riéndose. El águila iba entrándose en el azul, gloriosa y libre, con el bozal de perro.

Franz Kafka

INFORME PARA UNA ACADEMIA

(1920)

Excelentísimos señores académicos:

Me conceden ustedes el honor de pedirme que presente a la Academia un informe sobre mi anterior vida de simio.

En este sentido, desgraciadamente, no puedo acceder a su solicitud. Casi cinco años me separan de ese mundo simiesco, un tiempo quizá corto si se mide por el calendario, pero infinitamente largo para atravesarlo al galope, tal como yo lo he hecho, acompañado por personas excelentes, consejos, aplausos y música orquestal, pero en el fondo solo, porque todo el acompañamiento, para poder estar al tanto de todo, se situaba lejos de la barrera. Todo esto habría sido imposible si me hubiera obstinado en aferrarme a mis orígenes, a los recuerdos de juventud. Precisamente la renuncia a toda obstinación fue el máximo precepto que me impuse: yo, un mono libre, me sometí a ese yugo. Pero de este modo me fui cerrando cada vez más a los recuerdos. En un principio, en caso de que los hombres así lo hubieran querido, habría tenido libertad para regresar por el enorme pórtico que el cielo forma sobre la tierra, pero con el tiempo mi evolución a latigazos fue volviéndose cada vez más infame y limitada: me sentía mejor y más integrado en el mundo de los humanos, y la tempestad que con sus vientos había ido sacándome de mi pasado amainó; hoy es tan solo una corriente de aire que me refresca los talones, y el lejano agujero por el que entra y por el que antaño un día entré yo se ha vuelto tan pequeño que, si las fuerzas y la voluntad me alcanzaran para volver corriendo a él, tendría que arrancarme la piel del cuerpo para atravesarlo. Francamente, por mucho que me guste elegir imágenes para estas cosas,

francamente, señores míos, sus cualidades simiescas, siempre y cuando hayan superado algo similar, no pueden parecerles más lejanas que a mí las mías. Pero a todo el que aquí anda por la tierra le hace cosquillas el talón: tanto al pequeño chimpancé como al gran Aquiles.

No obstante, en un sentido estricto tal vez sí pueda responder a su pregunta y lo hago incluso con la mayor de las alegrías. Lo primero que aprendí fue a dar la mano; dar la mano es muestra de franqueza, aunque hoy, cuando me encuentro en la cima de mi carrera, a aquel primer apretón de manos puede añadirse también la palabra sincera. Lo cual no aportará a la Academia nada esencialmente nuevo y estará muy por debajo de lo que se me ha pedido y que, con la mejor voluntad, no puedo decir; en cualquier caso, debe mostrar la directriz por la que alguien que ha sido un simio ha entrado en el mundo de los humanos y se ha asentado en él. Sin embargo, seguro que ni siquiera podría decir lo poco que viene a continuación si no estuviera completamente seguro de mí mismo y si mi posición en todos los grandes escenarios de variedades del mundo civilizado no se hubiera consolidado de forma inquebrantable.

Soy originario de la Costa del Oro.[1] Cómo me capturaron solo lo sé por informes de otros. Una expedición de caza de la compañía Hagenbeck[2] (por cierto que, desde entonces, ya he vaciado con el guía alguna que otra buena botella de vino tinto) estaba al acecho entre los matorrales de la orilla cuando, al atardecer, fui al abrevadero en medio de una manada. Dispararon; fui el único al que alcanzaron, me dieron dos balazos.

Uno en la mejilla, que fue leve, pero que me dejó una gran cicatriz roja y pelada que me valió el sobrenombre repugnante y absolutamente inexacto de Pedrirrojo, inventado literalmente por un simio, como si yo me diferenciara tan solo por la mancha roja en la mejilla de Pedro, un mono amaestrado, conocido en diversos lugares, y que hacía poco que había estirado la pata. Esto dicho sea de paso.

El segundo balazo me dio por debajo de la cadera. Fue grave y a él le debo que hoy aún cojee un poco. Hace poco leí en un artículo de uno de los miles de chiflados que se expresan sobre mí en los periódicos que mi naturaleza de simio aún no estaba sofocada del todo. La prueba es que cuando alguien viene a verme me encanta bajarme los pantalones para mostrar el lugar por el que había entrado aquel balazo. A ese tipo habría que arrancarle a disparos uno a uno los deditos de la mano con la que escribe. Yo…, yo puedo quitarme los pantalones delante de quien se me antoje; nadie encontrará otra cosa más que una piel bien cuidada

y la cicatriz de un… (elijamos aquí con un fin concreto una palabra concreta que no pueda ser malinterpretada), la cicatriz de un disparo criminal. Todo está a la vista, no hay nada que ocultar; cuando se trata de la verdad, hasta el más magnánimo deja a un lado sus delicados modales. Por el contrario, si ese escritorzuelo se bajara los pantalones cuando tiene visita, la cosa tendría desde luego otro cariz y consideraré un signo de racionalidad que no lo haga. Pero entonces ¡que me deje en paz con sus delicadezas!

Después de los disparos (y en este punto empiezan poco a poco mis propios recuerdos) me desperté en una jaula en la sobrecubierta del vapor de Hagenbeck. No era una jaula con cuatro lados de rejas; más bien eran solo tres lados sujetos a un cajón, de manera que este hacía las veces de cuarto lado. El conjunto era demasiado bajo para estar de pie y demasiado estrecho para sentarse, por lo que yo estaba en cuclillas, con las rodillas dobladas, sin dejar de temblar, y en un principio es probable que no quisiera ver a nadie, sino tan solo estar a oscuras, vuelto hacia el cajón, mientras por detrás los barrotes se me clavaban en la carne. Esta forma de encerrar a los animales salvajes se considera ventajosa para los primeros momentos y hoy, por propia experiencia, no puedo negar que, en efecto, desde el punto de vista humano, este es el caso.

Pero por aquel entonces no pensaba así. Por primera vez en mi vida no tenía salida; al menos de frente era imposible; frente a mí solo estaba el cajón, firmemente ensamblado tabla a tabla. Cierto que entre las tablas había una rendija que, al descubrirla, saludé con el aullido dichoso de la incomprensión, pero esa rendija en ningún caso era suficiente para estirar la cola y no era posible ensancharla ni con todas mis fuerzas simiescas.

Por lo que me dijeron después, debí de hacer menos ruido de lo normal, de lo que dedujeron que o bien moriría pronto, o bien, en caso de superar la primera fase crítica, sería muy fácil de domesticar. Sobreviví a ese momento. Sollozar debilmente, buscarme las pulgas con mucho dolor, lamer cansinamente un coco, dar golpes con el cráneo a la pared del cajón, sacar la lengua si alguien se me acercaba: estas fueron las primeras ocupaciones de mi nueva vida. Pero en todas ellas siempre la misma sensación: no había salida. Naturalmente hoy solo puedo describir con palabras humanas lo que entonces sentí como un simio y, en consecuencia, lo deformo, pero, aunque ya no puedo alcanzar la vieja verdad del mono, al menos mi descripción está orientada en ese sentido, no cabe duda.

Hasta ese momento había tenido muchas salidas y ahora no tenía ninguna. Estaba atrapado. Si me hubieran clavado, mi libertad de movimiento no habría disminuido por ello. Y eso ¿por qué? Ni rascándote la carne entre los dedos de los pies encontrarás el motivo. Apriétate por detrás contra los barrotes hasta que casi te partan en dos, tampoco encontrarás el motivo. No tenía salida alguna, pero tenía que procurármela, pues no podía vivir sin ella. Pegado siempre a esa pared del cajón habría perecido sin remedio. Pero para Hagenbeck el sitio de los monos es la pared del cajón, así que dejé de ser mono. Una idea precisa y estupenda que debí maquinar de algún modo con la barriga, pues los simios piensan con la barriga.

Tengo miedo de que no se comprenda bien lo que entiendo por salida. Utilizo la palabra en su acepción más corriente y compleja. No digo «libertad» a propósito. No me refiero a esa gran sensación de libertad en todos los sentidos. Tal vez la conocí siendo mono y he conocido a hombres que la anhelan. Pero, en lo que a mí respecta, no exigía libertad ni entonces ni ahora. Dicho sea de paso: con esto de la libertad los hombres se engañan con demasiada frecuencia. Y, así como la libertad se cuenta entre los sentimientos más sublimes, el correspondiente engaño se cuenta también entre ellos. Antes de mi aparición en escena vi a menudo en los teatros de variedades a alguna que otra pareja de artistas practicando en el techo con los trapecios. Se contorneaban, se columpiaban, saltaban, se colgaban entre sí de los brazos, uno sujetaba al otro con los dientes por el pelo. «Esto también es libertad humana —pensaba—, un movimiento despótico». ¡Oh, tú, caricatura de la sagrada naturaleza! Ni un solo edificio se mantendría en pie ante las carcajadas de los simios a la vista de este espectáculo.

No, yo no quería libertad. Tan solo una salida, a derecha, a izquierda, donde fuera; no tenía otras pretensiones. Aunque la salida fuera solo un engaño; si la pretensión era pequeña, el engaño no sería mayor. ¡Avanzar, avanzar! No quedarse quieto con los brazos en alto, pegado a la pared de un cajón.

Hoy lo veo claro: jamás habría podido escapar sin una enorme calma interior. Y, en efecto, tal vez le deba todo lo que he llegado a ser a la serenidad que me embargó al cabo de los primeros días en el mar. Pero, por otra parte, seguro que le debo esa serenidad a la gente del barco.

Son buenas personas, a pesar de todo. Hoy aún me gusta recordar el sonido de sus pasos decididos, que entonces resonaban en mi cabeza cuando estaba medio dormido. Tenían la costumbre de hacerlo todo muy despacio. Cuando alguno quería frotarse los ojos, levantaba la

mano como si fuera la pesa de una romana. Sus bromas eran groseras pero cordiales. Su risa siempre estaba mezclada con una tos que sonaba peligrosa, pero que no era nada importante. Siempre tenían en la boca algo que escupir y les daba igual hacia dónde escupieran. Siempre se quejaban de que se les pegaban mis pulgas, pero nunca se enfadaron mucho conmigo, porque sabían que en mi piel crecían las pulgas y que las pulgas saltan, y con eso se conformaban. Cuando libraban, algunos se sentaban a veces a mi alrededor, formando un semicírculo, y apenas hablaban, sino que se arrullaban unos a otros; fumaban en pipa tumbados sobre los cajones, se daban en la rodilla en cuanto yo hacía el más mínimo movimiento y, de vez en cuando, uno cogía un palito y me hacía cosquillas donde a mí me gustaba. Si hoy me invitaran a hacer un viaje en ese barco, seguro que declinaría la invitación, pero igual de seguro es que no solo con recuerdos desagradables podría ensimismarme en la sobrecubierta.

La serenidad que adquirí en el entorno de estas gentes me impedía, ante todo, cualquier intento de huida. Mirándolo desde la perspectiva actual, me parece al menos como si tuviera que encontrar una salida si quería vivir, pero que no era posible encontrarla huyendo. No sé ya si la huida era posible, pero creo que sí; para un mono la salida siempre debería ser posible. Con mis actuales dientes tengo que tener cuidado hasta al cascar una nuez corriente y moliente, pero entonces, con el tiempo, habría tenido que llegar a abrir a mordiscos el cerrojo de la puerta. No lo hice. ¿Qué habría ganado? Apenas hubiera sacado la cabeza habrían vuelto a capturarme y me habrían encerrado en otra jaula peor o, sin que me vieran, habría podido escaparme hasta donde se hallaban otros animales, como las serpientes gigantes de enfrente, y habría expirado entre sus abrazos, o habría conseguido llegar a hurtadillas a cubierta y saltar por la borda, luego me habría bamboleado un ratito por el océano y me habría ahogado. Yo no hacía cálculos tan humanos, pero, influido por cuanto me rodeaba, actué como si verdaderamente calculara.

No hacía cálculos, pero sí observaba con mucha calma. Veía a esos hombres ir de acá para allá, siempre los mismos rostros, los mismos movimientos, a menudo me parecía como si fuera uno solo. Así que ese hombre, o esos hombres, andaban sin que los molestaran. Una meta más alta iba viendo la luz en mi interior. Nadie me prometió que me quitarían las rejas si me volvía como ellos. No se hacen promesas así para que se cumpla algo aparentemente imposible; pero si las promesas se cumplen, *a posteriori* aparecen también las promesas exactamente allí

donde antes se las había buscado en vano. Pero en aquellos hombres no había en sí nada que me resultara muy atractivo. Si yo hubiera sido partidario de esa mencionada libertad, seguro que habría preferido el océano a la salida que se me dibujaba en las sombrías miradas de aquellos hombres. Pero en todo caso estuve observándolos mucho tiempo antes de pensar en tales cosas, y el cúmulo de observaciones fue lo que me llevó en una determinada dirección.

Era muy fácil imitar a la gente. Ya los primeros días sabía escupir. Luego nos escupíamos unos a otros a la cara: la única diferencia era que yo después me limpiaba la cara a lametazos, ellos no. Pronto empecé a fumar en pipa igual que un viejo; si luego introducía además el pulgar en la cabeza de la pipa, toda la sobrecubierta gritaba de júbilo; lo único que no entendí durante mucho tiempo fue la diferencia entre la pipa llena y la vacía.

Lo que más trabajo me dio fue la botella de aguardiente. El olor me atormentaba; me obligué con todas mis fuerzas, pero pasaron semanas antes de poder superarlo. Curiosamente la gente tomaba estas luchas internas más en serio que cualquier otra cosa en mí. Tampoco distingo a esa gente en mis recuerdos, pero había uno que venía continuamente, solo o con algún camarada, de día, de noche, a las horas más diversas, se colocaba delante de mí con la botella y me daba clases. No me comprendía, quería descifrar el enigma de mi ser. Descorchaba lentamente la botella y luego me miraba para comprobar si lo había entendido; confieso que yo siempre lo miraba con una atención impetuosa, atropellada. Semejante aprendiz de hombre no encuentra un maestro en toda la tierra: una vez descorchada la botella, se la llevaba a la boca; yo, siguiéndolo con la mirada, hasta el gaznate; él asiente, satisfecho conmigo, y se lleva la botella a los labios; yo, encantado con el paulatino reconocimiento, me rasco chillando por donde puedo a lo largo y a lo ancho; él se alegra, se lleva la botella a los labios y le da un trago; yo, impaciente y desesperado por imitarlo, me revuelvo en la porquería de la jaula, cosa que le complace en sumo grado, y entonces, apartando la botella y volviendo a levantarla con ímpetu, exageradamente echado hacia atrás para enseñarme, se la bebe de un trago. Yo, fatigado por lo mucho que se me pide, no puedo ya seguirlo y me cuelgo de la reja sin fuerzas, mientras él termina la clase teórica acariciándose la barriga y sonriendo con picardía.

Pero ahora es cuando empieza la parte práctica. ¿No estoy ya demasiado agotado por la teórica? Por supuesto, demasiado agotado. Es parte de mi destino. Aun así echo mano lo mejor que puedo a la botella

que me tiende, la descorcho temblando, al lograrlo van surgiendo poco a poco nuevas fuerzas, levanto la botella sin apenas diferenciarme del original, me la llevo a la boca y… y la tiro con asco, con asco, a pesar de que está vacía y solo la llena el olor, la tiro al suelo con asco, lejos de mí. Para desconsuelo de mi maestro, pero para mayor desconsuelo de mí mismo; ni a él ni a mí nos sirve de consuelo que después de haber tirado la botella no olvide rascarme estupendamente la barriga y sonreír picaronamente al hacerlo.

La clase transcurría así con demasiada frecuencia. Y en honor a mi maestro: nunca se enfadó; cierto que a veces me acercaba la pipa encendida a la piel, hasta que empezaba a chamuscarse en alguna parte a la que yo llegaba con mucha dificultad, pero entonces él apagaba la quemadura con su mano, gigantesca y bondadosa; no se enfadaba conmigo, reconocía que luchábamos en el mismo bando contra la naturaleza simiesca y que yo llevaba la peor parte.

Pero qué victoria para él y para mí cuando una noche, ante un amplio círculo de espectadores (tal vez fuera una fiesta, sonaba un gramófono, se oía hablar a un oficial entre la gente), cuando esa noche, precisamente sin que nadie me viera, cogí una botella de aguardiente que habían dejado por descuido delante de mi jaula, la descorché ante la creciente atención del grupo, me la llevé a la boca sin pensarlo y, sin torcer el gesto, cual bebedor profesional, haciendo círculos con los ojos, echándomelo todo al gaznate, la vacié por completo y tiré la botella, ya no como un desesperado, sino como un artista. Cierto que olvidé acariciarme la barriga, pero a cambio, como no podía remediarlo, como algo me impulsaba a hacerlo porque me embriagaban los sentidos…, resumiendo, que grité «¡hola!» y produje un sonido humano; con ese grito entré de un brinco en la sociedad de los humanos y, como un beso por todo mi cuerpo bañado en sudor, sentí su eco: «¡Escuchad, está hablando!».

Lo repito: no me seducía imitar a los hombres, imitaba porque buscaba una salida, por ningún otro motivo. Tampoco es que hubiera conseguido mucho con semejante victoria. Enseguida volvió a fallarme la voz; la recuperé pasados unos meses, aunque la repugnancia ante la botella de aguardiente volvió incluso con más fuerza. Pero, en cualquier caso, mi dirección estaba determinada de una vez por todas.

Cuando en Hamburgo me entregaron al primer domador, enseguida vi las dos posibilidades que tenía ante mí: jardín zoológico o teatro de variedades. Me dije: «Concentra todas tus fuerzas en que te lleven al teatro de variedades, allí está la salida; el jardín zoológico no es más

que una nueva jaula: si entras en ella, estás perdido».

Y aprendí, señores míos. ¡Ay!, se aprende cuando hay que aprender, se aprende cuando se busca una salida, se aprende sin consideraciones. Se vigila uno a sí mismo con el látigo y se fustiga a la mínima resistencia. Mi naturaleza simiesca salió y se alejó de mí dando volteretas de tal modo que hasta mi primer maestro casi se convirtió en mono, tuvo que dejar la clase y tuvieron que internarlo en un sanatorio. Por fortuna volvió a salir al poco tiempo.

Pero desgasté a muchos maestros, incluso a varios al mismo tiempo. Cuando ya estuve seguro de mis capacidades, cuando la opinión pública seguía mis progresos y mi futuro empezaba a vislumbrarse, yo mismo contrataba a mis maestros, los hacía sentarse en cinco habitaciones consecutivas y aprendía de todos a la vez, saltando sin parar de una habitación a otra.

¡Vaya unos progresos! ¡Vaya una irrupción de los rayos del conocimiento que llegan desde todos los rincones al cerebro que despierta! No lo niego: me hacía feliz. Pero confieso también que ya entonces no lo sobrevaloraba, hoy mucho menos. Gracias a un esfuerzo que hasta ahora no ha vuelto a repetirse en el mundo he alcanzado la formación media de un europeo. Esto en sí tal vez no sería nada, pero lo es en tanto que me ayudó a salir de la jaula y me procuró esa salida excepcional, esa salida humana. Hay una expresión estupenda que lo resume: desaparecer a la chita callando. Eso fue lo que hice, desaparecí a la chita callando. No tenía otra opción, partiendo siempre de la base de que no podía elegir la libertad.

Cuando echo un vistazo a mi evolución y a lo que ha logrado hasta ahora ni me quejo ni me siento satisfecho. Las manos en los bolsillos de los pantalones, la botella de vino en la mesa, medio me tumbo, medio me siento en la mecedora y miro por la ventana. Si vienen visitas, las recibo como corresponde. Mi empresario está en la antesala; si toco el timbre, viene y escucha lo que tengo que decirle. Por la noche casi siempre hay función y obtengo éxitos que apenas pueden superarse. Si por la noche vuelvo tarde a casa de banquetes, de reuniones científicas o de agradables veladas, me espera una pequeña chimpancé medio amaestrada y, a la manera de los monos, me dejo complacer en su compañía. De día no quiero verla, porque tiene en la mirada la turbación del animal domado y desconcertado; pero solo yo me doy cuenta y no puedo soportarlo.

En suma, he conseguido, sea como sea, lo que quería conseguir. Que no se diga que no ha merecido la pena. Por lo demás, no quiero la

opinión de ningún hombre, tan solo quiero difundir conocimientos; tan solo informo, también a ustedes, excelentísimos señores de la Academia, no he hecho más que informarles.

[1] Así denominaron los colonizadores europeos a la costa occidental del golfo de Guinea, en la actual Ghana. (*N. de la T.)*.

[2] Se refiere a la compañía fundada por Gottfried Claes Carl Hagenbeck (1810 − 1887), un exitoso tratante de animales de Hamburgo. Su hijo Carl (1844 − 1913) continuó con el negocio y fundó el zoológico de Stellingen, en las cercanías de la ciudad, con el que revolucionó la arquitectura de estos parques al crear espacios naturales como hábitat para los animales. (*N. de la T.)*.

Katherine Mansfield

LA MOSCA

(1922)

—Qué cómodo está usted aquí —dijo el viejo señor Woodifield con voz aflautada, asomándose por el gran sillón de cuero verde que había junto a la mesa de su amigo y jefe como se asoma un niño en su cochecito.

La conversación había terminado; ya era hora de irse, pero no quería marcharse. Desde que se había jubilado, desde el… ataque, su esposa y sus hijas lo tenían encerrado en casa todos los días menos los martes. Los martes lo vestían, lo acicalaban y le permitían pasar el día en el centro de Londres, aunque ni su esposa ni sus hijas podían imaginarse qué hacía allí. Importunar a sus amigos, suponían… Y quizá así fuera. Sin embargo, nos aferramos a nuestros últimos placeres como el árbol se aferra a sus últimas hojas. Por eso el viejo Woodifield estaba allí sentado, fumando un puro y observando ávidamente al jefe que se desplazaba en su silla de oficina, robusto y rosado, cinco años mayor pero todavía fuerte, todavía al pie del cañón. Daba gusto verlo.

Con añoranza, con admiración, la voz anciana añadió:

—Pues sí, ¡esto es comodísimo!

—Cierto, es bastante agradable —asintió el jefe mientras pasaba las hojas del *Financial Times* con un abrecartas. Y en verdad estaba orgulloso de su despacho y le gustaba que lo admirasen, sobre todo si el admirador era el viejo Woodifield. Le producía una honda satisfacción estar plantado allí, ante ese viejo frágil envuelto en su bufanda.

—Lo he renovado hace poco —explicó, como ya hacía varias semanas, ¿cuántas?, que explicaba—. Alfombra nueva —Y señaló la

alfombra de un rojo intenso con círculos blancos—. Muebles nuevos. —Y apuntó a la enorme librería y la mesa con patas como melaza retorcida—. ¡Calefacción eléctrica! —exclamó, casi eufórico, señalando las cinco salchichas nacaradas, transparentes, que refulgían suavemente en el inclinado recipiente de cobre.

Pero no le señaló al viejo Woodifield la fotografía que había sobre la mesa de un muchacho de aspecto serio, uniformado, posando en uno de esos parques espectrales de estudio fotográfico con un fondo de tempestuosas nubes fotográficas. Aquel retrato no era nuevo. Hacía más de seis años que estaba allí.

—Había algo que quería contarle —dijo el viejo Woodifield, y se le nublaron los ojos al intentar recordar—. ¿Qué era? Lo tenía en la cabeza cuando he salido de casa esta mañana.

Le empezaron a temblar las manos y unas manchas sonrojadas le asomaron por encima de la barba.

«Pobre viejo, está en las últimas», pensó el jefe. Y en un arrebato de bondad, le guiñó el ojo y le dijo, jocoso:

—Ya sé. Tengo unas gotitas de algo que le sentará muy bien antes de volver a salir al frío. Es magnífico. No le haría daño ni a un niño. —Con una llave de su leontina, abrió el armarito que había debajo de la mesa y sacó una botella cuadrada y oscura—. Esta es la medicina —dijo—. El hombre que me la trajo me aseguró confidencialmente que procedía de las bodegas del castillo de Windsor.

El viejo Woodifield se quedó boquiabierto al verla. Si el jefe le hubiera sacado un conejo, no se habría mostrado más sorprendido.

—Es *whisky*, ¿verdad? —dijo con voz débil.

El jefe le dio la vuelta a la botella y le enseñó la etiqueta con cariño. Era *whisky*.

—¿Sabe que en casa no me dejan ni tocarlo? —dijo, mirando al jefe con perplejidad. Y pareció que iba a echarse a llorar.

—Pero de estas cosas nosotros sabemos algo más que las señoras —exclamó el jefe, que se inclinó sobre la mesa para coger dos vasos que estaban junto a la botella de agua y sirvió un dedo generoso en ambos —. Bébaselo de un trago. Le sentará bien. Y no le ponga agua. ¡Es un sacrilegio estropear un *whisky* así! ¡Ah!

Apuró su vaso, sacó el pañuelo, se secó rápidamente el bigote y le guiñó el ojo al viejo Woodifield, que todavía saboreaba el suyo.

Finalmente el anciano se lo bebió, y guardó un instante en silencio antes de decir con voz débil:

—Es amaderado.

Pero el *whisky* le hizo entrar en calor. Se deslizó por su viejo cerebro helado… y recordó.

—¡Eso era! —dijo, incorporándose en su sillón—. He pensado que le gustaría saberlo. La semana pasada mis hijas fueron a Bélgica a visitar la tumba del pobre Reggie, y resulta que también encontraron la de su hijo. Se ve que están muy cerca.

El viejo Woodifield se detuvo, pero el jefe no dijo nada. Solo un temblor en los párpados mostró que lo había oído.

—Las chicas quedaron encantadas con lo cuidado que está el lugar —dijo la voz aflautada—. Lo tienen precioso. Nuestros hijos no estarían mejor en casa. Usted no lo ha visitado, ¿verdad?

—¡No, no! —Por varias razones el jefe no lo había visitado.

—Es inmenso, y tan pulcro como un jardín. Crecen flores en todas las tumbas. Hay unos senderos agradables y anchos.

Quedó patente por su voz cuánto le gustaban los senderos agradables y anchos.

Siguió otra pausa. Luego el anciano se animó muchísimo.

—¿Sabe cuánto les cobraron a las chicas en el hotel por un tarro de mermelada? ¡Diez francos! Un robo, me parece a mí. Era un tarro pequeño, dice Gertrude, del tamaño de media corona. Solo había tomado una cucharada y le cobraron diez francos. Gertrude se llevó el tarro para darles una lección. Me parece bien, porque hacen negocio a costa de nuestros sentimientos. Creen que, como vamos hasta allí, estamos dispuestos a pagar lo que sea. Eso creen.

Y se volvió hacia la puerta.

—¡Bien dicho, muy bien dicho! —exclamó el jefe, aunque no tenía ni idea de a qué se refería. Rodeó su mesa, siguió los pasos vacilantes hasta la entrada y se despidió del anciano. Woodifield se había ido.

El jefe se quedó largo rato mirando al vacío mientras el conserje, un hombre de pelo cano, lo observaba entrando y saliendo de su cubículo como un perro espera a que lo saquen a pasear. Luego dijo:

—Estaré media hora sin ver a nadie, Macey. ¿Comprendido? A nadie.

—Muy bien, señor.

La puerta se cerró, los pasos pesados y firmes volvieron a cruzar la alfombra roja, el cuerpo grueso se derrumbó en la silla giratoria e, inclinándose hacia delante, el jefe se cubrió la cara con las manos. Quería, pretendía, había decidido llorar…

Que el viejo Woodifield le hiciera ese comentario sobre la tumba del muchacho lo había perturbado muchísimo. Exactamente como si la tierra se abriese y lo viera tendido allí, con las hijas de Woodifield mirándolo. Porque curiosamente, aunque habían pasado seis años, el jefe se imaginaba a su hijo como era antes, sin cambios, impecable en su uniforme, dormido para siempre.

—¡Hijo mío! —gimió. Pero las lágrimas no brotaban. Antes, durante los primeros meses e incluso los primeros años posteriores a la muerte del chico, en cuanto pronunciaba esas palabras sentía una pena tan honda que solo podía aliviarla un arrebato violento de llanto. El paso del tiempo, había declarado entonces, había dicho a todo el mundo, no cambiaría nada. Quizá otros hombres llegaran a recuperarse, quizá mitigaran su dolor, pero él no. ¿Cómo iba a ser posible? Era su único hijo. Desde que nació, se había dedicado a levantar aquel negocio para él; no tenía ningún sentido si no era para el muchacho. La vida misma no había tenido más sentido que ese. ¿Por qué demonios se habría sacrificado y esclavizado durante tantos años de no ser por la promesa de que su hijo lo reemplazaría para seguir adelante donde él lo había dejado?

Y esa promesa había estado a punto de cumplirse. Antes de la guerra, el chico estuvo un año trabajando en el despacho, aprendiendo el oficio. Todas las mañanas habían salido juntos de casa y juntos habían regresado en el mismo tren. ¡Y cuántas felicitaciones había recibido por ser su padre! No le extrañaba; su hijo se desenvolvía muy bien en el trabajo. En cuanto a su popularidad entre el personal, todos sin excepción, hasta el viejo Macey, hablaban maravillas. Y no era nada malcriado, no. Era alegre y natural, con la palabra adecuada para todo el mundo, con aquel aire juvenil y su costumbre de decir: «¡Es maravilloso!».

Pero todo eso había acabado como si nunca hubiese existido. Un día Macey le había entregado el telegrama que hizo que se le cayera el mundo encima. «Lamentamos profundamente informarle…». Y había salido del despacho como un hombre destrozado, con toda su vida en ruinas.

Hacía seis años, seis años… ¡Cómo pasaba el tiempo! Parecía que había sido ayer. El jefe apartó las manos de la cara; estaba perplejo. Algo no acababa de funcionar. No sentía lo que quería sentir. Decidió levantarse y mirar la fotografía del chico. Pero aquel no era su retrato preferido; la expresión resultaba poco natural. Era fría, severa incluso. Su hijo nunca había puesto esa cara.

Justo entonces vio que una mosca se había caído en su amplio tintero e intentaba, débil pero desesperadamente, volver a salir. «¡Socorro! ¡Socorro!», decía el forcejeo de sus patitas. Pero como los bordes del tintero estaban húmedos y resbaladizos, la mosca volvió a caerse y empezó a nadar. El jefe cogió una pluma, sacó a la mosca del tintero y la dejó en un papel secante. La mosca permaneció inmóvil una décima de segundo en la mancha oscura que se extendía a su alrededor. Después las patas delanteras temblaron, se afianzaron y, levantando el empapado cuerpecillo, inició la inmensa tarea de limpiarse la tinta de las alas. Por arriba y por abajo, por arriba y por abajo, pasó la pata por el ala como la piedra afila arriba y abajo la guadaña. Luego siguió una pausa mientras la mosca, que parecía andar de puntillas, intentaba desplegar primero un ala y luego la otra. Lo consiguió por fin y, sentándose, empezó, como un gato diminuto, a limpiarse la cara. Daba ahora la impresión de que se frotaba las patitas delanteras con ligereza y alegría. El terrible peligro había pasado; se había salvado y se preparaba nuevamente para la vida.

Pero entonces el jefe tuvo una idea. Hundió de nuevo la pluma en el tintero, apoyó la gruesa muñeca en el papel secante y, mientras la mosca comprobaba sus alas, le tiró encima una gota grande y pesada. ¿Cómo reaccionaría? ¿A ver, cómo? La pobrecilla se quedó totalmente acobardada, aturdida, con miedo a moverse por lo que podría pasar. Luego empezó a avanzar un poco, arrastrándose, como si le doliera. Las patas delanteras temblaron, se afianzaron y, esta vez más despacio, reanudó la tarea desde el principio.

«Es valiente este bichejo», pensó, y sintió verdadera admiración por el coraje de la mosca. Así había que enfrentarse a las cosas, con esa tenacidad. Nunca darse por vencido; era solo una cuestión de… Pero la mosca había terminado de nuevo su laboriosa tarea y el jefe apenas tuvo tiempo de volver a mojar la pluma y descargar en aquel cuerpo recién lavado otra gota oscura. ¿Qué pasaría esta vez? Siguió un doloroso momento de suspense. Pero atención, las patas delanteras volvían a moverse; el jefe, aliviado, se inclinó sobre la mosca y le dijo con ternura: «Qué astuta eres, tunanta…». Hasta se le ocurrió la brillante idea de soplarle encima para ayudarle en el proceso de secado. Sin embargo, en los esfuerzos de la mosca había ahora algo tímido y débil, y mientras mojaba la pluma en el tintero el jefe decidió que esa sería la última vez.

Y lo fue. La última gota cayó en el empapado papel secante y la mosca, aplastada, ya no volvió a moverse. Las patas traseras se habían

quedado pegadas al cuerpo; las delanteras no se veían.

—Vamos —dijo el jefe—. ¡Espabila!

Y la movió con la pluma, en vano. No pasó nada, ni era probable que pasara. La mosca estaba muerta.

El jefe levanto el cadáver con la punta del abrecartas y lo tiró a la papelera. Entonces lo invadió una sensación de tristeza tan absoluta que se asustó. Se inclinó hacia el timbre y llamó a Macey.

—Tráigame un secante nuevo —le dijo con severidad—. Rapidito.

Y mientras el viejo perro iba silenciosamente a buscarlo, él empezó a preguntarse en qué estaba pensando antes. ¿Qué era? Era… Se secó la nuca con el pañuelo. No se acordaría ni que lo matasen.

Arthur Conan Doyle

LA MELENA DE LEÓN

(1926)

Resulta de lo más singular que un problema tan complejo e insólito como muchos de los que había investigado en mi prolongada vida profesional me llegase ya jubilado y se presentara, por así decirlo, en la misma puerta de mi casa. Sucedió después de retirarme a mi hogar en Sussex, cuando estaba entregado por completo a esa apacible vida campestre que tanto había anhelado durante los largos años que pasé en el sombrío Londres. En este período de mi vida apenas tenía noticias del bueno de Watson que, a lo sumo, venía a verme algún que otro fin de semana. Así que ejerceré de mi propio cronista. Ay, de haber estado él conmigo, ¡cuánto jugo habría sacado de un suceso tan asombroso, y de mi triunfo final contra viento y marea! Pero así son las cosas y no me queda otra que contar esta historia a mi humilde manera, exponiendo con mis propias palabras cada paso del difícil camino que recorrí al investigar el misterio de la melena de león.

Mi casa se encuentra en la vertiente sur de los Downs y tiene grandes vistas al Canal. En esta zona, el litoral está formado por acantilados de caliza que solo permiten el descenso por un único sendero largo y tortuoso, muy empinado y resbaladizo. Al pie del sendero hay unos cien metros de guijarros que se mantienen incluso con marea alta. Sin embargo, los desniveles y concavidades se convierten aquí y allá en pozas espléndidas que se llenan de nuevo con cada pleamar. Esta playa admirable se extiende varios kilómetros en ambas direcciones, salvo en un punto donde la interrumpen la pequeña ensenada y el pueblo de Fulworth.

La casa está aislada. Mi vieja ama de llaves, mis abejas y yo tenemos

todo el terreno para nosotros. No obstante, a poco menos de un kilómetro se encuentra The Gables, el conocido centro de enseñanza de Harold Stackhurst, donde una veintena de jóvenes se prepara para diferentes profesiones con una plantilla de varios maestros. En su día, el mismo Stackhurst fue un célebre remero de élite y un destacado estudiante en todos los sentidos. Entablamos una relación de amistad en cuanto llegué a la región, y nos teníamos tal confianza que por las tardes podíamos presentarnos en la casa del otro sin necesidad de avisar.

A finales de julio de 1907 se produjo un fuerte temporal. El viento que soplaba del Canal acumuló el mar al pie de los acantilados y dejó una laguna al retirarse la marea. En la mañana de la que hablo, el vendaval había amainado y toda la naturaleza parecía recién lavada y fresca. Resultaba imposible trabajar en un día tan fabuloso y fui a dar un paseo antes del desayuno para disfrutar de aquel aire exquisito. Andaba por el camino del acantilado que lleva al empinado sendero de la playa cuando oí un grito a mis espaldas, y allí estaba Harold Stackhurst, saludándome alegremente con la mano.

—¡Menuda mañana hace, señor Holmes! Ya me he imaginado que lo vería paseando.

—Va a darse un chapuzón, por lo que veo.

—Usted siempre con sus viejos trucos. —Rio Stackhurst, dando unas palmaditas a su abultado bolsillo—. Sí. McPherson ha salido temprano y espero encontrármelo allí.

Fitzroy McPherson era el profesor de Ciencias, un joven honorable cuya vida se había resentido debido a una afección cardíaca consecuencia de unas fiebres reumáticas. Sin embargo, era un atleta nato que destacaba en cualquier deporte que no le exigiera un esfuerzo excesivo. Solía ir a nadar fuese verano o invierno; como yo también soy nadador, lo había acompañado a menudo.

Justo entonces lo vimos. Su cabeza asomó por el borde del acantilado, donde termina el sendero, y después apareció el resto del cuerpo, tambaleándose como si estuviera ebrio. Enseguida levantó los brazos y, con un alarido espantoso, cayó de bruces al suelo. Stackhurst y yo nos acercamos corriendo —nos separaban unos cincuenta metros— y lo pusimos boca arriba. Agonizaba. Los ojos vidriosos y hundidos y las mejillas exangües no podían significar nada más. Un destello de vida animó su rostro un instante y pronunció unas palabras, ansioso, en tono de advertencia. Sonaron confusas e incomprensibles, pero me pareció

oír que las últimas que brotaron de sus labios con un grito fueron «la melena de león». Eran irrelevantes, incomprensibles, pero no logré encontrar otro significado a lo que había articulado. Luego se incorporó a medias del suelo, levantó los brazos y se desplomó sobre un costado. Había muerto.

Mi compañero se quedó paralizado por aquel horror inesperado, pero yo, como cabe suponer, puse en alerta todos mis sentidos. Y bien que hacía falta, pues enseguida se hizo evidente que estábamos ante un caso extraordinario. Aquel hombre solo llevaba un abrigo Burberry, unos pantalones y zapatillas de lona sin atar. El abrigo, puesto sobre los hombros, le había resbalado al caer, dejando su torso al descubierto. Lo observamos sin salir de nuestro asombro. Tenía la espalda cubierta de unas líneas rojas, como si lo hubiesen azotado sin piedad con un fino látigo de alambre. El instrumento con el que le habían infligido semejante castigo era claramente flexible, ya que las marcas largas e inflamadas se curvaban alrededor de los hombros y las costillas. Le goteaba sangre de la barbilla porque se había mordido el labio inferior en el paroxismo de su agonía. Su cara tensa y desfigurada mostraba cuán terrible había sido.

Estaba yo arrodillado y Stackhurst de pie junto al cadáver cuando una sombra se proyectó sobre nosotros e Ian Murdoch apareció a nuestro lado. Murdoch era el profesor de Matemáticas del colegio, un hombre alto, moreno y delgado, tan taciturno y distante que nadie podía decir que fuese amigo suyo. Parecía vivir en una elevada región abstracta de números irracionales y secciones cónicas, con poco que lo vinculara a la vida corriente. Los estudiantes lo consideraban un bicho raro y se habrían burlado de él de no ser porque en las venas de aquel hombre había algo extraño y exótico que se percibía no solo en sus ojos negros como el carbón y su tez oscura, sino también en ocasionales arrebatos de cólera que solo podían describirse como violentos. En una ocasión en que le estaba molestando un perrito que pertenecía a McPherson, levantó al animalillo y lo lanzó contra el cristal de la ventana, un acto por el que Stackhurst lo habría despedido de no haber sido un profesor de gran valía. Así era el hombre extravagante y complejo que había aparecido junto a nosotros. Parecía sinceramente consternado por lo que veía, aunque el incidente del perro hiciera pensar que el muerto y él no se tenían mucha simpatía.

—¡Pobre hombre! ¡Pobre hombre! ¿Qué puedo hacer? ¿Cómo puedo ayudar?

—¿Estaba usted con él? ¿Puede decirnos qué ha ocu—

rrido?

—No, no, esta mañana iba con retraso, no me he acercado a la playa. Vengo directamente del colegio. ¿Qué puedo hacer?

—Corra a la comisaría de Fulworth. Infórmeles enseguida de lo ocurrido.

Salió a la carrera sin pronunciar palabra y yo procedí a hacerme cargo de la situación mientras Stackhurst, aturdido por la tragedia, se quedaba junto al cadáver. Naturalmente, lo primero que hice fue comprobar quién había en la playa. Desde lo alto del camino veía toda su extensión y estaba desierta salvo por dos o tres figuras lejanas que se dirigían al pueblo de Fulworth. Una vez comprobado este punto, bajé lentamente por el sendero. La caliza estaba mezclada con barro o marga blanda y vi aquí y allá las mismas huellas, tanto de subida como de bajada. Esa mañana nadie más había pasado por el camino a la playa. En un punto concreto, observé la huella de una mano abierta con los dedos hacia arriba. Eso solo podía significar que el pobre McPherson se había caído al subir. También había depresiones redondeadas que sugerían que había caído de rodillas más de una vez. Al pie del sendero se extendía la considerable laguna que había dejado la marea al retirarse. McPherson se había desvestido en la orilla porque allí, en una roca, seguía su toalla. Estaba doblada y seca, lo que daba a entender que, sin embargo, no había entrado en el agua. Mientras inspeccionaba la zona, descubrí un par de veces, entre los duros guijarros, zonas de arena blanda donde se veía la huella de sus zapatillas de lona y también de sus pies descalzos. Eso último demostraba que estaba dispuesto a bañarse, aunque la toalla indicaba que finalmente no lo había conseguido.

Y he aquí el problema claramente definido, tan extraño como tantos a los que me había enfrentado antes. Aquel hombre no había estado en la playa más que un cuarto de hora, a lo sumo. De eso no cabía duda, pues Stackhurst lo había seguido desde el colegio. Había bajado para bañarse y se había desvestido, como demostraban las huellas de sus pies descalzos. Pero entonces, de pronto, se había vuelto a vestir apresuradamente —sus prendas estaban desarregladas, sin abrochar— para emprender el regreso sin bañarse, o al menos sin secarse con la toalla. El motivo de ese cambio de propósito era que lo habían azotado de una forma salvaje e inhumana, que lo habían torturado hasta desgarrársele el labio en su agonía, y que lo habían dejado con apenas un hilo de fuerza para alejarse a rastras y morir. ¿Quién había cometido aquella brutalidad? Es cierto que había pequeñas grutas y cuevas al pie

del acantilado, pero el sol bajo las alumbraba de pleno y no había allí lugar donde ocultarse. También estaban las figuras distantes de la playa. Parecían demasiado alejadas para guardar relación con el crimen y la amplia laguna donde McPherson tenía intención de bañarse se interponía entre ellos porque el oleaje llegaba a las rocas. En el mar, a escasa distancia, había un par de barcas de pesca. Ya habría tiempo de interrogar a sus ocupantes. Tenía varias vías de investigación, pero ninguna con un objetivo definido.

Cuando finalmente volví junto al cadáver, un pequeño grupo de curiosos se había congregado a su alrededor. Stackhurst, por supuesto, seguía allí, e Ian Murdoch acababa de llegar con Anderson, el corpulento policía local de bigote pelirrojo que pertenecía a la lenta y maciza raza de Sussex, cuyos miembros ocultan mucho sentido común bajo su aspecto torpe y callado. Escuchó y tomó nota de todo lo que le dijimos y por último me llevó aparte.

—Agradecería contar con su consejo, señor Holmes. Este es un asunto que me viene grande y me las veré con el mando de Lewes si tropiezo.

Le aconsejé que llamase a su superior inmediato y a un médico; también que no permitiera que moviesen nada y que procurasen añadir el menor número de huellas hasta que los otros llegaran. Entretanto registré los bolsillos del muerto. Contenían un pañuelo, una navaja grande y un pequeño tarjetero plegable del que asomaba un papel, que desdoblé y entregué al policía. Alguien había escrito con letra femenina:

Allí estaré, no lo dudes. MAUDIE

Lo interpreté como un asunto amoroso, una cita, aunque el lugar y la hora eran una incógnita. El policía lo guardó en el tarjetero y lo devolvió con los otros objetos a los bolsillos del abrigo. Luego, como nada más podía hacerse, volví a mi casa a desayunar, no sin antes haber dispuesto que inspeccionaran minuciosamente la base del acantilado.

Stackhurst pasó por mi casa unas horas después para decirme que habían trasladado el cadáver a The Gables, donde se llevaría a cabo la investigación. Traía noticias importantes y concretas. Como me esperaba, no habían encontrado nada en las pequeñas grutas al pie del acantilado, pero él había registrado el escritorio de McPherson y varias cartas demostraban una correspondencia íntima con una tal señorita Maud Bellamy, de Fulworth. Habíamos establecido, por tanto, la identidad de la autora de la nota.

—La policía tiene las cartas —me explicó—. No he podido traerlas.

Pero no cabe duda de que era una relación amorosa seria. Sin embargo, no veo motivos para vincularla a este terrible acontecimiento, a menos que la dama en cuestión tuviese una cita con él.

—Pero no sería en la poza donde todos ustedes suelen bañarse —comenté.

—De pura casualidad no había varios estudiantes con McPherson.

—¿Ha sido realmente una casualidad?

Stackhurst frunció el ceño, pensativo.

—Ian Murdoch los retuvo. Se empeñó en hacer una demostración de álgebra antes de desayunar. Pobre muchacho, está afectadísimo por lo ocurrido.

—Pero tenía entendido que no eran lo que se dice amigos.

—No lo fueron durante un tiempo. Pero desde hace un año, quizá más, Murdoch mantenía con McPherson una relación tan estrecha como nunca la tuvo con nadie. No es de naturaleza muy sociable.

—Eso tenía entendido. Creo recordar que usted me habló de una discusión relacionada con el maltrato de un perro.

—Eso estaba olvidado.

—Pero quizá quedara cierto rencor.

—No, no, estoy seguro de que eran verdaderos amigos.

—Bien, pues en tal caso habrá que investigar el asunto de la chica. ¿Usted la conoce?

—Todo el mundo la conoce. Es la belleza del lugar; una auténtica beldad, Holmes, de las que llaman la atención allá por donde pasan. Sabía que McPherson se sentía atraído por ella, pero no tenía ni idea de que la cosa había ido tan lejos como parecen indicar esas cartas.

—Pero ¿quién es?

—La hija del viejo Tom Bellamy, el dueño de todas las barcas y casetas de baño de Fulworth. Empezó siendo pescador, pero ahora es un hombre acomodado. Lleva el negocio con su hijo, William.

—¿Vamos a Fulworth para verlos?

—¿Con qué excusa?

—Ya encontraremos alguna. A fin de cuentas, ese pobre hombre no se maltrató a sí mismo de esa forma tan atroz. Una mano humana empuñaba el látigo, si en efecto fue un látigo lo que le infligió esas heridas. Su círculo de amistades en este lugar solitario tenía que ser reducido. Si tiramos del hilo, probablemente encontraremos el motivo del crimen, lo que a su vez nos llevará al criminal.

Habría sido un paseo agradable por las colinas perfumadas de tomillo si no nos hubiese emponzoñado la tragedia que habíamos presenciado. El pueblo de Fulworth se encuentra en una hondonada que se curva en semicírculo alrededor de la bahía. En una pendiente detrás de la antigua aldea se han construido varias casas modernas. Stackhurst me condujo a una de ellas.

—Esa es la casa, que Bellamy bautizó como El Puerto. La de la torre en la esquina y el tejado de pizarra. No está mal para un hombre que empezó de la nada, pero… ¡Por Dios, mire eso!

La puerta de la casa se había abierto y de allí salía un hombre. La figura alta, angulosa y desgarbada resultaba inconfundible. Era Ian Murdoch, el matemático. Poco después nos lo cruzamos en la calle.

—¡Hola! —dijo Stackhurst.

El otro saludó con la cabeza, nos miró de reojo con sus inquisitivos ojos oscuros y habría pasado de largo si su director no le hubiese obligado a detenerse.

—¿Qué estaba haciendo aquí? —preguntó Stackhurst.

Murdoch se sonrojó de ira.

—Soy su subordinado, señor, cuando estoy bajo su techo. No veo que tenga que rendirle cuentas de mis acciones privadas.

Stackhurst tenía los nervios a flor de piel después de todo lo que había pasado. De lo contrario, quizá se hubiese contenido. Pero perdió los estribos.

—En las presentes circunstancias su respuesta es de lo más impertinente, señor Murdoch.

—Lo mismo podría decirse de su pregunta.

—Esta no es la primera vez que paso por alto su insubordinación. Y tenga por seguro que será la última. Sea tan amable de hacer los preparativos pertinentes para marcharse lo antes posible.

—Ya era esa mi intención. Hoy he perdido a la única persona que hacía habitable el colegio.

Y siguió su camino, mientras Stackhurst se lo quedaba mirando con expresión enojada.

—¿No le parece un hombre insufrible, intolerable? —exclamó.

Lo único que me llamaba poderosamente la atención era que el señor Ian Murdoch había aprovechado la primera oportunidad que se le presentaba para escapar del escenario del crimen. Una sospecha vaga y nebulosa empezaba a formarse en mi cabeza. Quizá la visita a los Bellamy arrojara cierta luz sobre este asunto. Stackhurst se serenó y nos

dirigimos a la casa.

El señor Bellamy era un hombre de mediana edad con una barba de un rojo encendido. Se le veía muy enojado y pronto la cara se le puso tan colorada como el pelo.

—No, señor, no deseo conocer ningún detalle. Mi hijo, aquí presente —señaló a un joven fuerte de expresión grave y huraña en un rincón de la sala—, coincide conmigo en que las atenciones del señor McPherson hacia Maud eran insultantes. Sí, señor, la palabra *matrimonio* nunca se mencionó, y hubo sin embargo cartas, encuentros y mucho más que ninguno de nosotros aprobaría. Ella no tiene madre y somos sus únicos guardianes. Estamos decididos a…

Pero la aparición de la joven le quitó las palabras de la boca. Era innegable que habría distinguido con su presencia cualquier reunión. ¿Quién podía imaginar que una flor tan singular podía crecer de tales raíces y en semejante lugar? Pocas veces he sentido atracción por las mujeres porque mi cerebro siempre ha dominado mi corazón, pero en cuanto contemplé aquel rostro de facciones perfectas, con todo el suave frescor de los valles en su delicada tez, comprendí que ningún joven podía cruzarse en su camino y salir indemne. Así era la mujer que había abierto la puerta y se detenía ahora, con una mirada intensa y penetrante, ante Harold Stackhurst.

—Ya sé que Fitzroy ha muerto —dijo—. Cuénteme los detalles sin miedo.

—Ese otro conocido tuyo ya nos ha dado la noticia —intervino el padre.

—No hay ningún motivo para involucrar a mi hermana en el asunto —gruñó el hombre más joven.

Ella se volvió para fulminarlo con la mirada.

—Esto es asunto mío, William. Por favor, deja que lo lleve a mi manera. Es evidente que se ha cometido un crimen. Ayudar a demostrar quién ha sido es lo menos que puedo hacer por el fallecido.

Escuchó el breve relato de mi acompañante con una concentración serena que me mostró que además de una gran belleza poseía un fuerte carácter. Siempre recordaré a Maud Bellamy como una mujer entera y extraordinaria. Al parecer ya me conocía de vista, porque al final se volvió hacia mí.

—Llévelos ante la justicia, señor Holmes. Sean quienes sean, cuenta usted con mi apoyo y mi ayuda.

Tuve la impresión de que miraba desafiante a su padre y a su

hermano mientras hablaba.

—Gracias —le dije—. Valoro el instinto de una mujer en estos casos. Veo que habla en plural. ¿Cree que hay más de una persona implicada?

—Conocía al señor McPherson lo suficiente para saber que era un hombre valeroso y fuerte. Nadie podría haberle infligido semejante atrocidad sin ayuda.

—¿Podemos hablar un momento a solas?

—Maud, no te metas en esto —gritó su padre, muy enfadado.

Ella me miró con expresión de impotencia.

—¿Qué puedo hacer?

—Todos van a enterarse muy pronto de lo ocurrido, por lo que no hará ningún daño que lo tratemos aquí —dije yo—. Habría preferido hablar en privado, pero si su padre no lo permite, tendrá que estar presente en nuestras deliberaciones. —Luego le hablé de la nota hallada en el bolsillo del fallecido—. Sin duda aparecerá en la investigación. ¿Podría aclararla en la medida de lo posible?

—No veo ninguna razón para esconderlo —respondió ella—. Estábamos comprometidos e íbamos a casarnos; solo lo manteníamos en secreto porque el tío de Fitzroy, que es muy anciano y que, según dicen, está muriéndose, lo habría desheredado si se hubiese casado en contra de su voluntad. No había otro motivo.

—Nos lo podrías haber dicho —refunfuñó el señor Bellamy.

—Lo habría hecho, padre, si te hubieras mostrado mínimamente comprensivo.

—Me niego a que mi hija se vea con hombres que no estén a la altura de su posición.

—Fueron tus prejuicios contra él los que impidieron que te lo contásemos. En cuanto a esa nota… —Rebuscó en su vestido y sacó un papel arrugado— Era una respuesta a esta.

El mensaje rezaba:

> *QUERIDA*:
> *El martes en la playa, en el sitio de siempre, en cuanto oscurezca.*
> *Es el único momento en que puedo escaparme.*
> *F. M.*

—Hoy es martes e iba a encontrarme con él esta noche.

Le di la vuelta a la nota.

—No la ha recibido por correo. ¿Cómo ha llegado a sus manos?

—Preferiría no responder a esa pregunta. Le aseguro que no tiene nada que ver con el motivo de su investigación. Pero le responderé con absoluta libertad a todo lo que guarde relación con él.

Cumplió su palabra, pero no dijo nada que nos ayudara en nuestras pesquisas. No tenía razones para pensar que su prometido tuviese enemigos ocultos, aunque sí admitió que ella había tenido algunos fervientes admiradores.

—¿Puedo preguntarle si el señor Ian Murdoch era uno de ellos?

Maud Bellamy se sonrojó y pareció confundida.

—Hubo un tiempo en que así lo creí. Pero todo cambió cuando entendió la relación que había entre Fitzroy y yo.

Una vez más me pareció que la sombra de aquel hombre extraño iba tomando una forma más concreta. Habría que examinar sus antecedentes y su habitación tendría que registrarse discretamente. Stackhurst estaría dispuesto a colaborar, porque también él empezaba a albergar sospechas. Volvimos de nuestra visita con la esperanza de que un cabo suelto de este enrevesado asunto ya estuviera en nuestras manos.

Pasó una semana. La investigación no había arrojado ninguna luz sobre lo ocurrido y se aplazó hasta la aparición de nuevas pruebas. Stackhurst había investigado discretamente a su subordinado y había registrado de forma superficial su habitación, sin resultados. Yo, por mi parte, había vuelto a revisarlo todo, tanto física como mentalmente, sin llegar a nuevas conclusiones. En ninguna de mis crónicas encontrará el lector otro caso que me llevara tan al límite de mis capacidades. Ni siquiera mi imaginación lograba concebir una solución para el misterio. Y entonces ocurrió el incidente del perro.

Fue mi vieja ama de llaves quien se enteró, por esa curiosa telegrafía que hace que personas como ella siempre estén al corriente de las noticias del campo.

—Una historia muy triste, señor, la del perro de McPherson —me dijo una tarde.

No fomento tales conversaciones, pero sus palabras me intrigaron.

—¿Qué le ha pasado al perro de McPherson?

—Ha muerto, señor. Ha muerto de pena por su amo.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Caray, señor, todo el mundo lo sabe. Se lo había tomado muy mal y llevaba una semana sin comer. Y hoy dos jóvenes caballeros del colegio lo han encontrado muerto abajo, en la playa, justo en el mismo

lugar donde falleció su amo.

«Justo en el mismo lugar». Esas palabras se me quedaron grabadas y empecé a intuir que aquello era de vital importancia. Que el perro muriese formaba parte de la naturaleza generosa y fiel de los canes, pero ¡«en el mismo lugar»! ¿Por qué esa playa solitaria tenía que ser fatídica para él? ¿Era posible que también lo hubiesen sacrificado a causa de alguna venganza? ¿Era posible…? Sí, no era más que un vago presentimiento, pero algo empezaba a tomar forma en mi cabeza. Poco después me encaminé al colegio, donde encontré a Stackhurst en su estudio. A petición mía mandó llamar a Sudbury y Blunt, los dos estudiantes que habían encontrado al perro.

—Sí, estaba al borde mismo de la poza —dijo uno de ellos—. Habría seguido el rastro de su difunto dueño.

Vi al fiel animalito, un airdale terrier, tendido en la estera del vestíbulo. El cuerpo estaba tieso y rígido, con los ojos desorbitados y los miembros retorcidos. La viva imagen del sufrimiento.

Salí de allí y fui andando hasta la poza. El sol se había puesto y la sombra del gran acantilado se proyectaba negra en el agua, que resplandecía de forma apagada, como una lámina de plomo. El lugar estaba desierto y no había ninguna señal de vida, a excepción de dos aves marinas que volaban en círculos, chillando. En aquella luz tenue apenas pude distinguir la huellas del perrito en la arena, alrededor de la misma roca donde había estado la toalla de su amo. Medité largo rato mientras las sombras se oscurecían a mi alrededor. Las ideas se me agolpaban en la cabeza. Sin duda sabrán lo que se siente cuando en una pesadilla buscamos algo fundamental que sabemos que está ahí, pero se resiste, inalcanzable. Pues así me sentí esa tarde, mientras estaba solo en aquel mortífero lugar. Finalmente di media vuelta y volví lentamente a casa.

Había llegado a lo alto del sendero cuando caí en la cuenta. De pronto recordé aquello que tanto me había esforzado en determinar. Como los lectores sabrán, si es que Watson no ha escrito inútilmente, poseo un vasto acerbo de conocimientos extravagantes sin sistema científico alguno, pero que siempre procuro tener a mano dadas mis necesidades laborales. Mi cabeza es como un desván atestado de paquetes de todo tipo, tantos que es muy posible que solo tenga una percepción imprecisa de lo que contiene. Estaba convencido de que había algo que quizá guardase relación con este asunto. Seguía siendo un vago presentimiento, pero al menos sabía cómo podía esclarecerlo. Aunque resultaba monstruoso, increíble, era, sin embargo, una

posibilidad. Y mi intención era comprobarlo.

Tengo en mi humilde morada una gran buhardilla repleta de libros. En ella me sumergí y rebusqué durante una hora, hasta emerger con un pequeño volumen color chocolate y plata. Busqué con impaciencia el capítulo que recordaba vagamente. Sí, era una hipótesis improbable e inverosímil y, sin embargo, no estaría tranquilo hasta asegurarme de que así fuera. Era tarde cuando me acosté, ansioso por emprender mi tarea a la mañana siguiente.

Pero dicha tarea tropezó con una molesta interrupción. Acababa de terminarme mi taza de té matinal y me disponía a salir hacia la playa cuando recibí la visita del inspector Bardle, de la comisaría de Sussex: un hombre inalterable, macizo y obtuso, de ojos pensativos que ahora me miraban con expresión preocupada.

—Estoy al corriente de su inmensa experiencia, señor —me dijo—. Esta visita es extraoficial y no hace falta que nada de lo que digamos salga de aquí. Pero es que me veo en un dilema con el caso de McPherson. La pregunta es: ¿debo arrestarlo o no?

—¿Se refiere al señor Ian Murdoch?

—Sí, señor. Es que si lo piensa bien no hay nadie más. Esa es la ventaja de este lugar tan solitario. Todo queda reducido a un pequeño número de personas. ¿Quién pudo hacerlo, si no fue él?

—¿Qué tiene en su contra?

Había considerado los mismos elementos que yo. Estaba el carácter de Murdoch y el misterio que parecía envolverlo. Sus furiosos arrebatos de ira, como quedó demostrado con el incidente del perro. El hecho de que se hubiera peleado con McPherson en el pasado y que hubiese razones para pensar que podía estar resentido por las atenciones de McPherson hacia la señorita Bellamy. Bardle tenía los mismos argumentos que yo, pero ninguno nuevo salvo que Murdoch parecía estar haciendo todos los preparativos para marcharse.

—¿Cómo quedaría yo si le dejo escapar con tantas pruebas en su contra?

Aquel hombre corpulento y flemático estaba muy preo—

cupado.

—Considere todas las lagunas esenciales de su caso —le dije—. Seguramente Murdoch tiene una coartada para la mañana del crimen. Estuvo con sus alumnos hasta el último momento, y a los pocos minutos de aparecer McPherson se nos acercó por detrás. También tenga en cuenta que es del todo imposible que él solo infligiera semejante

atrocidad a un hombre tan fuerte como McPherson. Por último, está la cuestión del instrumento causante de las heridas.

—¿Qué pudo ser, más que un flagelo o algún tipo de látigo flexible?

—¿Ha examinado las marcas? —le pregunté.

—Las he visto, y el médico también.

—Yo las he examinado concienzudamente con una lupa. Tienen peculiaridades.

—¿Cuáles, señor Holmes?

Me dirigí a mi escritorio y saqué una fotografía ampliada.

—Este es mi método en casos así —le expliqué.

—Desde luego es usted un hombre minucioso, señor Holmes.

—De lo contrario no sería quien soy. Veamos ahora este verdugón que se extiende por el hombro derecho. ¿No observa nada fuera de lo común?

—La verdad es que no.

—Es evidente que no muestra la misma intensidad. Hay un derrame de sangre aquí y otro allá. Y algo similar ocurre en el cardenal de aquí abajo. ¿Qué puede significar?

—Yo no tengo ni idea. ¿Y usted?

—Puede que sí. Puede que no. Quizá muy pronto esté en posición de decirle algo más. Cuando logremos concretar qué hizo esas marcas, estaremos mucho más cerca de encontrar al criminal.

—Ya sé que es una idea absurda —dijo el policía—, pero si una malla de alambre al rojo vivo le hubiese golpeado en la espalda, los puntos más marcados señalarían el lugar donde se cruzan los alambres.

—Una comparación de lo más ingeniosa. ¿O podríamos hablar de un látigo de nueve colas con pequeños nudos?

—Caramba, señor Holmes, creo que ha dado usted en el clavo.

—O quizá se trate de una causa totalmente distinta, señor Bardle. Pero su caso es demasiado frágil para proceder a un arresto. Además, tenemos esas últimas palabras: la «melena de león».

—Me pregunto si Ian…

—Sí, también he considerado que quizá «Ian» podría haber sonado como «león». Pero es que lo dijo gritando. Estoy seguro de que pronunció «león».

—¿Tiene alguna alternativa, señor Holmes?

—Es posible. Pero prefiero no mencionarla hasta contar con argumentos más sólidos.

—¿Y eso cuándo será?

—Dentro de una hora…, probablemente menos.

El inspector se frotó la barbilla y me miró, indeciso.

—Ojalá pudiera leerle el pensamiento, señor Holmes. A lo mejor fueron esas barcas de pesca.

—No, no, estaban demasiado lejos.

—Pues, entonces, ¿fueron Bellamy y ese hijo grandullón suyo? No es que tuvieran al señor McPherson en gran estima. ¿Pudieron hacerle semejante maldad?

—No, no me sacará nada hasta que esté listo —dije con una sonrisa —. Bien, inspector, los dos tenemos trabajo que hacer. Si quisiera pasar a verme al mediodía…

Y en esas estábamos cuando se produjo la tremenda interrupción que supuso el principio del fin.

La puerta se abrió de golpe, se oyeron pasos torpes en el pasillo e Ian Murdoch entró tambaleándose en la habitación, pálido, desgreñado, con la ropa desordenada, agarrándose a los muebles con sus huesudas manos para mantenerse erguido.

—*¡Brandy! ¡Brandy!* —dijo jadeando, y se desplomó gimiendo en el sofá.

No estaba solo. Detrás de él venía Stackhurst, sin sombrero, sin aliento y casi tan trastornado como su acompañante.

—¡Sí, sí, *brandy*! —gritó—. Este hombre está en las últimas. He hecho cuanto estaba en mi mano para traerlo aquí. Se ha desmayado dos veces en el camino.

Medio vaso de aguardiente produjo un cambio asombroso. Murdoch se incorporó apoyándose en un brazo y se quitó el abrigo de los hombros.

—¡Por Dios, traigan aceite, opio, morfina! —exclamó—. ¡Algo que alivie este dolor infernal!

El inspector y yo gritamos al verla. Allí, cruzándole el hombro desnudo, había la misma extraña retícula de líneas rojas e inflamadas que había sido la marca mortal de Fitzroy McPherson.

El dolor era claramente terrible y no solo local, pues la respiración de la víctima se interrumpía, se le ennegrecía el rostro y luego, con fuertes jadeos, se llevaba la mano al corazón mientras sudaba copiosamente. Podía morir de un momento a otro. Le hicimos beber más y más *brandy*, pues cada nuevo trago lo devolvía a la vida. Unas compresas de algodón empapadas en aceite parecieron mitigar la

tortura de aquellas extrañas heridas. Por fin, su cabeza cayó pesadamente sobre el cojín. La naturaleza, agotada, se había refugiado en su último reducto de vitalidad. Se encontraba entre el sueño y el desmayo, pero al menos eso lo libraba del dolor.

Interrogarlo había sido imposible, pero en cuanto nos aseguramos de que su estado parecía estabilizarse, Stackhurst se volvió hacia mí.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¿Qué es, Holmes? ¿Qué es esto?

—¿Dónde lo ha encontrado?

—Abajo, en la playa. Exactamente donde el pobre McPherson encontró su final. Si el corazón de este hombre hubiese sido tan débil como el de McPherson, no se encontraría ahora entre nosotros. Más de una vez he creído que lo perdía de camino hacia aquí. Como el colegio quedaba demasiado lejos, lo he traído a su casa.

—¿Lo ha visto en la playa?

—Paseaba por el acantilado cuando lo he oído gritar. Estaba en la orilla del agua, tambaleándose como un borracho. He bajado corriendo, le he echado unas prendas por encima y lo he ayudado a subir. Por el amor de Dios, Holmes, utilice todos sus recursos y no escatime esfuerzos para acabar con la maldición de este lugar, porque la vida se está volviendo insoportable. ¿No puede usted, con toda su reputación mundial, hacer algo por nosotros?

—Creo que sí, Stackhurst. ¡Venga conmigo! Y usted, inspector, ¡acompáñenos! Veamos si podemos entregarle a este asesino.

Dejamos al hombre inconsciente al cuidado de mi ama de llaves y los tres bajamos a la mortífera laguna. En los guijarros había amontonadas algunas toallas y las prendas que había dejado el herido. Rodeé lentamente la orilla, con mis camaradas siguiéndome en fila india. La mayor parte de la poza era poco profunda, pero bajo el acantilado, donde la playa formaba una hondonada, tendría un metro y medio de profundidad. Era aquí donde naturalmente se dirigiría un nadador, pues formaba un hermoso estanque de un verde trasparente y cristalino. Una hilera de rocas se extendía por encima, en la base del acantilado, y me encaramé a ellas para observar ansiosamente las profundidades que había debajo. Había llegado a la poza más profunda y tranquila cuando mis ojos descubrieron lo que buscaban y solté un grito triunfal.

—*¡Cyanea!* —exclamé—. *¡Cyanea!* ¡He aquí la melena de león!

Y, en efecto, el extraño objeto que señalaba sí que parecía una maraña arrancada de la melena de un león. Se encontraba sobre una

cornisa rocosa a un metro bajo el agua: un curioso animal velludo que vibraba y ondeaba, con vetas doradas entre sus mechones amarillos. Palpitaba con dilataciones y contracciones lentas y pesadas.

—¡Ya ha hecho bastante daño! ¡Ha llegado su hora! —exclamé—. ¡Ayúdeme, Stackhurst! ¡Acabemos para siempre con el asesino!

Había una gran piedra justo encima de la cornisa y la empujamos hasta que se hundió ruidosamente en el agua. Cuando se aquietaron las ondas, vimos que la roca había caído sobre la cornisa de abajo. Un extremo ondulante de membrana amarilla mostraba que nuestra víctima estaba debajo. Supuraba un residuo espeso y aceitoso que manchaba el agua y ascendía lentamente a la superficie.

—¡Si no lo veo no lo creo! —gritó el inspector—. ¿Qué era eso, señor Holmes? He nacido y me he criado en la región y nunca había visto nada igual. Esa cosa no es de Sussex.

—Pues mejor para Sussex —comenté—. La habrá traído hasta aquí la tempestad del sudoeste. Vuelvan los dos a mi casa y les contaré la terrible experiencia de un hombre con buenas razones para recordar su propio encuentro con el mismo peligro de los mares.

Cuando llegamos a mi estudio, Murdoch estaba ya tan recuperado que podía sentarse. Se sentía aturdido y de vez en cuando le sobrevenía un ataque de dolor. Nos explicó, balbuciendo, que no tenía la menor idea de lo que le había ocurrido, salvo que de pronto había notado unas punzadas espantosas y había tenido que hacer acopio de todas sus fuerzas para llegar a la orilla.

—Tengo aquí un libro —dije, tomando el pequeño volumen— que iluminó lo que podría haber sido una eterna oscuridad. Es *Out of Doors*, del famoso observador de la naturaleza J. G. Wood. El propio Wood estuvo a punto de perecer a causa de esta vil criatura, por lo que escribió con pleno conocimiento de causa. *Cyanea capillata* es el nombre completo de la malhechora, cuya picadura puede ser tan mortal, y mucho más dolorosa, que la mordedura de la cobra. Permítanme que les lea este breve pasaje:

Si el bañista viera una masa informe y redondeada de membranas y fibras leonadas, similares a una larga melena de león y papel plateado, que se ponga en guardia, pues se trata de la temible medusa *Cyanea capillata*.

—¿Se puede describir más claramente a nuestra siniestra conocida?

»El autor continúa narrando su propio experiencia con una de ellas mientras nadaba en la costa de Kent. Descubrió que el animal irradiaba

filamentos casi invisibles a una distancia de quince metros y que cualquiera que se encontrara dentro de ese perímetro letal corría peligro de muerte. Incluso a dicha distancia, el efecto en Wood fue casi fatal:

Los numerosos hilos provocaron que apareciesen en la piel unas líneas de color escarlata que, examinadas más de cerca, parecían componerse de diminutos puntos o pústulas en cuyo interior, por así decirlo, un aguijón al rojo vivo penetraba hasta los nervios.

—El dolor local, explica, era lo menos grave del intenso tormento:

Las punzadas me atravesaron el pecho e hicieron que me desplomara como si hubiese recibido un disparo. El pulso se detenía y luego el corazón daba cinco o seis saltos, como si quisiera salirse del pecho.

—Aquello casi lo mató, aunque solo había estado expuesto en un agitado mar abierto y no en las aguas apacibles y contenidas de una poza. Afirma que después apenas podía reconocerse de tan blanca, arrugada y consumida que se le había quedado la cara. Bebió una botella entera de *brandy* y parece que eso le salvó la vida. Aquí tiene el libro, inspector. Lo dejo en sus manos, le aseguro que explica a la perfección la tragedia del pobre McPherson.

—Y de paso me absuelve —comentó Ian Murdoch con una sonrisa sarcástica—. No le culpo, inspector, ni a usted, señor Holmes, pues es natural que sospecharan. Supongo que he conseguido librarme de mi inminente arresto compartiendo el destino de mi pobre amigo.

—No, señor Murdoch. Yo ya andaba sobre la pista, y si hubiese salido de casa tan temprano como pretendía, quizá lo habría salvado de esta experiencia terrorífica.

—Pero ¿cómo lo supo, señor Holmes?

—Soy un lector omnívoro con una extraña capacidad retentiva para las nimiedades. No dejaba de darle vueltas a esas palabras, «la melena de león»; sabía que las había leído en un contexto poco común. Ya han visto ustedes con qué precisión describen al animal. No me cabe duda de que estaba flotando en el agua cuando McPherson lo vio, y que esas palabras fueron las únicas que creyó que nos alertarían de la presencia del ser que le había causado la muerte.

—Entonces ya no se me considera sospechoso —dijo Murdoch, poniéndose lentamente en pie—. Debería darles algunas explicaciones, porque sé en qué dirección iba su investigación. Es cierto que estaba enamorado de esa joven, pero desde el día en que eligió a mi amigo McPherson, mi único deseo fue ayudarla a ser feliz. Me contenté con

hacerme a un lado y actuar como su mensajero. Solía llevarles sus notas, y como confiaban en mí y yo la apreciaba tanto, corrí a informarla de la muerte de mi amigo antes de que alguien se me adelantara de una forma más violenta y cruel. Ella no quiso hablarle de nuestra relación por temor a que usted lo desaprobara y yo pudiera sufrir. Pero, con su permiso, intentaré volver al colegio, porque agradecería poder acostarme.

Stackhurst le tendió la mano.

—Los nervios nos han jugado a todos una mala pasada —dijo—. Discúlpeme por el pasado, Murdoch. En el futuro nos entenderemos mucho mejor.

Salieron juntos del brazo, como buenos amigos. El inspector se quedó, mirándome en silencio con sus ojos bovinos.

—Vaya, vaya, ¡lo ha conseguido! —exclamó por fin—. Había leído historias sobre usted, pero no acababa de creérmelas. ¡Es asombroso!

Me vi obligado a negar con la cabeza. Aceptar semejante halago equivalía a rebajarme.

—Al inicio fui lento, lento de una forma imperdonable. Si hubiésemos encontrado el cadáver en el mar, difícilmente lo habría pasado por alto. Fue la toalla lo que me despistó. Al pobre hombre no se le había ocurrido secarse, y eso me hizo pensar que no había entrado en el agua. ¿Por qué, entonces, iba a sospechar del ataque de un animal marino? Y ahí me desencaminé. Verá, inspector, me he burlado muchas veces de los caballeros de la Policía, pero *Cyanea capillata* ha estado a punto de vengar a Scotland Yard.

Richard Matheson

BEBE MI SANGRE

(1951)

Los inquilinos de la manzana llegaron definitivamente a la conclusión de que Jules estaba loco cuando oyeron hablar de su redacción.

Sus sospechas se habían prolongado durante largo tiempo.

La mirada inexpresiva de Jules hacía estremecerse a la gente. El contraste entre su frágil cuerpo y su voz áspera y gutural parecía poco natural. La palidez de su piel trastornaba a muchos niños. Era como si le colgara suelta alrededor de la carne. Detestaba la luz del sol.

Y sus ideas estaban un tanto fuera de lugar para la gente que vivía en la manzana.

Jules quería ser vampiro.

Todo el mundo sabía que había nacido una noche en la que el viento arrancaba los árboles de cuajo. Decían que nació con tres dientes y que los utilizó para adherirse al seno materno y extraer sangre junto con la leche.

Decían que, una vez había oscurecido, se reía socarronamente y gritaba en su cuna. Decían que, a los dos meses de edad, caminaba y se sentaba a contemplar la luna siempre que brillaba.

Tales eran las cosas que la gente decía.

Sus padres siempre estaban preocupados por él. Como era hijo único, enseguida observaron sus defectos.

Creyeron que era ciego hasta que el médico les dijo que solo tenía la mirada vacua. Les dijo que Jules, con su voluminosa cabeza, lo mismo podría ser un genio que un idiota. Resultó que era un idiota.

No pronunció una sola palabra hasta los cinco años. Entonces, una noche, a la hora de la cena, se sentó a la mesa y dijo:

—Muerte.

Sus padres estuvieron divididos entre el júbilo y la repugnancia. Finalmente se decantaron por un punto entre ambos sentimientos. Decidieron que Jules no podía haberse percatado de lo que significaba aquella palabra.

Pero Jules lo hizo.

A partir de esa noche, adquirió un vocabulario tan amplio que cuantos le conocían estaban asombrados. No solo asimilaba cada palabra que le decían, sino también las de los letreros, las revistas y los libros, y creaba sus propias palabras.

Como «palpanoche». O «matamor». En realidad se trataba de varias palabras fusionadas unas con otras. Expresaban cosas que Jules sentía pero que no podía explicar con otras palabras.

Se sentaba en el porche mientras los demás niños jugaban a la rayuela, el béisbol improvisado y otros juegos. Se quedaba allí sentado, contemplaba la acera e inventaba palabras.

Hasta los doce años de edad, Jules se vio casi totalmente libre de percances. Es verdad que cierta vez le sorprendieron desnudando a Olive Jones en un callejón, y que otra vez le descubrieron cuando diseccionaba un gatito en su cama.

Pero entre ambos sucesos transcurrieron varios años, y esos escándalos se olvidaron.

En general, su infancia transcurrió sin que provocara a la gente más que desagrado.

Fue a la escuela pero jamás estudió. Tuvo que dedicar dos o tres períodos académicos por curso. Todos los profesores le conocían por su nombre de pila. En ciertos temas, como lectura y escritura, era casi brillante.

En otros era un negado sin remedio.

Un sábado, cuando tenía doce años, Jules fue al cine y vio *Drácula*.

Al finalizar la proyección, convertido en una masa de nervios palpitantes, avanzó entre las hileras de niñas y niños.

Fue a casa, se encerró en el baño y permaneció allí dos horas.

Sus padres golpearon la puerta y lo amenazaron, pero él no quería salir.

Finalmente abrió la puerta y se sentó a la mesa para cenar. Tenía una venda en un dedo pulgar y una expresión de satisfacción en el

rostro.

A la mañana siguiente fue a la biblioteca. Era domingo. Se pasó el día entero sentado en los escalones, esperando a que abrieran, hasta que emprendió el camino de regreso a casa.

A la mañana siguiente volvió a la biblioteca en vez de ir a la escuela.

Encontró *Drácula* en los estantes. No podía pedirlo prestado porque no era socio de la biblioteca, y para serlo tenía que presentar a uno de sus padres.

Así pues, se metió el libro bajo los pantalones, salió de la biblioteca y nunca lo devolvió.

Fue al parque, tomó asiento y leyó el libro de principio a fin. Anochecía antes de que lo hubiera terminado.

Empezó de nuevo por la primera página, leyendo mientras corría, de una farola a otra, hasta llegar a su casa.

No oyó una sola palabra del rapapolvo que le dieron por haberse perdido el almuerzo y la cena. Comió, se encerró en su cuarto y leyó el libro hasta terminarlo. Le preguntaron de dónde había sacado el ejemplar. Él dijo que se lo había encontrado.

Jules se pasaba los días leyendo el relato una y otra vez. Nunca iba a la escuela.

Por la noche, a altas horas, cuando se había quedado dormido de cansancio, su madre llevaba el libro a la sala de estar y se lo mostraba a su marido.

Una noche observaron que Jules había subrayado a lápiz ciertas frases con temblorosas líneas.

Por ejemplo: «Los labios de la joven estaban húmedos de sangre, y unas gotas le corrían por la barbilla, manchando su inmaculada mortaja».

O también: «Cuando la sangre empezó a brotar, me asió fuertemente las manos con una de las suyas y con la otra me tomó del cuello y presionó la boca contra la herida…».

Al ver esto su madre arrojó el libro al vertedor de basuras.

A la mañana siguiente, cuando Jules descubrió que el libro no estaba, se puso a gritar y retorció el brazo de su madre hasta que le dijo dónde se hallaba.

Entonces bajó corriendo al sótano y buscó entre los montones de basura hasta que lo encontró.

Con posos de café y yema de huevo en las manos y las muñecas, fue al parque y lo leyó de nuevo.

A lo largo de un mes leyó el libro con avidez. Tal era entonces su conocimiento del texto que lo dejó de lado y se dedicó a pensar en él.

Los avisos de sus faltas de asistencia a la escuela se sucedían. Su madre ponía el grito en el cielo. Jules decidió volver al colegio durante una temporada.

Quería escribir una redacción.

Un día la escribió en clase. Cuando todos los alumnos hubieron terminado de escribir, la profesora preguntó si alguno quería leer su redacción a la clase.

Jules levantó la mano.

La profesora estaba sorprendida, pero se sentía caritativa y quería estimularle. Retrajo un poco la minúscula y puntiaguda barbilla al sonreír.

—De acuerdo —dijo—. Prestad atención, chicos. Jules va a leernos su redacción.

Jules se puso en pie. Estaba emocionado. Sus manos temblorosas agitaban el papel.

—«Mi ambición», por…

—Ven a ponerte delante de la clase, querido Jules.

Jules dio unos pasos y se colocó delante de la clase. La profesora sonreía con afecto. Jules empezó de nuevo.

—«Mi ambición», por Jules Drácula.

La sonrisa flaqueó.

—«Cuando crezca quiero ser un vampiro».

Un espasmo frunció los labios sonrientes de la profesora y los ojos se le salieron de las órbitas.

—«Quiero vivir eternamente, ajustar cuentas con todo el mundo y convertir en vampiros a todas las chicas. Quiero oler a muerte».

—¡Jules!

—«Quiero tener un aliento fétido que apeste a tierra muerta, criptas y dulces ataúdes».

La profesora se estremeció. Sus manos se crisparon sobre el secante verde. No podía dar crédito a sus oídos. Miró a los alumnos. Estaban boquiabiertos. Algunos de ellos soltaban risitas nerviosas. Pero no las niñas.

—«Quiero estar frío y tener la carne podrida con sangre robada en las venas».

—Ya es… ¡aaagh!

La profesora se aclaró la garganta vigorosamente.

—Ya es suficiente, Jules —le dijo.

Jules siguió leyendo en un tono más alto y apremiante.

—«Quiero hundir mis terribles dientes blancos en los cuellos de mis víctimas. Quiero que…».

—¡Jules! ¡Vuelve a tu sitio ahora mismo!

—«Quiero que se deslicen como cuchillas de afeitar por la carne y las venas» —leyó el muchacho brutalmente.

La profesora se levantó como impulsada por un resorte. Los niños temblaban. Ninguno de ellos reía.

—«Entonces quiero retirar los dientes, dejar que la sangre fluya despacio en mi boca, corra cálida por mi garganta y…».

La profesora le agarró de un brazo. Jules se zafó de ella y corrió a un rincón. Parapetado detrás de un taburete, gritó:

—«¡Y gotee desde mi lengua y se desprenda de mis labios y caiga sobre las gargantas de mis víctimas! ¡Quiero beber la sangre de las chicas!».

La profesora se le echó encima. Lo sacó a rastras del rincón. Él la arañó, gritando sin cesar, mientras lo sacaba del aula y lo llevaba al despacho del director.

—¡Esa es mi ambición! ¡Esa es mi ambición! ¡Esa es mi ambición!

Era macabro.

Encerraron a Jules en su habitación. La profesora y el director hablaron con sus padres. Los tonos de sus voces eran sepulcrales.

Les refirieron la escena.

En toda la manzana de casas, los padres hablaban de ello. Al principio, la mayoría no lo creyeron, pensaron que sus hijos se lo inventaban.

Entonces pensaron en qué horribles serían los hijos que habían criado si pudieran inventarse tales cosas.

Así pues, les creyeron.

A partir de entonces todo el mundo observaba a Jules como un halcón. La gente evitaba tocarlo o mirarlo. Los padres sacaban a sus hijos de la calle cuando él se acercaba. Todo el mundo contaba chismes sobre él.

Hubo más notificaciones de falta de asistencia al colegio.

Jules le dijo a su madre que no iría más a la escuela. No hubo manera de hacerle cambiar de idea. No volvió jamás.

Cuando un inspector se presentaba en la casa de Jules para hablar con los padres de su falta a clase, el chico corría por los tejados hasta que estaba muy lejos de su hogar.

De esta manera perdió todo un año escolar.

Erraba por las calles en busca de algo, pero no sabía qué. Miraba en los callejones. Miraba en los cubos de basura. Miraba en los solares. Miraba en el lado este y en el lado oeste y en el centro.

No podía encontrar lo que quería.

Apenas dormía. Nunca hablaba. Siempre iba con la vista gacha. Olvidó sus palabras especiales.

Y entonces…

Un día Jules estaba en el parque y se dio una vuelta por el zoo.

Una corriente eléctrica le recorrió el cuerpo cuando vio al murciélago.

Abrió desmesuradamente los ojos y su ancha sonrisa reveló el brillo mortecino de sus dientes descoloridos.

A partir de aquel día, Jules iba diariamente al zoo y miraba al vampiro. Hablaba con él y lo llamaba conde. En lo más hondo de su ser estaba convencido de que realmente era un hombre que se había transformado.

Un deseo irrefrenable de conocimiento se apoderó de él.

Robó otro libro de la biblioteca. Trataba de la fauna salvaje.

Buscó la página sobre los vampiros. La arrancó y tiró el libro.

Se aprendió la sección de memoria.

Sabía cómo el vampiro producía la herida. Cómo bebía la sangre a lengüetazos, semejante a un gatito tomando leche. Cómo caminaba sobre las puntas de las alas plegadas y las patas traseras, como una araña negra peluda. Por qué no se alimentaba de nada más que de sangre.

Un mes tras otro Jules contemplaba al vampiro y le hablaba. Llegó a ser el único consuelo de su vida. El único símbolo de sueños convertidos en realidad.

Un día Jules observó que la parte inferior de la cubierta de alambre de la jaula se había soltado.

Miró a su alrededor, con los ojos negros inquietos. No había nadie mirando. Era un día nublado. Apenas había visitantes.

Jules tiró del alambre.

Se movió un poco.

Entonces vio que un hombre salía de la casa de los monos. Jules retiró la mano y se alejó silbando una tonada que acababa de inventarse.

A altas horas de la noche, cuando se le creía durmiendo, pasaba descalzo delante de la habitación de sus padres. Les oía roncar. Se apresuraba a salir de casa, se calzaba los zapatos y corría al zoo.

Cada vez que el guardián no estaba cerca, Jules tiraba de la tela metálica.

La iba soltando.

Cuando había terminado y tenía que correr de regreso a casa, empujaba el alambre de nuevo. Nadie vería la diferencia.

Todos los días Jules permanecía ante la jaula, miraba al conde, se reía y le decía que pronto volvería a ser libre.

Le contaba todo lo que sabía. Le decía que iba a practicar el descenso de paredes de cabeza abajo.

Le dijo al conde que no se preocupara, pronto se vería libre de su encierro. Entonces, juntos, podrían ir por ahí y beber la sangre de las chicas.

Una noche Jules tiró de la tela metálica y se arrastró por debajo hasta entrar en la jaula.

Estaba muy oscuro.

Avanzó de rodillas hasta la casita de madera. Prestó atención, por si oía chillar al conde.

Introdujo un brazo en la negra entrada, sin dejar de susurrar.

Se sobresaltó al notar un pinchazo en un dedo.

Con una expresión de gran placer en su delgado rostro, Jules atrajo hacia sí al peludo y aleteante vampiro.

Salió de la jaula con él, se alejó corriendo del zoo y del parque. Corrió por las calles silenciosas.

Estaba amaneciendo, la luz volvía gris el oscuro cielo. No podía volver a casa. Tenía que encontrar un sitio apropiado.

Entró en un callejón y saltó una valla. Sujetaba con fuerza al vampiro, que lamía el hilillo de sangre que le manaba del dedo.

Cruzó un jardín y entró en una pequeña cabaña abandonada.

El interior era oscuro y estaba húmedo, lleno de cascotes, latas, cartones mojados y excrementos.

Jules se aseguró de que no había ningún riesgo de que el vampiro se escapara.

Entonces cerró la puerta y puso un palo en la anilla metálica.

El corazón le latía con fuerza y sus miembros se estremecían.

Soltó al vampiro. Este voló a un rincón oscuro y se colgó de un travesaño de madera.

Jules se quitó febrilmente la camisa. Le temblaban los labios y tenía una sonrisa de demente.

De un bolsillo de los pantalones sacó una navaja que le había robado a su madre.

La abrió y deslizó un dedo por la hoja. El acero rasgó la carne.

Con dedos temblorosos, se pinchó en la garganta y se hizo un corte. La sangre le corrió entre los dedos.

—¡Conde! ¡Conde! —gritó, presa de un júbilo frenético—. ¡Bebe mi roja sangre! ¡Bébeme! ¡Bébeme!

Tropezó con las latas, resbaló y buscó a tientas al vampiro. Este saltó del travesaño, cruzó volando la cabaña y se sujetó en el otro lado.

Las lágrimas corrían por las mejillas de Jules.

Apretó los dientes. La sangre se deslizaba por los hombros y el delgado y lampiño pecho.

Los escalofríos sacudían su cuerpo enfebrecido. Avanzó tambaleándose hacia el otro lado. Tropezó, cayó y se desgarró el costado con el afilado borde de una lata.

Extendió las manos, asió al vampiro y se lo puso contra la garganta. Se sentó en la tierra fría y mojada. Exhaló un suspiro.

Empezó a gemir y a aferrarse el pecho. Sentía náuseas. El negro vampiro bebía en silencio la sangre que le brotaba del cuello.

Jules notaba que iba perdiendo poco a poco la vida.

Pensó en los años transcurridos. La espera. Sus padres. La escuela. Drácula. Los sueños. Todo para llegar a eso, aquella gloria repentina.

Parpadeó y abrió los ojos.

El lado de la hedionda cabaña oscilaba ante él.

Le resultaba difícil respirar. Abrió la boca para coger una bocanada de aire. Lo aspiró. Estaba viciado. Le hizo toser. Su delgado cuerpo fue presa de espasmos en el frío suelo.

Las brumas que llenaban su cerebro se fueron disipando.

Una tras otra, como velos retirados.

De repente una terrible claridad llenó su mente.

Supo que yacía semidesnudo sobre basura y estaba dejando que un vampiro le chupara la sangre.

Con un grito ahogado, se quitó del cuello el peludo y palpitante vampiro y lo arrojó lejos de sí. El animal volvió, abanicándole la cara con trepidantes alas.

Jules se puso de pie tambaleándose.

A tientas se dirigió a la puerta. Apenas podía ver. Trató de evitar que la garganta le sangrara tanto.

Logró abrir la puerta.

Entonces salió dando tumbos al oscuro jardín y se desplomó de bruces sobre las largas briznas de hierba.

Intentó pedir ayuda a gritos.

Pero ningún sonido, salvo un burbujeo que era una parodia de palabras, salió de sus labios.

Oyó el aleteo.

Entonces, de repente, el aleteo cesó.

Unos dedos fuertes lo alzaron suavemente. El moribundo Jules vio a un hombre alto y oscuro cuyos ojos brillaban como rubíes.

—Hijo mío —le dijo.

Julio Cortázar

AXOLOTL

(1956)

Hubo un tiempo en que yo pensaba mucho en los axolotl. Iba a verlos al acuario del Jardin des Plantes y me quedaba horas mirándolos, observando su inmovilidad, sus oscuros movimientos. Ahora soy un axolotl.

El azar me llevó hasta ellos una mañana de primavera en que París abría su cola de pavo real después de la lenta invernada. Bajé por el bulevar de Port Royal, tomé St. Marcel y L'Hôpital, vi los verdes entre tanto gris y me acordé de los leones. Era amigo de los leones y las panteras, pero nunca había entrado en el húmedo y oscuro edificio de los acuarios. Dejé mi bicicleta contra las rejas y fui a ver los tulipanes. Los leones estaban feos y tristes y mi pantera dormía. Opté por los acuarios, soslayé peces vulgares hasta dar inesperadamente con los axolotl. Me quedé una hora mirándolos, y salí incapaz de otra cosa.

En la biblioteca Saint-Geneviève consulté un diccionario y supe que los axolotl son formas larvales, provistas de branquias, de una especie de batracios del género amblistoma. Que eran mexicanos lo sabía ya por ellos mismos, por sus pequeños rostros rosados aztecas y el cartel en lo alto del acuario. Leí que se han encontrado ejemplares en África capaces de vivir en tierra durante los períodos de sequía, y que continúan su vida en el agua al llegar la estación de las lluvias. Encontré su nombre español, *ajolote*, la mención de que son comestibles y que su aceite se usaba (se diría que no se usa más) como el de hígado de bacalao.

No quise consultar obras especializadas, pero volví al día siguiente al Jardin des Plantes. Empecé a ir todas las mañanas, a veces de

mañana y de tarde. El guardián de los acuarios sonreía perplejo al recibir el billete. Me apoyaba en la barra de hierro que bordea los acuarios y me ponía a mirarlos. No hay nada de extraño en esto porque desde un primer momento comprendí que estábamos vinculados, que algo infinitamente perdido y distante seguía sin embargo uniéndonos. Me había bastado detenerme aquella primera mañana ante el cristal donde unas burbujas corrían en el agua. Los axolotl se amontonaban en el mezquino y angosto (solo yo puedo saber cuán angosto y mezquino) piso de piedra y musgo del acuario. Había nueve ejemplares y la mayoría apoyaba la cabeza contra el cristal, mirando con sus ojos de oro a los que se acercaban. Turbado, casi avergonzado, sentí como una impudicia asomarme a esas figuras silenciosas e inmóviles aglomeradas en el fondo del acuario. Aislé mentalmente una situada a la derecha y algo separada de las otras para estudiarla mejor. Vi un cuerpecito rosado y como translúcido (pensé en las estatuillas chinas de cristal lechoso), semejante a un pequeño lagarto de quince centímetros, terminado en una cola de pez de una delicadeza extraordinaria, la parte más sensible de nuestro cuerpo. Por el lomo le corría una aleta transparente que se fusionaba con la cola, pero lo que me obsesionó fueron las patas, de una finura sutilísima, acabadas en menudos dedos, en uñas minuciosamente humanas. Y entonces descubrí sus ojos, su cara, dos orificios como cabezas de alfiler, enteramente de un oro transparente carentes de toda vida pero mirando, dejándose penetrar por mi mirada que parecía pasar a través del punto áureo y perderse en un diáfano misterio interior. Un delgadísimo halo negro rodeaba el ojo y los inscribía en la carne rosa, en la piedra rosa de la cabeza vagamente triangular pero con lados curvos e irregulares, que le daban una total semejanza con una estatuilla corroída por el tiempo. La boca estaba disimulada por el plano triangular de la cara, solo de perfil se adivinaba su tamaño considerable; de frente una fina hendedura rasgaba apenas la piedra sin vida. A ambos lados de la cabeza, donde hubieran debido estar las orejas, le crecían tres ramitas rojas como de coral, una excrescencia vegetal, las branquias supongo. Y era lo único vivo en él, cada diez o quince segundos las ramitas se enderezaban rígidamente y volvían a bajarse. A veces una pata se movía apenas, yo veía los diminutos dedos posándose con suavidad en el musgo. Es que no nos gusta movernos mucho, y el acuario es tan mezquino; apenas avanzamos un poco nos damos con la cola o la cabeza de otro de nosotros; surgen dificultades, peleas, fatiga. El tiempo se siente menos si nos estamos quietos.

Fue su quietud la que me hizo inclinarme fascinado la primera vez que vi a los axolotl. Oscuramente me pareció comprender su voluntad secreta, abolir el espacio y el tiempo con una inmovilidad indiferente. Después supe mejor, la contracción de las branquias, el tanteo de las finas patas en las piedras, la repentina natación (algunos de ellos nadan con la simple ondulación del cuerpo) me probó que eran capaz de evadirse de ese sopor mineral en el que pasaban horas enteras. Sus ojos sobre todo me obsesionaban. Al lado de ellos en los restantes acuarios, diversos peces me mostraban la simple estupidez de sus hermosos ojos semejantes a los nuestros. Los ojos de los axolotl me decían de la presencia de una vida diferente, de otra manera de mirar. Pegando mi cara al vidrio (a veces el guardián tosía inquieto) buscaba ver mejor los diminutos puntos áureos, esa entrada al mundo infinitamente lento y remoto de las criaturas rosadas. Era inútil golpear con el dedo en el cristal, delante de sus caras no se advertía la menor reacción. Los ojos de oro seguían ardiendo con su dulce, terrible luz; seguían mirándome desde una profundidad insondable que me daba vértigo.

Y sin embargo estaban cerca. Lo supe antes de esto, antes de ser un axolotl. Lo supe el día en que me acerqué a ellos por primera vez. Los rasgos antropomórficos de un mono revelan, al revés de lo que cree la mayoría, la distancia que va de ellos a nosotros. La absoluta falta de semejanza de los axolotl con el ser humano me probó que mi reconocimiento era válido, que no me apoyaba en analogías fáciles. Solo las manecitas… Pero una lagartija tiene también manos así, y en nada se nos parece. Yo creo que era la cabeza de los axolotl, esa forma triangular rosada con los ojitos de oro. Eso miraba y sabía. Eso reclamaba. No eran *animales*.

Parecía fácil, casi obvio, caer en la mitología. Empecé viendo en los axolotl una metamorfosis que no conseguía anular una misteriosa humanidad. Los imaginé conscientes, esclavos de su cuerpo, infinitamente condenados a un silencio abisal, a una reflexión desesperada. Su mirada ciega, el diminuto disco de oro inexpresivo y sin embargo terriblemente lúcido, me penetraba como un mensaje: «Sálvanos, sálvanos».

Me sorprendía musitando palabras de consuelo, transmitiendo pueriles esperanzas. Ellos seguían mirándome inmóviles; de pronto las ramillas rosadas de las branquias se enderezaban. En ese instante yo sentía como un dolor sordo; tal vez me veían, captaban mi esfuerzo por penetrar en lo impenetrable de sus vidas. No eran seres humanos, pero en ningún animal había encontrado una relación tan profunda conmigo.

Los axolotl eran como testigos de algo, y a veces como horribles jueces. Me sentía innoble frente a ellos, había una pureza tan espantosa en esos ojos transparentes. Eran larvas, pero *larva* quiere decir máscara y también fantasma. Detrás de esas caras aztecas inexpresivas y sin embargo de una crueldad implacable, ¿qué imagen esperaba su hora?

Les temía. Creo que de no haber sentido la proximidad de otros visitantes y del guardián, no me hubiese atrevido a quedarme solo con ellos. «Usted se los come con los ojos», me decía riendo el guardián, que debía suponerme un poco desequilibrado. No se daba cuenta de que eran ellos los que me devoraban lentamente por los ojos en un canibalismo de oro. Lejos del acuario no hacía mas que pensar en ellos, era como si me influyeran a distancia. Llegué a ir todos los días, y de noche los imaginaba inmóviles en la oscuridad, adelantando lentamente una mano que de pronto encontraba la de otro. Acaso sus ojos veían en plena noche, y el día continuaba para ellos indefinidamente. Los ojos de los axolotl no tienen párpados.

Ahora sé que no hubo nada de extraño, que eso tenía que ocurrir. Cada mañana al inclinarme sobre el acuario el reconocimiento era mayor. Sufrían, cada fibra de mi cuerpo alcanzaba ese sufrimiento amordazado, esa tortura rígida en el fondo del agua. Espiaban algo, un remoto señorío aniquilado, un tiempo de libertad en que el mundo había sido de los axolotl. No era posible que una expresión tan terrible que alcanzaba a vencer la inexpresividad forzada de sus rostros de piedra, no portara un mensaje de dolor, la prueba de esa condena eterna, de ese infierno líquido que padecían. Inútilmente quería probarme que mi propia sensibilidad proyectaba en los axolotl una conciencia inexistente. Ellos y yo sabíamos. Por eso no hubo nada de extraño en lo que ocurrió. Mi cara estaba pegada al vidrio del acuario, mis ojos trataban una vez más de penetrar el misterio de esos ojos de oro sin iris y sin pupila. Veía de muy cerca la cara de un axolotl inmóvil junto al vidrio. Sin transición, sin sorpresa, vi mi cara contra el vidrio, en vez del axolotl vi mi cara contra el vidrio, la vi fuera del acuario, la vi del otro lado del vidrio. Entonces mi cara se apartó y yo comprendí.

Solo una cosa era extraña: seguir pensando como antes, saber. Darme cuenta de eso fue en el primer momento como el horror del enterrado vivo que despierta a su destino. Afuera mi cara volvía a acercarse al vidrio, veía mi boca de labios apretados por el esfuerzo de comprender a los axolotl. Yo era un axolotl y sabía ahora instantáneamente que ninguna comprensión era posible. Él estaba fuera del acuario, su pensamiento era un pensamiento fuera del acuario.

Conociéndolo, siendo él mismo, yo era un axolotl y estaba en mi mundo. El horror venía —lo supe en el mismo momento— de creerme prisionero en un cuerpo de axolotl, transmigrado a él con mi pensamiento de hombre, enterrado vivo en un axolotl, condenado a moverme lúcidamente entre criaturas insensibles. Pero aquello cesó cuando una pata vino a rozarme la cara, cuando moviéndome apenas a un lado vi a un axolotl junto a mí que me miraba, y supe que también él sabía, sin comunicación posible pero tan claramente.

O yo estaba también en él, o todos nosotros pensábamos como un hombre, incapaces de expresión, limitados al resplandor dorado de nuestros ojos que miraban la cara del hombre pegada al acuario. Él volvió muchas veces, pero viene menos ahora. Pasa semanas sin asomarse. Ayer lo vi, me miró largo rato y se fue bruscamente. Me pareció que no se interesaba tanto por nosotros, que obedecía a una costumbre. Como lo único que hago es pensar, pude pensar mucho en él. Se me ocurre que al principio continuamos comunicados, que él se sentía más que nunca unido al misterio que lo obsesionaba. Pero los puentes están cortados entre él y yo porque lo que era su obsesión es ahora un axolotl, ajeno a su vida de hombre. Creo que al principio yo era capaz de volver en cierto modo a él —ah, solo en cierto modo—, y mantener alerta su deseo de conocernos mejor. Ahora soy definitivamente un axolotl, y si pienso como un hombre es solo porque todo axolotl piensa como un hombre dentro de su imagen de piedra rosa. Me parece que de todo esto alcancé a comunicarle algo en los primeros días, cuando yo era todavía él. Y en esta soledad final, a la que él ya no vuelve, me consuela pensar que acaso va a escribir sobre nosotros, creyendo imaginar un cuento va a escribir todo esto sobre los axolotl.

Mercè Rodoreda

GALLINAS DE GUINEA

(1958)

Se habían mudado de casa y era la primera noche que dormían en el piso nuevo. Estaba todo patas arriba y en desorden; la ropa, fuera de los armarios; las cazuelas y los platos, en el suelo del comedor; las lámparas, desmontadas; los sacos de carbón, en el pasillo, junto a la máquina de coser; los dos espejos, arrinconados de cara a la pared; los cuadros y el calendario encima de la mesa.

Quimet había dormido mal: al clarear el día, un rayo de luz, recto como una espada, había entrado en la habitación a través de la rendija del postigo mal ajustado, con todo el bullicio del mercado. Había soñado que un chico mayor que él comía una pastilla de chocolate y que, poco a poco, se volvía negro.

Su madre le había lavado la cara y lo había peinado. Tenía, justo en medio de la cabeza, un remolino de pelo rebelde que nada podía dominar, una rodilla pelada, las uñas bastante negras, una peca marrón en la frente y las orejas ligeramente en forma de abanico.

—Baja a jugar; pero, sobre todo, no te muevas de la plaza. Toma: cuando acabes de comer el pan y el chocolate, sube a beber la leche. Sé bueno y no comas el chocolate solo, sin pan.

Con el pantalón holgado, largo hasta las rodillas, arreglo de un pantalón viejo de su padre, y con un jersey blanco un tanto desteñido y un poco ajustado, Quimet salió al rellano de la escalera.

Dio un mordisco a la rebanada de pan; una vez acabara con el pan, comería el chocolate solo. Solo era más rico: dulce y pastoso, se pegaba a los dientes, al paladar; la lengua lo desengastaba poco a poco y se

convertía en una especie de jarabe divino. Descendió lentamente la escalera, a saltos, porque, con una mano en la barandilla solo avanzaba, por prudencia, con un pie.

Salió al exterior, se sintió algo forastero y se sentó en un escalón de la entrada. La plaza era redonda, no muy grande, y en ella convergían cuatro calles. En el centro se levantaba el mercado. Tenía cuatro portaladas, una frente a cada calle, y, en cada una, había unas grandes cortinas de lona a rayas blancas y rojas.

Quimet miraba. El cielo estaba cubierto, descolorido, un cielo otoñal sin golondrinas. Ante él, junto a la acera, había un montón de basura. Mientras mordisqueaba tranquilamente el pan, descubrió un ramo de flores marchitas entre las basuras, un clavel oscuro fresco aún, hojas de col y de lechuga, rabos de puerros y algunos tomates partidos, llenos de pepitas blancas y brillantes. Deseó coger unas pocas y meterlas en la caja de cerillas vacía que llevaba en el bolsillo; luego las plantaría en un tiesto y lo pondría en el balcón. Pero estaba muy perezoso por haber dormido mal. El pulgar iba formando un hoyo en la pastilla de chocolate.

Pasaban mujeres ajetreadas, cargadas con cestos, que desaparecían en el interior del mercado, de donde procedía un enorme ruido. Pasó una anciana muy decidida, con una verruga en la barbilla. Llevaba un capazo lleno de provisiones que casi le rozó la nariz. Por un lado del capacho sobresalía la cabeza de un conejo. Se quedó boquiabierto. Oh, aquellas orejas tan cortas y el morrito desazonado y rosado, con los bigotes largos para poder tirar de ellos…

Un hombre vestido de azul empujaba una carreta llena de cajas de averío, se acercaba en dirección contraria a la de la anciana. Las gallinas y los pollos sacaban la cabeza entre los barrotes de madera. En la caja situada en la parte superior y mezclada con varias gallinas, una oca blanca, oriental, con el pico de color amarillo chillón y los ojos negros como agujones, estiraba un cuello larguísimo.

«Si fuera mía —pensó Quimet—, le ataría un cordel a la pata y la llevaría de paseo. La llamaría Avellanita».

Se levantó y siguió al hombre de la carreta. El hombre se detuvo frente a la puerta del mercado y empezó a descargar cajas.

Plantado ante el hombre, Quimet no lo perdía de vista. El hombre cogió una caja y entró en el mercado. Quimet, maquinalmente, lo siguió. Le pareció que la oca se había fijado en él y que aquellos ojillos lo miraban. La luz era triste en el interior del mercado. Gran cantidad

de verduras y de fruta se amontonaban en los estantes y en los mostradores. Las vendedoras hablaban con los clientes. Era un estallido de vida y de color. Entre una cesta de tomates rojos, maduros y carnosos, y otra de judías verdes, finas, había una gran cesta de berenjenas. Un complejo perfume de flores y de pescado llegaba desde los puestos del fondo.

Quimet y el hombre de la carreta llegaron a la zona de los puestos de averío. Conejos muertos, pollos con las alas dócilmente cruzadas a la espalda, perdices abigarradas, ocas medio abiertas con el vientre lleno de grasa y la carne sanguinolenta, se mecían colgados de ganchos de hierro.

Cinco gallinas de Guinea alineadas del cuello. La que cerraba la hilera aún se debatía: repentinos aletazos intentaban inútilmente el vuelo. Dos hombres altos y robustos se habían acercado y miraban:

—En mi país no las matan así.

La dueña del puesto, seca y enlutada, con delantal y manguitos blancos, los labios delgados muy prietos, completamente absorta en su trabajo, sin esperar a que la gallina acabara de morir, descolgó toda la hilera y la arrojó encima del mostrador, sobre un montón formado por otras veinte ya muertas.

Entonces sacó un ovillo de cordel del bolsillo del delantal, se dirigió hacia la jaula todavía llena de gallinas y cogió otra que empezó a chillar estridentemente. Era de un color gris oscuro: sus plumas aparecían cubiertas por menudísimos puntos blancos, y presentaba una pincelada blanca, radiante, en el extremo de cada ala.

No sin dificultad, le ató el cordel al cuello, apretó con todas sus fuerzas y la colgó. La gallina, por un momento, se quedó atónita, inmóvil, con la cabeza torcida y los ojos desorbitados. Después, abrió las alas, con las patas encogidas hasta el vientre, preparada para un último vuelto mortal.

Quimet, con la pastilla de chocolate entre los dedos y con un trozo de pan a medio masticar en la boca, observaba sin respirar.

La mujer se dirigió hacia la jaula y cogió otra gallina. El animal emitió un arrullo espeluznante y lastimero. Con el cordel sobrante que colgaba del cuello de la que agonizaba y ya empezaba a cerrar los ojos y a estirar las patas, le ató el cuello y la colgó. Se repitió la tragedia: tras quedarse un momento aturdida, de repente abrió las alas, en toda su amplitud, como crucificada, y se debatió desesperadamente; con las uñas crispadas se había aferrado a la cabeza de su vecina, que se

alborotaba de nuevo. Cuanto más se debatían, más tiraban del cordel, y las plumas del cuello se empapaban de sudor o de sangre. Una tercera subió a hacer compañía a las colgadas y una cuarta y una quinta. La última era de un gris menos oscuro, más blanquecino: tenía la cabeza más grande, pero el cuello era tan elegante como el de las otras. Se quedó un momento con el pico abierto y un violento jadeo hizo que las plumas del pecho ondeasen. Después, se le cerró súbitamente el pico y se le volvió a abrir, despacio: la lengua, delgada y puntiaguda como un pistilo, palpitaba indefensa. Aquella tardaba mucho en morir. Cuando Quimet pensaba «se acabó», movía de nuevo las alas; las abría lentamente, las batía con furia y la brusca ventada hacía bailar la hilera de colgadas. De repente, empezó a gritar: era un último grito de auxilio dirigido a los campos, al cielo azul, al espacio inundado de luz y de polen, surcado de pájaros. Pero los párpados se levantaban, firmes, y detrás de aquella cortina móvil los ojos estaban ya vidriosos.

—Mentira parece que se pueda ser tan bestia —dijo una anciana que pasaba, a su acompañante jorobada y apergaminada. Miraban indignadas a la vendedora, como si fuera un verdugo—. Colgar a esos pobres animalitos.

La vendedora se hizo la sorda. Cuando las ancianas desaparecieron, se dirigió a los dos hombres que seguían allí, mirando.

—Así son más sabrosas. Toda la sangre queda dentro.

Entonces se produjo un incidente: el montón de gallinas muertas que había encima del mostrador se deslizó y muchas de ellas cayeron al suelo. Un gato enorme, lustroso, paseaba por los alrededores del puesto, atento y cauteloso. A la vendedora no debía de hacerle mucha gracia, pues, muy asustada, exclamó:

—¡Tú, niño, ayúdame a recogerlas! ¡Deprisa!

Como hipnotizado, Quimet dejó el pan y el chocolate en un extremo del mostrador y, pálido como la cera, con los ojos muy abiertos y las piernas trémulas, empezó a recoger aquellos cojines de pluma caliente, tan esponjosos.

Las cogía una a una, les pasaba la mano por debajo del vientre y las levantaba hasta el mostrador. Evitaba el contacto con las cabezas menudas que oscilaban al final del cuello flexible. Sentía un peso en el pecho, como si el sufrimiento de aquellos animales muertos le oprimiera los pulmones y le impidiera respirar. Al pensar que uno de aquellos cuerpos muertos podía empezar a aletear de repente, que las alas podían golpearle la cara, la frente se le perlaba de sudor.

—Gracias, niño. Toma, por tu trabajo.

La vendedora le dio una manzana, pero no la cogió. Cogió el pan y el chocolate y echó a correr. Salió al exterior, cruzó la calle, subió deprisa la escalera y entró jadeando en el piso. Encontró a su madre en la cocina y se abrazó a sus faldas.

—¿Qué te ocurre? ¿Aún no has probado el chocolate?

Quimet estalló en violentos sollozos. Lloraba ruidosamente, con la boca abierta y con los ojos tan cerrados que quedaban reducidos a arrugas.

—¿Qué te ocurre? ¿Te han pegado? ¿Qué te pasa?

A cada pregunta negaba con la cabeza y no dejaba de llorar. Volcaba toda la pena, todo el dolor almacenado. Una vez apaciguada la crisis, con el pecho todavía sacudido por los efectos del llanto, como si de repente hubiera crecido, dijo:

—Estoy tan triste…

Ignacio Aldecoa

CHICO DE MADRID

(1961)

El mejor y más bonito modo de atrapar gorriones es el de la sábana emplomada cuando hay nieve, acercándose a la bandada silbando de distraídas. Si se quiere apedrear a un gato desinflado de hambre y pelón de tiña, lo importante es el sigilo, llevando las alpargatas colgando del cinturón. Para cazar una mariposa es necesario fingirse miope y poseer una boina grande, sucia y agujereada. Tratándose de un perro vagabundo, al que hay que atar una ristra de latas vacías a la cola, la técnica exige guiñar un ojo y caminar a la pata coja, como si se jugara. Las lagartijas requieren el cuerpo erguido, la mirada al frente y una delicada y cimbreante varita de fresno. Los grillos piden para que se les haga prisioneros tino y necesidades verecundas. Así, y no de otro modo, son las ordenanzas.

Chico de Madrid era un maestro zagalejo de moscas y Job caracol, llevando consigo un estercolero; a sus trece años sabía mucho más de caza suburbana que el más calificado cinegético. Se había educado en las orillas del Manzanares, aprendiéndolo todo por experiencia. Chico de Madrid era bisojo y autodidacto, sucio y tristón, colillero vicioso y rondador de cuarteles en busca del pre sobrante; saltaba tapias y trepaba a los árboles con agilidad, pero nunca se salió de la ley. Tenía algo de orgullo y bastante puntería, por lo que pudo tener pandilla o doctorarse en golfo o pertenecer a cualquier sociedad de pequeños ladrones. Mas nada de esto le interesaba, porque poseía un alma pura y aventurera. Proposiciones tuvo de pecar del séptimo y ciertos vividores de orilla le pronosticaron una gran carrera, mas él prefirió siempre la alegría de sus cotos y el croar de las ranas cuando, panza arriba,

contemplaba las estrellas en las noches de verano, luminoso y santificado por las luciérnagas y llevándole el sueño las libélulas, el sueño y los picores de los piojos que olvidaba.

Chico de Madrid no se metía con nadie; vivía a temporadas con su madre, viuda de un barrendero, que se dedicaba a vender caramelos y semillicas a los niños más pobres de la ciudad; vivía, por duelo y misterio, algunas veces en cuevas de solares y otras en garitos —cuando apretaba el padre invierno— de perra gorda y abundante compañía. Comía lo dicho antes: sobrantes de rancho y alguna fritanga de extraordinario. Se empleaba de recadero con el dueño de un tiovivo, diminuto y solitario, colocado junto a un puesto de melones —cuando había melones—, que casi nunca funcionaba, y al que traía arenques y vino aguado para las comidas; chismes de un lado y otro para las sobremesas. Con los gorriones sacaba algunas pesetas; con los grillos, pan y tomate; con las lagartijas, harto solaz, y con los perros sacó una vez un mordiscote que le dio fiebre como si estuviera rabiado, y que le obligó a andar con tiento en adelante.

Casi era el único viajero del tiovivo. Se reía con todas sus fuerzas viajando en el aeroplano de hojalata o en el cerdito desorejado o en el rocinante, desfallecido de antiguos galopes en las verbenas de verdad. Porque aquella verbena, su verbena, era una especie de asilo de inválidos que las corrieron buenas, pero que ya no estaban para muchas. Al dueño, que se llamaba Simón y tuvo barraca de monstruos de la naturaleza cuando joven, se le ocurrió repintar el tiovivo. Nunca la gozó más Chico de Madrid; se puso hecho un adefesio, y entre ambos dejaron todo pringoso y con expresivas huellas digitales. La pintura se la habían comprado a un chapucero y era de tan mala calidad que no se secaba; el polvo se pegaba en todas partes, ennegreciendo el conjunto, según ellos. Para colmo, todos los niños que se montaron con sus trajecitos limpios, el domingo de aquella semana, salieron verdaderamente repugnantes, costándole a Simón muchas reclamaciones de indignados padres y llantos de niños de diversos colores, que se retiraban de su clientela. Simón cambió de barrio, pero Chico no se fue con él porque era, ante todo, libre, y porque las orillas del Manzanares tenían mucho que descubrir y que colonizar.

Llegó la temporada de las ratas… Las ratas no son animales repugnantes y tienen, por otra parte, el morro gracioso y los bigotes de carabinero del tiempo de Mazzantini. Las ratas viven en una ciudad al revés, que impulsa a despreciar las pompas y vanidades humanas; una ciudad donde hay mucho sueño y donde ni ellas pueden dormir. Chico

de Madrid mataba las ratas, las mataba por *sport*, como otros matan pichones. Se divertía con su tiragomas, *paqueándolas* sin prisa. Conocía la mejor hora: la del atardecer, cuando la tierra se pone morena y hay violetas en los tejados y el primer murciélago hace su ronda de animalejo complicado. Se sentaba solemne frente a las cuevas, mirando fijamente con la media risa de sus ojos, el arma homicida sobre las piernas y una canción como de cazadores por los labios. Se decía a sí mismo:

—Ya está. Asoma, bonita.

Y la rata averiguaba con su morrito saltimbanqui lo que había en la tarde. Luego la veía en silueta, aún indecisa, dando una carrerilla hasta la trinchera del río. Se encendía un farol lejano que enviaba una triste luz de iglesia pueblerina hasta la orilla. Chico tensaba las gomas. La rata presentía algún peligro y daba la vuelta; iba a correr a su agujero. Aquel era el momento; le costaría subir. Chico empujaba una piedrecilla con el pie. La rata salía disparada y de pronto se le quebraba la vida en un aspaviento. Le había acertado. Después bombardeaba el cadáver con pedruscos. Solía hacer tres o cuatro víctimas por sesión.

Las ranas también le atraían. Mostraban su barriga búdica y una como papada de bonzo bien alimentado que le despertaban escalofríos criminales. Las atrapaba por el método del caracol y luego les hacía el martirio chino, cumpliendo un rito geográfico de grave importancia cultural. Acababa malvendiéndolas en algún figón, y con las monedas que le daban se iba al cinematógrafo, que todavía era mudo y se cortaba siempre en lo más emocionante, porque la película duraba varias sesiones, en las que no había forma de apresar a Fu-Man-Chu, a pesar de que el *gallinero* animaba constantemente a los buenos, que, aparte de buenos, eran algo cerrados de mollera.

Chico de Madrid hizo un día amistad con un muchacho, resabiado de la vida, que hablaba como un loro, jugaba a las cartas como un profesional y era hijo de un oscuro anarquista que penaba en San Miguel de los Reyes. Chico de Madrid quedó deslumbrado y aquel vaina desplazó de su corazón a los héroes de las películas y de los periódicos de aventuras. Se hizo fanático de él y abandonó sus cacerías y su pureza por seguir su pata coja hasta la misma Puerta del Sol. Él le enseñó a pedir con voz sollozante, acercándose mucho al limosnero para despertarle ascos:

—Señor, señor, una limosna para este expósito, que purga culpas de padres desnaturalizados. Nacido en enero y abandonado en la nieve.

Y después, recitado velozmente:

—El blanco sudario fue el regazo que acogió sus primeros llantos de niño. Una limosna para lo más necesario y vaya usted con Dios con la conciencia tranquila por haber hecho una obra de caridad.

Nadie se tragaba el cuento, pero todo el mundo les daba alguna perrilla, porque se los querían quitar de encima. El pregón de sus miserias lo había sacado aquella especie de paje de espantapájaros de una novelilla sentimental y manoseada que un amigote le había prestado. Chico colaboró literariamente, arreglándolo a las circunstancias. Ganaban su dinero. En los repartos el cojo se quedaba con la mayor parte, porque para algo era el jefe.

Una tarde de toros en que el sol quemaba de canto y la gente tenía los ojos llenos de picores de modorra, Chico y su jefe fueron a piratear a las puertas de la plaza. La gavilla de sus conocidos haraganeaba por allá en busca de corazones blandos o de estómagos satisfechos que necesitaban digestión sin molestias. Los guardias a caballo estaban tristes como estatuas.

Se hacía obligatoria la tragedia en el ruedo. Los novilleros —porque había novillada— debían estar desfigurados, borrosos de miedo. Los novillos estarían medio ahogados y quemados de las punzadas de los tábanos. Tal vez los picadores estuvieran aletargados con sus caras de tortugas gigantes, balanceando las cabezotas. Los caballejos, como los de su tiovivo, vacilantes y cansados. El presidente, orondo, fumándose un veguero, entre eructos disimulados. La plaza, frenética. Y la bandera, que él veía sobre el azul del cielo, poniendo sus crudos colores de estío africano, cortando, inmóvil, las retinas de los contempladores. Pasaban rostros abotagados que con el calor y la respiración parecían higos reventones llenos de dulzor. A ellos se acercaba Chico misereando:

—Señor, señor, una limosna, por caridad, para este pobrecito, que hace dos días que no prueba bocado y vive en una choza con siete hermanitos, sin madre y con padre holgazán.

Había variado la retahíla con astucia, porque si se les ocurría decirles a los señores gordos que habían sido abandonados en la nieve los iban a juzgar los pobres más felices del mundo.

Chico de Madrid oyó voces detrás de él y de pronto se sintió cogido por el cuello de la camisa. Un municipal lo tenía agarrado con la mano izquierda, mientras con la derecha casi arrastraba a su compañero, que pataleaba con fingido llanto. Chico intentaba escaparse por ley natural, por lo que recibió un terrible puntapié que lo calambró y lo dejó como

cuando a una lagartija le cortan el rabo. Comenzó a hipar y a dar berridos, por lo que fue sacudido violentamente y conminado a callarse. Otro guardia municipal, parsimonioso y con galones, se acercó a ver lo que pasaba. Ya tenían grupo en torno y algunas señoras, con impertinentes, aromosas y con ganas de saberlo todo, hociqueaban ante ellos entre con tristeza falsificada y evidente repulsión. El de los galones interrogaba al que les estaba dando garrote vil con sus manazas:

—¿Y estos pájaros?

—El cojitranco este que se pringaba en un reló —decía dándole un empujón al jefe—. Y este otro —lo señalaba con gesto de cabeza—, que había venido con él, que yo los vi cuando llegaron y estaba haciendo el paripé pidiendo.

—Pues a la trena, y los amansas si se sienten gallos.

Chico de Madrid no se sentía gallo; se sentía pájaro humildísimo y asustado gorrión. El guardia casi le ahogaba, pero se mordió los labios aguantándose porque, sin ninguna duda, había llegado la hora de callar y echarle pecho al asunto. De su jefe juraba vengarse, porque no estaba bien hacerle aquella jugada del silencio cuando el guardia se acercó a cogerle. Se derrumbó su héroe al mismo tiempo que le llegaba a la boca un sabor agrio de principios de vómito, porque el guardia le apretaba cada vez más. Tuvo una arcada. El guardia se paró soltándole del cuello y cogiéndole por la espaldera de la camisa. Chico notó que su salvación llegaba, dio una arrancada y salió corriendo. Oía confusamente las voces del guardia pidiendo ayuda e incapaz de perseguirle, so pena de perder al prestidigitador aficionado que danzaba como un ahorcado en los bandazos y los achuchones de lo que quería ser carrera entre la gente… Chico se escurría con rapidez; pasó un tranvía y se colgó de los topes. ¡Estaba salvado!

Le sorprendió el fresquillo acariciante de la madrugada tumbado a las orillas de su río, oyendo cantar a las ranas y dejando que se le fuera el pensamiento por los incidentes de la tarde. No volvería a la ciudad; su puesto no estaba en la ciudad, sino en el límite de ella: entre el campo grande de las anchas llanadas y la apretura estratégica de los primeros edificios. En aquel terreno de nadie, suyo, con gorriones vestidos de saco y lagartijas pizpiretas, con perros famélicos y sabios y gatos alucinantes, con ratas y mariposas, con grillos y ranas, con el hedor de su río y el perfume lejano del tomillo campesino. No, no volvería a la ciudad y se dedicaría a pasarlo bien por aquellos andurriales hasta que lo llamaran a quintas. Se fue quedando dormido en el relente de la mañana; luego, el sol comenzó a calentarle los pies y

a ascenderle por el cuerpo, despertándole con un grato hormigueo. Chico de Madrid se desperezó, se restregó los ojos y marchó en busca del desayuno silbando alegremente. Ahora sí que estaba salvado de verdad.

Habían pasado algunos días. Su vida era tranquila y medieval: comer, dormir, cazar. No comía muy bien, ni dormía muy blandamente, ni cazaba otra cosa que animales inmundos, pero él estaba muy a sus anchas. Aquella tarde pensaba hacer una exploración por una alcantarilla vieja y abandonada, y ya se regodeaba soñando con lo que en ella iba a encontrar. Iba a encontrar ratas como caballos y puede que de añadidura se topase con algún esqueleto humano. Esto le parecía difícil; pero si lo encontrara, si lo encontrara, iba a ser rico, tremendamente rico de misterios. Sabía que cierta vez unos obreros, en un solar cercano, cuando trabajaban para levantar los cimientos de una casa, al lado de una antiquísima cloaca, hallaron varios esqueletos que, según se dijo, eran de los franceses, de cuando el 2 de mayo. Chico soñaba desde entonces con esqueletos de franceses, aunque no le importaban mucho sus nacionalidades, porque con que fueran esqueletos como los que había visto tenía bastante.

A las cuatro de la tarde, armado de una estaca y con un farolillo de carro, dio comienzo a su exploración. Llevaba un riche por si tenía hambre y una vela y una caja de cerillas por si necesitaba repuesto o se dilataba demasiado cazando. Entró por el tunelillo encorvado y un tufo ácido le avispó la nariz. Se colocó un trapo a modo de careta preservadora y siguió avanzando impertérrito rumbo a lo desconocido. El farolillo le danzaba la sombra; una humedad grasa le manchaba las manos cuando las rozaba con las paredes; el garrote le hacía caminar como un extraño animal que tuviera allí mismo su cubil. Estuvo andando mucho tiempo, hasta que las espaldas se le cansaron; entonces montó su campamento, dejó el garrote y merendó su riche. Pensó en volver. La cloaca estaba vacía. No había esqueletos y lo más gordo era que tampoco había ratas. Se volvió.

Chico de Madrid comenzó a sentir algunos trastornos intestinales. La frente le ardía. La última noche no pudo dormir de desasosiego. Fue a casa de su madre, a la que no veía desde la tarde en que se le ocurrió explorar la cloaca. La pobre mujer, después de regañarle, lo lavó como pudo, le hizo ponerse una camisa de su padre, guardada con todo esmero como recuerdo, y le invitó a tenderse en el jergón. Salió breves momentos a la calle y luego regresó con un gran vaso de leche. Chico tampoco pudo dormir aquella noche.

Pasaron dos días. Cuando el médico llegó era ya demasiado tarde. Chico, el buen Chico, estaba en las últimas. La madre, fiel, sentada a sus pies, sin soltar una lágrima, se asombraba de lo que le ocurría a su hijo. El médico se limitó a decir: «Tifus; ya no hay remedio». Y Chico de Madrid murió porque no había remedio. Murió a la misma hora en que salen sus ratas a averiguar la tarde con los morritos saltimbanquis, cuando la tierra se pone morena y hay violetas en los tejados y el primer murciélago hace su ronda de animalejo complicado y se extiende como una gasa de tristeza por las orillas del Manzanares. Chico de Madrid murió a consecuencia de su última cacería, en la que si no pudo cazar ratas, como nunca falló, cazó un tifus; el tifus que lo llevó a los cazaderos eternos, donde es difícil que entren los que no sean como él, buenos; como él, pobres, y como él de alma incorruptible.

Sobre la autora

PURIFICACIÓ MASCARELL (Xàtiva, 1985) es profesora de Teoría de la Literatura, Literatura Comparada y Estudios Culturales en la Universitat de València. Investiga en torno al canon, la recepción literaria y los estudios feministas. Aparte de numerosos trabajos como filóloga, ha publicado la novela *Mireia* (Premi Lletraferit, Drassana, 2022; en castellano, *Dos Bigotes*, 2023), el libro de relatos *Cartilla de redención* (Altamarea, 2021), el cuento infantil *Centre comercial l'Oblit* (Andana, 2018) y la obra de teatro *Cavallers* (PUV, 2016). Ha editado a autores como Max Aub, Arthur Conan Doyle o Elena Fortún. Colabora habitualmente en las revistas *Cuadernos Hispanoamericanos, Mercurio, Caràcters, Lletraferit* y *El món d'ahir*.

© De los textos: sus autores
© De las traducciónes: los respectivos traductores
© De la edición y el prólogo: Purificació Mascarell
Edición en ebook: abril de 2024
© Nórdica Libros, S.L.
C/ Fuerte de Navidad, 11, 1.º B
28044 Madrid (España)
www.nordicalibros.com
ISBN: 9788410200227
Diseño: Nacho Caballero
Maquetación: Diego Moreno
Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón
Composición diggital: leerendigital.com